

UNIV. OF ARIZONA

863.6 P979h

Puig Casauranc, J./La hermana impura, mn
un



3 9001 03978 0005

J. M. PUIG CASAURANC

LA HERMANA IMPURA

UN ESQUELETO DE NOVELA

Editorial "Cvltvra"

M é x i c o
1 9 2 7

LA HERMANA IMPURA

DEL AUTOR.

Cuentos Crueles, Méx., 1922.

Páginas Viejas con Ideas Actuales, Méx., 1925.

Poemas de Espíritu y de Carne, Cult., Méx., 1925.

De Nuestro México, Méx., 1926.

De otros Días, Cult., Méx., 1926.

La Hermana Impura, Cult., Méx., 1927.

J. M. PUIG CASAURANC

LA HERMANA IMPURA

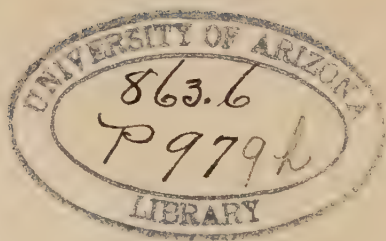
UN ESQUELETO DE NOVELA



Editorial "Cvltvra"

M é x i c o

1 9 2 7



I

DE VUELTA AL TERRUÑO

65835

-EULALIA... Eulalia... tendrás que apresurarte si no quieres perder la vista de la entrada al puerto... Que ya se ven las luces...

La voz de don Julián—que no perdía el dedo de Cataluña a pesar de sus veinte años en América—casi sobresaltó a Eulalia que apenas comenzada la toilette había caído en una vaga ensoñación de su vida futura. Cubriéndose rápidamente el pecho desnudo, como si no bastara la pared del camarote para aislarla a los ojos de don Julián, contestó:

—Voy en seguida... No tardo diez minutos...

Y ansiosa de no perder nada de aquella maravillosa entrada al puerto de Tampico, que tanto ponderárale don Julián, se apresuró a

J. M. PUIG CASAURANC

vestirse. Pasaban rápidamente por el cono de luz de la lamparilla del tocador del camarote, el busto, de una exquisita y juvenil delicadeza, los brazos, redondos y con hoyuelos en los codos, y para alisarse el pelo, quedaba fija frente al espejo, algunos segundos, la cara, un óvalo perfecto de carne morena, en que brillaban los ojos muy rasgados y de una ligerísima oblicuidad que daba al rostro una expresión extraña, como de constante inquietud espiritual en la muchacha, impresión que disipaba la boca ingenua, pequeñita, de labios finísimos y rojos que a todo y a todos sonreían.

—Niña Eulalia... Niña Eulalia... Que dice don Julián que ya se ve Tampico... ¿Quiere que le ayude?

Ahora era Maruca, la camarera que la acompañaba desde el colegio en España, la que llamaba.

Abrió la puerta del camarote la muchacha y en el marco ya, mientras salía, se detuvo un momento, altos los brazos para prender la última horquilla en el cabello. La miró, complacida, Maruca, y en tono de admiración, murmuró:

“LA HERMANA IMPURA”

—Lo que le he dicho, niña Eulalia... Va a volver usted loco a medio Tampico...

Rió Eulalia la salida de la camarera, que era un estribillo de todos los días, y corrió escaleras arriba.

—Que guardes las cosas en la petaquita... ¿eh?... No se te olviden los peines de Carey... Ah... pero...

Y regresó rápidamente al camarote, buscó entre las peinetas y chácharas del tocador, halló lo que buscaba, que era un medallón; lo guardó en el pecho y corrió hasta reunirse, arriba, con don Julián y con el doctor.

Al subir, como una tromba, la escalera, por poco derriba a Míster Wells, que desde el rellano la veía comiéndosela con los ojos, mientras pensaba:

—Se me figura que ahora va a ser muy difícil decirle que no a don Samuel... cuando pida cien mil dólares por un lote...

El barco enfilaba ya la proa en dirección del canal. Las escolleras se veían a los lados como manchas oscuras, y dos líneas de luces

J. M. PUIG CASAURANC

eléctricas alumbraban, como arcos de una calle, la cinta del río.

Eulalia miraba jubilosa, casi conmovida. ¡Tanto le habían hablado de Tampico!

Hasta la escuela, envolviéndola en una atmósfera de esplendor de cuento de hadas, había llegado la historia fantástica del desarrollo de aquella región; pero nunca imaginó que la realidad fuera como aquella que veía.

—Pero si son millones de luces... Si esto es el puerto ¿cómo será la ciudad?

Don Julián sonreía socarronamente.

—¿Eh? ¿Qué tal? No estaba así Tampico cuando saliste de casa ¿verdad?

Y seguía explicando y entrando en detalles.

Ahí, a la derecha, primero, eran las luces de "La Barra"... Casi un pueblo ahora, muchacha, no lo que ella dejara: tres o cuatro casuchas y el faro... Después, todo aquel enjambre de luces y lucecillas, el "Aguila," el "Main Depot", la "Refinería"... Sobre la margen veracruzana, "La Corona"...

—Mira el canal de Pueblo Viejo, allá... Y señalaba, a la izquierda del barco, una es-

“LA HERMANA IMPURA”

cotadura, como una herida negra, en la margen del Pánuco.

Las luces se sucedían milla tras milla... Y don Julián seguía explicando, incansable.

Después del “Aguila”, la “Water Pierce”, otra enorme refinería, la más vieja, ¿eh? la fundadora de la industria, venida a establecerse en Tampico cuando no había aún petróleo que refinar en la región, cuando ni los campos del Ebano se descubrían... Del otro lado, y casi enfrente, la “Huasteca”, la riquísima compañía cuya historia ya empezara a contarle durante el viaje; la que habiendo empezado a operar en Tamaulipas, fué poco a poco gastando los escasos millones del capital inicial, hasta que en terreno veracruzano ¿eh? en la tierra de ella, muy cerca de sus ranchos huastecos, había encontrado el primer géiser, base de su prosperidad actual y que había salvado de la ruina a Doheney... ¿Se acordaba de Doheney? Aquel señor de quien le hablara muchas veces durante la travesía, muy conocido de su papá desde los tiempos de semipobretón del ahora multimillonario americano, el magnate que más temible había sido en oca-

J. M. PUIG CASAURANC

siones para México por sus maniobras intervencionistas... —“¡Bah...! tonterías que acumulaba la prensa para ir formando una leyenda en torno a Doheney...—” El no creía ni tanto así—y el buen catalán señalaba con la falangeta del meñique el monto de su credulidad—; él no creía ni tanto así de lo que se contaba; le había parecido tan buena persona cuando lo veía tan a menudo en Tampico, en aquel soberbio yate que ahora dejaban a babor, el yate particular de los príncipes de la “Huasteca”...

Eulalia miraba destacarse, de la oscuridad relativa del río, el yate de Doheney, que se recortaba con una silueta finísima, con sus luces encendidas, siempre a presión, listo en todo instante para emprender el vuelo a los Estados Unidos a fin de llevar o traer a alguno de aquellos personajes de novela que habían hecho tan rico a su papá y a todo Tampico...

—Mira, chiquilla, allá a tu izquierda; esa es la Terminal de la “Huasteca”, todo un pueblo... pero ya te traeremos por el río de día para que te des cuenta... ¿Aquellas luces a la derecha?... Otros pueblos que no existían

“LA HERMANA IMPURA”

cuando tú te fuiste. Doña Cecilia, Arbol Grande, centros obreros todos ahora con muchos miles de habitantes cada uno.

No; no era Tampico todavía... Eran catorce kilómetros de La Barra a la ciudad. Catorce kilómetros de luces y de buques en el río...

Pasaba ahora el “Montmartre” entre barcos de formas extrañas: enormes tanques achatados de los que emergían mástiles; buques en forma de husos; gigantes de treinta y cinco pies de calado que don Julián reconocía desde lejos: eran ingleses, del “Aguila”, algunos de los cuarenta buques con nombres de santos que formaban la flota de Pearson... Y rodeando a los buques grandes, y en las orillas, o a los costados de los barcos, chalanes y más chalanes, negros de chapopote por dentro y por fuera...

¡Y todo eso era por el petróleo! por aquellos chorros maravillosos de aceite que salían de las cavernas de Veracruz a la luz del día, después de centenares o millares de años de reposo, aceite comprimido en oquedades de la caliza a una fabulosa presión de millones de

J. M. PUIG CASAURANC

atmósferas, que lo hacía salir con la fuerza de verdaderos géiseres hasta quedar nuevamente encadenado el petróleo por la resistencia de las válvulas de acero...

Saludó, al pasar, un barco negro, de salida, iluminados los mástiles como en una fiesta... Contestó el "Montmartre" con poderosos rugidos...

—Ese va a Puerto Arturo nada más, chiquilla; de la "Mexican Gulf"... y mira... hasta pudiera ser que fuera petróleo tuyo, de tu rancho... La Gulf compra ahora petróleo de mi compadre Samuel... Eh, ¿qué te parecería? hemos de averiguarlo mañana en la casa... Sería curioso que al volver a México te hubieras encontrado con algunos miles de barriles de aceite que hasta hace tres días durmieran en el corazón de tus tierras...

Se aproximaban ya a Tampico y Eulalia pensaba que no eran las luces de la ciudad ni la mole de los edificios que se veían a lo lejos lo que había imaginado al ver tantos y tantos millares de luces en las riberas del río. Y expresó su pensamiento, con cierta timidez, como si sintiera que sonaba mal su conato de

“LA HERMANA IMPURA”

desilusión junto al entusiasmo de don Julián...

—No me parece muy grande Tampico...

Don Julián reía de buena gana. Claro que era muy superior el espectáculo del río al de la ciudad... Y eso que no había visto ni la mitad de aquella belleza. Río arriba, después de Tampico, había más, muchas más terminales: la “Transcontinental”, la “Mexican Gulf”, la “International”, la “Texas”,... ya las iría conociendo todas más despacio...

Pasaban ya frente a “la Isleta”... Pantanales, explicaba don Julián, que el genio comercial de tres abogados-coyotes americanos había transformado, hábilmente, en tierras valiosísimas de “terminales”; tierras compradas al centavo, por hectárea, para venderlas a veces a miles de dólares el metro cuadrado... Millonadas, naturalmente, en el negocio. No obstante lo cual, los millonarios dueños eran en aquel momento los enemigos más enconados del México que los había hecho ricos en un lustro...

Con fuerte rechinido de cadenas el barco ancló al fin frente a los muelles de la Aduana. No atracarían en la noche. “¡Tonterías del Ca-

J. M. PUIG CASAURANC

pitán del Puerto y testarudez del Médico Delegado!" Había que proceder a la fumigación... Se hablaba de peste bubónica en el Puerto. A dormir.

Hasta las doce, los ojos devorando Tampico, permaneció Eulalia sobre cubierta.

Benito, el doctor, el primo peninsular, compañero de viaje y que había de ser, de ahora en adelante y quién sabe por cuanto tiempo, compañero de casa también, se empeñó en acompañar a la muchacha. Don Julián, a las diez, anclado apenas el barco, habíase retirado, con lujo de bostezos y derroche de tosaduras, a su camarote. Y el primo, hundido en un silencio hosco en presencia de don Julián, soltaba la lengua apenas desaparecido el viejo.

—¿No te fastidia, prima, el catalán? Sabe de todo; todo es Tampico para él... No le he oído en el viaje hablar de otra cosa...

—Lo hacía por mí... Como aquí viven los míos y aquí voy a vivir yo, quería que nada me cogiera de nuevo... Por eso... Y puedes creer que estos quince días de conferencias

“LA HERMANA IMPURA”

sobre Tampico me han hecho conocer a la que casi es mi tierra... Figúrate que hasta a las muchachas de Tampico conozco ya...

—Sí... y hasta a Pedro... el sobrino del catalán... Varias conferencias nos ha dado sobre el chico... Que se ha ganado tantos dólares vendiendo tierras, y engañando indios, digo yo que será... que si no se casa todavía, porque le has gustado mucho, en retrato; ésto, especialmente, nos lo ha dicho veinte veces diarias...

Eulalia rió de buena gana. Aquella vieja manía, en ella, de decir siempre su pensamiento, por extraño que sonase, le acosaba:

—¿Y a tí, primo, no te pasa lo mismo? Desde hace un año me has dicho un millón de veces que no te has casado por mí...

El doctor estalló bruscamente.

—¿Y no es verdad? ¿Habría venido a América, a Tampico, a un pueblo provinciano, si no fuera por tí?

Vibraba tal desdén en la voz enronquecida del doctor, al hablar de América y de Tampico, que Eulalia casi se enfadó.

J. M. PUIG CASAURANC

Luchaba por acomodar la respuesta a los usos de buena crianza y disimulo de la "gente bien"; pero no podía... especialmente esta noche, no podía...

—Vamos, primo, que yo creía que al venir a América lo hacías también por tu propia cuenta... Te han ofrecido una posición médica que... Decían mis tíos que era un porvenir para tí... Una colonia española riquísima y ni un médico español joven... El que había en Tampico regresó a España muy rico... Y, por otra parte, provincia era también tu Santander, me parece, como es mi Tampico...

El doctor Benito Calvo y Borbolla Robledal se mordió los labios de coraje. Buena era la chica para callarse lo que sentía. Ya lo sabía bien, desde Sevilla, cuando el doctor iba a pasar vacaciones a la casa de sus padres para ver a la primita indiana. Pero había pensado que su plan, tan hábilmente trazado, de ostentación de disgusto y hasta de repugnancia para venir a América, a lo que decía, "únicamente por seguir viendo a Eulalia", había de impresionar y de engañar a la muchacha. Recordaba la tarde que recibiera, en Santander, la

“LA HERMANA IMPURA”

proposición definitiva de la colonia española de Tampico, proposición buscada por hábiles cartas dirigidas al tío Samuel, en las que hablaba vagamente del deseo “de correr la aventura de América, por más que él fuese un profesional y, como hombre de profesión, no necesitara como tantos otros españoles dejar la tierra y cruzar el charco para encontrar fortuna”. El tío Samuel, entusiasmado, había corrido la voz en Tampico y de corrillos de casino y pláticas de sobremesa con los magnates de la colonia había nacido la proposición: “¿por qué no llamaba a su sobrino el doctor para el nuevo sanatorio de la colonia? Tendría, desde luego, asegurada una buena plaza en el Hospital y la dirección, tal vez, si no gritaban demasiado los dos médicos españoles viejos de Tampico, y tendría, también desde luego, la clientela de toda la españolada, que ya lo preferirían a él, joven y buen médico, mejor que a los dos fósiles iberos y, por supuesto, que a cualquier mediquín criollo o mestizo...”

Pero el doctor Borbolla Robledal, como gustaba de ser llamado, suprimiendo el apellido

J. M. PUIG CASAURANC

Calvo, por menos eufónico, decía, se cuidó mucho de no demostrar su satisfacción cuando fué a Sevilla a despedirse de los padres y dió a entender muy claramente a los viejos y dijo muchas veces terminantemente a la muchacha "que ninguna proposición lo habría hecho abandonar su clientela de Santander a no ser por la delicia de seguir viéndola."

Y ahora resultaba que aquella risita muy fina que movió los labios de Eulalia en Sevilla y que él tomara entonces como risa de satisfacción, era risilla de duda, o, más bien, de seguridad de que era "otra" la causa del viaje del ilustre primo...

Y no es que Eulalia dudara de que Benito se quisiera casar con ella; pero sí pensaba, y mucho, en la fama de millonario de su padre, en la leyenda tejida alrededor de "los pozos de Amatlán", y se le había metido, entre ceja y ceja, que el primo quería ver por sus propios ojos, en América, toda aquella riqueza y quedarse con parte de ella y con Eulalia, por supuesto, de ribete.

—Provincia es también Santander, tienes razón, dijo al fin el doctor; pero ¡qué diferen-

“LA HERMANA IMPURA”

cia! Eulalia... Tú ya no conoces nada de acá... ni yo... menos, claro está... pero ¿cómo puedes comparar aquello con América? ¿No quisieras alguna vez, cuando hubieras visto ya a tus padres, volver a España?... ¿que volviéramos a España?... definitivamente, esta vez, tú... para vivir en el medio en que has vivido, con tus amistades de colegio... en un medio europeo, en fin... Tú misma me has contado de tus primeros diez años en... ¿Cómo se llama tu pueblo?

—“Tantoyuca”...—Y como Benito volviera los ojos a Tampico, como queriendo buscar por dónde andaba ese pueblo de nombre raro...

—Nó; si no es en Tamaulipas... es allá (volviendo la cara a la margen derecha del Pánuco), es en Veracruz... un pueblo del Norte del Estado... de donde somos nosotros todos... es decir, todos menos papá... Tampico... a Tampico lo conozco casi tan poco como tú... Sólo una semana cuando vinieron a embarcarme... De lo sí me acuerdo bien es de mi pueblo... No... creo que no podría vivir feliz otra vez allá... ahora por lo menos... más tarde quizás... pero ahora

J. M. PUIG CASAURANC

no... Ya ves, tantos años, nueve, pasados en Europa; todos los años del colegio, en Madrid; después, "la vacación grande", como la llamo yo, cuando fué a España papá y fuimos a París y a Berlín y a Roma, y después, los dos años últimos en Sevilla, con tus papás, por la revolución de México que obligó a mi familia a vivir en Los Angeles. Pero aquí, en Tampico; ¿por qué no he de poder vivir feliz en Tampico con mis gentes? Si alguna vez te llego a querer y nos casamos (ya ves que no niego la posibilidad de quererte alguna vez), podríamos quedarnos a vivir en Tampico, en México...

—Tal vez ya no podrás... eres demasiado inteligente para que puedas resistir un medio de gente mediocre... mercaderes nada más... gentes que sólo pensarán en petróleo y en dólares... que nada han visto... que nada desean ver... aventureros de todo el mundo que caen sobre las ciudades en bonanza como aves de rapiña. En otra parte de México, en el interior, en la capital, no digo que no... pero en Tampico... Todos serán como don Ju-

“LA HERMANA IMPURA”

lián: almas forradas de papel moneda americano...

—Sí... sería horrible si fuera así... realmente.

—Imagínate sola; en un desierto espiritual; con el alma que tienes, Eulalia, abierta a todos los anhelos y a todas las esperanzas, teniendo que encerrarte dentro de tí misma; que esconder tus pensamientos, tú que gozas en decir lo que sientes aunque hagas sufrir a los demás, y escondiéndolos por el temor de parecer ridículamente sentimental en una población de traficantes... ¡Imagínate en esa soledad espiritual!...

Eulalia rió burlonamente.

—Pero tú, primo mío, ¿no estarás ahí? ¿Cómo, entonces, hablas de soledad espiritual? Hallaré en tí, “que vienes a América por una aventura romancesca de amor por mí”, en tí al menos podré encontrar un compañero...

Desentendióse del fondo de burla que había en la respuesta, el doctor, y encendiendo un cigarrillo para ocultar su turbación, dijo:

—Aquí, al menos, tendré la ventaja de que, hasta por necesidad, tengas que refugiarte en

J. M. PUIG CASAURANC

mí, para soñar despierta... Ya no habrá un Luis García que sea tu confidente preferido...

—Luis García, contestó Eulalia, se quedó en Sevilla y quizás hizo bien... Si viene alguna vez a México y siento amor de veras... Por ahora me conformo con guardar de aquel amigo tan leal de mis dos años de Sevilla, con guardar el retrato suyo que he puesto en este medallón.

Entrando por el escote, y para molestar al primo, la mano de Eulalia buscó el medallón, lo extrajo y lo enseñó al doctor. Una luz de fiebre brilló en los ojos de Benito, mientras comentó con voz sorda:

—Prima, me parece que no es ese el lugar más apropiado para el retrato de un pollo.

Eulalia pudo definir, en su ansia infinita de analizar lo que veía, que la fiebre de la mirada del doctor, que ya la hiciera ponerse colorada otras veces, era por habérsele ido los ojos, atrevidamente, al seno, tras la mano, y no por celos por el recuerdo del supuesto rival, y como la chica, a los diecinueve años, crecida entre gentes extrañas, en dormitorios comunes de colegialas, y lejos del cuidado amoroso

“LA HERMANA IMPURA”

de una madre, había perdido, hacía tiempo ya, toda ignorancia teórica del pecado, aunque conservaba, más que intacto, exagerado, el sentimiento de una casta y pudorosa feminidad, se ruborizó por la intención o el deseo que creyó haber visto brillar en los ojos de su primo, y

—Luis García—dijo lentamente, expresando su pensamiento como solía hacerlo, en alta voz—de cualquier modo, Luis García tiene más probabilidades que tú de ser amado por mí, aunque no sea sino porque no ha hecho nunca que me sienta avergonzada...

Y levantándose, dió secamente las buenas noches al doctor y, alcanzada por Maruca, se retiró a su camarote.

II

DEL MEDIO SOCIAL

LA primera aparición de Eulalia en el "mundo bien" de Tampico fué en el Garden Roof del "Hotel Imperial", tres días después de su llegada al puerto. Don Samuel—orgullosa de la belleza y distinción de la muchacha y con un vago presentimiento de que había de ser un importante factor para aumentar sus influencias cerca de los yanquis con quienes tenía que tratar a diario sus asuntos petroleros—se empeñó en que Eulalia fuera al baile "regular" del sábado, enj oyada y vestida como para una brillante fiesta del Casino.

No iban así de ordinario las damas de Tampico y menos aún las americanas de la colonia; que se había convenido en considerar estas reuniones del "Roof" como algo informal y poco etiquetero.

Se presentaban las "fifisas" luciendo su gracia juvenil apenas envuelta en telas claras, muy vaporosas, y las americanas hacían gala de una sans-facon que llegaba hasta el extremo de presentarse con la misma blusa que les sirviera, en la tarde, para sus excursiones de pesca de robalo o de sábalo por el río Pánuco.

Sólo Mrs. Walkins, la rubia que sería apetitosa de poseer cincuenta kilos menos de jamón, lucía, como de costumbre, los soberbios trajes de escote que conservaba aún de la última "season" pasada en Nueva York, cuando su marido—aquel prominente coyote de Arkansas—había realizado la fantástica operación de vender a alguna compañía, en medio millón de dólares, un terreno para "terminal", que consiguiera en quince mil pesos.

Mrs. Walkins, a la llegada de Eulalia, la acaparó desde luego, valida de la buena amistad de su marido con don Samuel, y en la mesa del rincón, que solía reservarse para la "élite" de la colonia, hizo Eulalia sus primeros conocimientos con la gente "bien" que se daba cita en las terrazas del Imperial.

Tres o cuatro americanos—habilitados bai-

“LA HERMANA IMPURA”

ladores que estoicamente se bañaban en sudor, dibujando las figuras más inverosímiles del fox-trot y del charleston—fueron sus primeros acompañantes. Acostumbrados a apoyar fuertemente a la pareja contra sus cuerpos, Eulalia tuvo que sufrir, resignada, frotos innobles, y alguno de sus acompañantes llevó su atrevimiento hasta apoyar su mejilla en la de la muchacha. Eulalia notó, al pasar por frente a Mrs. Walkins, que la dama monumental tenía ligeramente fruncido el entrecejo, y temiendo que fuera por la torpe intimidad de su compañero, se detuvo. Pero mientras daban algunos pasos por el salón advirtió que casi todas las parejas iban bailando en una verdadera fusión de cuerpos y de caras y hubo de confesarse, honradamente, que si quiera su galán tenía el rostro recién rasurado y bien oliente y limpio, mientras que algunos bailadores rozaban las mejillas de las chicas con las suyas propias, cubiertas de espinillas y hasta de erupciones de carácter dudoso.

En Eulalia, los acercamientos y los roces, con este americano, por lo menos, eran absolutamente inofensivos e inocentes; ya que el

buen sajón no despegaba los labios, concentrando toda su inteligencia y su fuerza de cerebración en manejar los pies rítmicamente, y porque en Eulalia todo fenómeno de excitación física tenía que producirse, fatalmente, por la vía espiritual. Y esta vía, en el caso, estaba del todo cegada.

Con su eterna ansia de análisis, Eulalia aprovechó los momentos de descanso para observar a las parejas. Chiquillas desmelenadas, las más, tobilleras encendidas que se apretaban como lapas a sus amigos, y dudaba Eulalia en decidir si ellas eran las que provocaban las fricciones o los "fifíes," que más bien parecían resignarse éstos a sufrir los encendimientos de las muchachas, porque Eulalia, que, como mujer, sabía traducir las actitudes y los rictus faciales de las demás mujeres, veía claramente que todas estas chiquillas bailadoras pasaban por una crisis real de sexualidad que dilataba las pupilas y entornaba los párpados y producía desfallecimiento y crispaba los labios en algo que quería simular una sonrisa, pero que era más bien una contractu-

“LA HERMANA IMPURA”

ra de ansia exaltada hasta el dolor por la satisfacción carnal incompleta.

Eulalia—que era una perfecta mujer por el desarrollo de su espíritu, y la sapiencia teórica de los misterios de la vida—(¡oh los innumerables libros que traidoramente habían desflorado aquella juvenil inocencia espiritual!—Eulalia sufría por todas aquellas pobres chiquillas que, porque así estaban hechas, recibían, por la vía epidérmica, los aguijonzos del mal, y deseaba para ellas la insensibilidad de su piel—casi paquidérmica para las sensaciones carnales—que la libraba de ansias y desfallecimientos con desconocidos; en ella no era el roce corporal, sino el fuego de la palabra hablada o escrita o el brillo de una idea muda manifiesta en los ojos, lo que despertaba, a veces, esos veneros de animalidad que todos llevamos dentro. Y por esto se abandonaba, dócilmente, a los entusiasmos de los bailarines que, como este americano de ahora, ni la veían a los ojos, ni hablaban, sabiamente, a sus oídos.

Todos y todas tomaban cock-tails. Y las había que, verdaderas sibaritas del gusto, enu-

meraban al mozo, detenidamente, qué men-
jurjes debería contener el preparado.

—Con gotas amargas, ¿eh? y no con cere-
za; trocitos de piña y una rociadita de polvos
de canela...

Era Gloria Salvat, la gentilísima criolla, que
había venido a engrosar el grupo de Mrs. Wal-
kins. Algo apartadas, Gloria y Eulalia, del gru-
po netamente americano, que discutía ahora
con calor y en purísimo inglés de Texas "las
posibilidades" del campo petrolero de Ama-
tlán, daba Gloria a la recién llegada interesan-
tes datos sobre el medio.

—Cuídate (había empezado a tutearla a
los cinco minutos de conocerla); cuídate de
Mrs. Walkins; "cette vampire de garçons"; y
no te repegues mucho a Mr. Gladis (el galán
de la mejilla); j' en sais pas, ma belle; mais
c'est, dit-on, sa faiblesse... Cuando baile, fí-
jate; besa a sus compañeros, en los rinco-
nes... la llaman "la leona" y hasta dicen que,
"apres minuit, elle morde..."

Eulalia, sin afectación, se puso a contem-
plar a "la leona". Cincuenta años, por lo me-
nos, mal escondidos bajo una espesa capa de

“LA HERMANA IMPURA”

albayaalde y rouge. Los labios, casi belfos, colgantes como si no pudieran soportar el peso de la eterna y falsa sonrisa... Las manos, admirablemente cuidadas y enjovadas, apoyándose con extrema libertad en los muslos de los hombres próximos. Expresión de cínica animalidad; espíritu seguramente propicio sólo a la satisfacción de sus propios deseos. Ojos bellísimos—la única nota elevada del rostro vulgar—clavándose desvergonzadamente en todos...

—Mira; ahora vé a Gustavo... Aquél, el del traje de seda gris... esposo de Margarita Junco; ya la conocerás, una florecilla encantadora que está deshojando ese infeliz de Gustavo... ¿Sabes? Casados hace tres meses; ahora le hace la corte a ella Mr. Wells, y a él Mrs. Walkins; ¡una delicia...!

—Señora... por Dios...

—¿Eh? ¿qué es eso? Nada de señora; hemos quedado en que para tí soy Gloria como tú para mí Eulalia. ¿Te asombras, chiquilla, de mis murmuraciones? Menos malo será que lo sepas de una vez y no que te vayas convenciendo poco a poco de quién es la gente con

que vas a rozarte a diario... Yo no tolero mojigaterías. Y he dado el ejemplo. Cuando sentí que me enamoraba de otro que no era mi marido, me divorcié para quedar libre y no faltar a nadie... Todos te lo dirán; nadie puede decir de mí la menor cosa. Me gustan los hombres como puedan gustarte a tí; pero los hombres libres; nada de hurtos de maridos ni de novios... Conmigo, chiquilla, no tendrás nunca cuestiones de rivalidad...

Eulalia iba a estallar, a protestar enérgicamente, por estas "analogías" que pretendía encontrar la criolla con ella, con una muchacha soltera... Iba a vaciar, de pronto, todo el asco que sentía acumularse en ella; pero, gracias a Dios, lo impidió un elegante ex-jovenzuelo, Martinitos, que llegaba al grupo como una mosca atraída por sabroso panal.

—Ah, Martinitos... Usted ha venido para que le presente a Eulalia, ¿verdad? Sólo así habrá dejado su puesto conspicuo en la "Lengua que mata"... ¿Cómo no ha ido antes a saludarme a mi mesa? Casi debería castigarlo no presentándole a "la heredera". Pero, en fin, tú, Eulalia, hija mía, aquí tienes a la

“LA HERMANA IMPURA”

flor y nata de la juventud... pasada del puerto, el interesante Martinitos, que va hacerte el amor, de seguro, siempre que no se arruine muy pronto tu papá...

—Pero señora, yo...

—No haga usted caso, señor (ahora Eulalia, regocijada por la confusión de Martinitos y contenta con librarse del monopolio de Gloria). Es tan bromista Gloria... Tengo mucho gusto...

—¿Me hará usted el honor de bailar conmigo?

Respetuoso, Martinitos, en una afectación de respeto más desagradable aún que los manoseos ingenuos del americano, apenas tocaba el talle de Eulalia con tres dedos y en una estudiada lejanía estiraba el cuello para mirar a Eulalia mientras la floreaba. ¡Qué delicadamente bailaba!... ¡Cómo se distinguía de todas aquellas provincianas torpes y juanetudas!... Y luego, su gracia, su inteligencia, su sprit. Claro se veía que había sido educada en Europa... El, también, había estado en París... ¡Oh, sus años de París!... (Sus años de París, de semi-estudiante y completo

perdulario, que habíanle producido, entre otras cosas, una dispepsia atroz, por el exceso de aguardientes de todas clases y la falta de buena comida.) ¡Oh, la compadecía...! Se aburriría terriblemente en Tampico... Ya lo decían esta noche en el grupo de sus amigos (los que saludaban a Eulalia, al saludar a Martinitos, desde la mesilla del rincón del norte)...

—¿Me habían hecho ustedes el honor de ocuparse de mí...?

—El honor, señorita, ha sido para nosotros... ¿Cómo no habíamos de ocuparnos? No hay, en Tampico, criatura más adorable ni más interesante que usted...

—¿Desde ayer...?

—Ya la conocíamos a usted... Márquez, el ingeniero, hasta ha pintado una preciosa acuarela de usted...

Se interesó vivamente Eulalia. Había en Tampico, desde antes que llegara, alguien que había gastado sus horas en pintarla...

—Cuénteme, cuénteme eso, ¿quiere usted? ¿Fué por encargo de mi papá?

Martinitos, un viejo zorro en tratos con

“LA HERMANA IMPURA”

mujeres, se arrepentía de haber hablado del retrato. Comprendía bien que ahora la atención de Eulalia se alejaría de él para enfocarse a Márquez. Y como era Márquez tan temido por él, en cuestiones de mujeres (¡tenía, el muy necio, la única y enorme superioridad de su fortuna!) añadió:

—Sí, supongo que sería por encargo de su papá... Márquez le debe favores ¿sabe usted? ha coyoteado mucho con la ayuda de su padre... De seguro su papá de usted le ordenó que copiara el retrato...

Descendido así, Márquez, de la altura de una simpatía que, sin conocer a Eulalia, lo hubiera llevado hasta querer pintarla, y puesta la cuestión como una galantería, si acaso, a don Samuel, por un individuo que era, en cierto modo, su empleado, ya no se interesó más Eulalia por la acuarela, y Martinitos pudo disfrutar, durante las últimas vueltas del vals, de toda la bondadosa atención de la muchacha.

III

EL HUESPED ENOJOSO

"Los mogigatos de la honestidad me hacen el mismo efecto que los remilgos de algunas beatas de provincia que hacen ascos de nombrar el beso al mismo tiempo que están besando el hocico de un perro."

CAMPOAMOR.

ESTELA se apartó bruscamente de la zona de luz del viejo corredor.

Por el zaguán asomaba el grupo tan conocido de juerguistas elegantes y el ingeniero Márquez, aunque ya locamente enamorado de Eulalia, venía como de costumbre a la cabeza de la banda.

Como eran ya las dos, vendrían seguramente, pensó Estela, de las otras "casas", de recorrer los siete prostíbulos de nota y de gastar en todos ellos buenos dólares.

Estela, que en sus tres meses de Tampico había ido conociendo íntimamente a todo el grupo, hasta una intimidad marital casi, con abandonados del burdel por tres o cuatro días pasados en Miramar, quiso esconderse porque evitaba estar cerca de Márquez. Era, del grupo, el único que no había tenido con ella rela-

ción carnal, aunque su cuarto estuviera lleno de chucherías, regalos del ingeniero: la lámpara azul, el biombito de seda, la caja de manicure, los libros de versos de Urbina y de Guerra Junqueiro, el frasco extravagantemente retorcido de perfume siamés. No había expresado Estela en presencia de Márquez deseo de tener algo visto en los aparadores de Tampico sin que al día siguiente llegara lo deseado. Y aunque no eran de extrañar estos obsequios en un hombre tan rumboso como el ingeniero, cada regalo era motivo de vehementes comentarios de las demás pupilas.

—Que está enamorado de tí y no se atreve a decírtelo.

—Pero hija, —dejaba caer, con el tono importante de siempre, Lucía, la encargada,—que ya tiene el señor ganados muchos “dormitorios” con sus regalos... Pues animarlo, hija mía, y a ver si así ancla acá, que buena falta nos hace...

La verdad era que Estela había procurado animarlo alguna vez, a poco de llegado, pero cuando lo había hecho desapareció Márquez

“LA HERMANA IMPURA”

tres semanas y los amigos del grupo decían que se había vuelto repentinamente enemigo de la casa de Lucía.

Tenía líos sin consecuencias en todas partes; los había tenido aquí también el año pasado, antes de que llegara Estela; pero ninguna muchacha se jactaba de haber logrado monopolizarlo siquiera una semana.

Una noche había contestado, en presencia de Estela, los reproches de una pobre vendedora de amor, terca en su ebriedad y fastidiosamente pegajosa, con estas palabras:

—Déjate de tonterías, chiquilla. ¿Habría un chofer tan necio que porque hubiera yo tomado su coche por horas alguna vez, quisiera hacer de mí su eterno parroquiano?

Recordaba Estela que aquella noche, exageradamente molesta por la cínica respuesta de Márquez, había deseado abofetearlo por el insulto a la compañera de miseria, y sin embargo, el desdén habíala complacido al mismo tiempo, por responder al concepto desdeñoso que ella tenía de sí misma y de todas las gentes de su clase, y además y principalmente, porque le habría dolido que Márquez acepta-

J. M. PUIG CASAURANC

ra en su presencia las insinuaciones de la pupila.

El grupo bullicioso se acercó y Estela buscó refugio en las negruras del patio. Daría la vuelta por la cochera y se encerraría en su cuarto. Total, siendo las dos, su *pena* sería una multa de tres dólares por faltar a una hora de "sala" obligada todavía.

Faltaba en el grupo Martinitos. Decían en las sesiones de "la lengua que mata" que era sólo por hacerse desear y para que más piadosamente le fuera perdonada, cuando volviera al grupo, su eterna tacañería. Arrunegui había dicho, misteriosamente, que el boticario tenía en su chalet una dama de permanencia voluntaria; pero lo cierto era simplemente que Martinitos había tomado muy en serio su flirt con Eulalia y que ahorra dinero apareciéndose noche a noche en el cine y platicando con la muchacha, haciéndole notar, de paso, la poca gente "bien" que iba a los espectáculos cultos, con veladas insinuaciones sobre la vida pecaminosa que llevaban los de

“LA HERMANA IMPURA”

más amigos “con quienes ya no quería juntarse porque sólo sabían tomar y parrandear estúpidamente y él no era para semejante vida de embrutecimiento”.

Esta misma noche, al retirarse del cine, antes de que concluyera el espectáculo, cuando comenzó a soplar el norte que amenazaba convertirse en huracán, Eulalia había animado a Martinitos en sus propósitos de nueva vida.

—Hace usted divinamente, Martinitos... Pobres de sus amigos en este Tampico tan peligroso para los jóvenes... (La sonrisilla eterna que Martinitos llamaba “de ingenuo coqueteo”) ¿Y dígame, aquí toman mucho verdad? ¿también el ingeniero Márquez?

Y, con afectada reticencia, Martinitos:

—Pobre... Es una lástima... Figúrese usted, en su posición, con su porvenir, con su fortuna... ¡Qué bárbaro...! Pudiendo irse a Europa a vivir de veras, a gozar...

La habitual sinceridad de Eulalia dejó seco a Martinitos.

—Si había de ser para la misma vida de aquí, de tomar y de gozar... lo que ustedes

J. M. PUIG CASAURANC

llaman goce, no creo que valiera la pena el viaje... Pero yo habría jurado que el señor Márquez no tomaba... Me parecía muy aburrido siempre, eso sí, y hasta había pensado que sólo para entretener su fastidio se echaba en brazos de ustedes...

No quedó muy complacido Martinitos con las palabras de Eulalia. Aquello de que sólo para entretener su fastidio se acompañara el ingeniero del grupo de parranda, no era muy halagador, ciertamente; pero la pequeña humillación de amor propio quedó compensada con la gota de veneno que hábilmente había sabido infiltrar en el corazón de la heredera, haciendo aparecer ante sus ojos a Márquez como un perpetuo alcoholizado nocturno.

El viento soplaba cada vez con mayor ímpetu. Sonaban las ventanas secamente batidas por el huracán y las chicas se apresuraban a asegurarlas con alambres y hasta con tiras de trapo. La dueña, en su avaricia, ni siquiera quería proveer de aldabas a las puertas.

—Mujer, dijera a Sofía varias veces; que

“LA HERMANA IMPURA”

no hay que hacer gastos inútiles; que “esto” es un campamento y un dólar gastado en una chapa es un dólar perdido. Si fuera en México, en la casita de las Artes, ya se ve que sí, que aquello era para durar toda la vida... pero en Tampico...

No se podía ya estar en el corredor. Se habían empeñado en un principio Arrunegui y el notario Cruz y el doctor Fuentes en quedarse allí para gozar de las frescas bocanadas del norte después de la semana de calor asfixiante, pero realmente era ya insoportable el “nortecito”.

Julia y Elvira se habían prendido a Fuentes y a Cruz apenas llegados, y dábanse prisa a despachar la bebida.

—Vicente, un “jugo” con coñac y dos camellos.

Era, fuera del champagne, la orden que más producto dejaba a la cantina, y las chicas, por ayudar al negocio, pedían el jugo de manzana con una copa de pésimo coñac y dos cigarros “camel”. Total, dos dólares por barba. Todo costaría veinte centavos a la patrona, que así, satisfecha por la ganancia que le

J. M. PUIG CASAURANC

proporcionaban las pupilas, cerraba de buena gana los ojos a las tres y permitía que fueran desfilando bonitamente con sus amistades de la madrugada, choferes y fifís que esperaban pacientemente esa hora en que sin gasto alguno podían disfrutar tranquilamente del amor de sus bellas.

Arrunegui, sin compañía, fué el primero en expresar en alta voz su extrañeza por la ausencia de Estela.

—Y qué—a la encargada,—¿invisible “la hermana” Estela?

Sofía paseó por el desierto corredor la mirada opaca de sus ojos bovinos.

—No; creo que no... aquí estaba hace poco... tal vez en su cuarto por el norte. No sabrá que está aquí el ingeniero.

—No; por mí no la moleste, se apresuró a decir Márquez, disgustado de encontrar siempre en los amigos, en la encargada y en la dueña, aquel afán de hacer venir a Estela a su lado.

Parecía al ingeniero que todos adivinaban la lucha que sostenía en su interior para no llegar a intimidades con la moza. Espe-

“LA HERMANA IMPURA”

cialmente disgustábale el remoqueteo de “hermana” antepuesto siempre al nombre de la muchacha. Habían comentado, desde la noche de su conocimiento con la nueva pupila, su extraña semejanza con Eulalia, especialmente en la mirada inquieta de los ojos oblicuos, ¡oh, más oblicuos los de Estela! Y hubiera sido necesario explicar a los amigos la pasión amorosa doble que lo atormentaba para lograr tal vez que no dijeran más “la hermana” Estela. Y bien sabía el ingeniero que sólo lograría, si acaso, evitar que lo dijeran en su presencia y que, en cambio, en las diarias sesiones de “la lengua que mata”, su confesión sería motivo exquisito para picantes comentarios.

Pero aunque luchaba el ingeniero para ocultar su curioso estado espiritual, era indudable que estaba neciamente enamorado de las dos, de Eulalia, de “la chica decente”, con una pasión alta, “intelectual”, clasificábala, de espíritu a espíritu, y de “la hermana” Estela, con una ansia carnal como nunca la sintiera.

La solución, sencilla en apariencia, del amor-capricho, resultábale imposible. Bien se

J. M. PUIG CASAURANC

conocía el ingeniero para comprender que iniciada con Estela una intimidad, ésta lo llevaría hasta sacarla de casa de Sofía; hasta arrancarla de ahí y hacerle un nido para que fuera solamente suya, y de hacerlo así, que no había dificultad aparente en ello, rompería aquella otra ansia definitiva de su vida, el amor de Eulalia, pues el escándalo del amasiato con una prostituta se intensificaría por el parecido de la chica con Estela.

Temía, sobre todo, en la posesión de aquella muchacha, reproducción viviente de Eulalia, el cansancio inevitable, la desilusión forzosa en estos ayuntamientos pasajeros, cansancio y desilusión que le parecían como una profanación de sus sentimientos hacia "la hermana" honrada... Aquel aforismo latino "Omne animal post coitum triste" había sido siempre para él una verdad evangélica.

—Vamos al cuarto de Estela; es el mejor, ya saben... aquí es imposible con el viento...

Opinó Márquez por la retirada a casa, pero hubo de ceder a la insistencia de los amigos. "¿A casa a las dos y media? Vamos, si

“LA HERMANA IMPURA”

mañana es domingo”, decía en su eterna mulletilla de parranda el doctor Fuentes.

Mientras cruzaban el corredor, Julia y Elvira se las arreglaron de modo de desaparecer con sus amigos y sólo Arrunegui y Márquez, con Lucía, llegaron al cuarto de Estela.

Hallaron a “la hermana impura” metida ya en la cama. Habíase arrollado a la frente, desde que oyó los pasos y las voces junto a su cuarto, un pañuelo de seda y se quejaba sordamente cuando entraron los visitantes.

—Ustedes perdonen que no me levante... estoy muy enferma... un dolor de cabeza tremendo... escalofrío... creo que el paludismo otra vez.

Márquez se adelantó hasta la cabecera.

—Fuentes está ahí... ¿quiere usted que lo llame?

—Pero si estás sin calentura, dijo Sofía, la encargada, que veía con disgusto escaparse por la enfermedad de la pupila un “dormitorio”... ¿No te sientes mejor? ¿Quieres tomar con nosotros una copa?—Y por lo bajo:

—Oye, si no estás muy mala, mira que Arrunegui preguntó por tí.

J. M. PUIG CASAURANC

La esclava dócilmente se incorporó en el lecho. Cubierto el busto por la ligerísima camisa de seda, hubiérase creído que estaba encorsetada sin embargo, que líneas más puras no diera a un busto el más afamado corsé.

Pero Arrunegui se aburría. El solo para tomar con Lucía (que Márquez sorbía, como de costumbre, su eterno "grape juice" y Estela había pedido por su enfermedad un naranjate) la cosa no tenía gracia, ciertamente. E inclinándose al oído de Lucía, presentó su ultimátum. Nuevo cuchicheo de Lucía para Estela.

—No, realmente no, me siento muy mala, Lucía... Que me perdone.

Elvira entró de pronto con el doctor Fuentes.

—Nos vamos a tomar tacos. ¿Vienen con nosotros?

Arrunegui aprovechó la ocasión para escaparse. Márquez, levantándose también, se acercó a Estela para saber si quería que le llevase alguna cosa.

—No, nada; pero siento que se vayan... No puedo dormir y me distraían tanto. Y ya

“LA HERMANA IMPURA”

que ha venido, ¿por qué no se queda usted, ingeniero? Usted nunca cena a estas horas... y usted es el único (riendo con afectación) a quien no puede importarle, para estar junto a mí, el que esté enferma... Quédese, no sea malito... Ya pasarán por usted después... (Y, aniñada) Cuénteme un cuento mientras me duermo, ¿quiere?

Márquez se sentó a la cebecera de la cama, y mientras Estela cerraba los ojos, fingiendo jaqueca o mimosa, miró un instante a “la hermana”, como no la veía nunca delante de los demás, con aquella fiera pasión con que la veía por las noches en sus horas de insomnio.

Tan intensamente la miraba que ni siquiera advirtió que Estela, entreabriendo los párpados, *había visto* el extraño fuego de sus ojos. Y ante este fuego que nunca sospechara Estela ser capaz de encender en Márquez, sintió la prostituta dentro de su ser como una resurrección y una esperanza—“¿Por qué entonces huirle? Si la deseaba como todos, ¿por qué no tomar lo que pudiera darle de apariencia de cariño, aunque no fuera el deseo del

J. M. PUIG CASAURANC

ingeniero lo que ella hubiera querido en correspondencia de aquel extraño sentimiento que iba naciendo en ella?" Y cerrando de nuevo los párpados para hacerse la ilusión de que aquella luz extraña seguía en los ojos de Márquez, recordó Estela, en un arrebato pasional, sus noches de alquiler, sus cotidianas veladas de infamia en que pedía a Dios que amaneciera pronto para que el sol, colándose por las ventanas mal cerradas, despertara al amante de ocasión y lo llevara muy lejos, todo lo contrario de esta noche en que se sentía tan plenamente feliz que habría deseado que no amaneciera nunca y pasar toda la vida así, con los ojos cerrados, para sentir fija en ella, y devota, la mirada de Márquez.

Un golpe, casi una detonación, sacó de su éxtasis a Márquez y a la ramera.

Una racha golpeaba la puerta mal cerrada al salir los amigos. Márquez se levantó precipitadamente a asegurarla.

Silbaba el viento y sacudía la puerta y todas las ventanas del burdel.

Llamaban al mismo tiempo con grandes

“LA HERMANA IMPURA”

golpes en el portalón de la casa. Algún vicioso retrasado que quería entrar.

Márquez volvió, y sonriente, se aproximó a Estela.

—¿Te acuerdas de aquellos versos de Guerra Junqueiro, del libro que te mandé? Y qué bien podrían aplicarse a esta noche...

*“En la gran noche lúgubre, infinita,
deslumbrante sarcófago, crepita
el vasto lupanar;
corre la grey pagana al sacrificio
y el viento azota la mansión del vicio
como otro huésped que quisiera entrar”.*

Recitó Márquez dando a su voz toda la unción apasionada que conocía Estela en él, cuando “sentía” los versos, y Estela repitió sordamente, llorando, los dos últimos:

*—“y el viento azota la mansión del vicio
como otro huésped que quisiera entrar...”*

—¿Llora usted, Estela? ¿Por qué?... Por-

J. M. PUIG CASAURANC

que no haya entrado, por el "norte", algún huésped que esperaba usted?

Y volviendo la cara a la pared, Estela dijo:

—Porque el huésped entró...

Y efectivamente, a pesar de sus luchas, no obstante que había tratado de detener la puerta de su alma, batida por el viento de la pasión, se había colado aquella noche en el burdel un nuevo huésped, o, por lo menos, hasta aquella noche lo había comprendido plenamente Estela.

Batiendo sus harapos morales de ramera y sacudiéndolos como una ráfaga de huracán, había entrado hasta su alma de prostituta el amor.

IV

A LA CONQUISTA DEL VELLOCINO DE ORO

*¿De qué les vale nunca su estudio y su talento?
Para el sol y la nieve usan el mismo sayo,
habitan de continuo el tercer aposento
y a sus espaldas llevan su sombra por lacayo.*

LA FONTAINE

POCO a poco, la casa de huéspedes de Doña Antonia se fué convirtiendo en un centro de intelectuales y profesionistas.

Los antiguos clientes: cantineros de la esquina, empleados de abarrotes e inferiores de la aduana o del timbre, se fueron sintiendo mal en aquella atmósfera, en otros tiempos tan tranquila, del comedor improvisado bajo la escalera. Solían pasar, antes, la hora de la comida y de la sobremesa en endiabladas disputas de toros y de contribuciones, pero esta muchachada nueva hacía ya intolerable para ellos la comida, por los temas políticos o literarios que explotaba. A Antúnez y Rojas, los potosinos que habían venido directamente de la escuela, al recibirse de abogados, a buscar fortuna en el nuevo Klondike, y que constituían el pie veterano de la intelectualidad de

la pobre casa de huéspedes, se habían ido agregando casi todos los profesionistas recién llegados al puerto, los solteros lo mismo que aquellos casados que por estar aún en el duro período del noviciado, no habían podido traer a sus familias de Sonora, o de Chihuahua, o de Campeche, y se conformaban, filosóficamente, con los sancochos de Doña Antonia.

Médicos, ingenieros (de éstos, casi todos antiguos militares, ingenieros de Chapultepec que la revolución había licenciado sin misericordia), abogados, agentes de petróleo que no aceptaban, ni merecían en verdad, el calificativo desdeñoso de "coyotes"; una veintena de luchadores entusiastas atraídos por la bonanza de Tampico que, como un gigantesco maels-troom, estaba absorbiendo un buen tanto por ciento de la potencialidad y de los hombres de acción de todo México.

Por la influencia de este grupo de intelectuales, como burlonamente los llamaban los cantineros de "El Puerto Jarocho", las tertulias de sobremesa tomaban carácter de verdaderos debates parlamentarios y el pobre comedor se convertía en canevá florido en que

“LA HERMANA IMPURA”

todos aquellos buenos muchachos soñadores bordaban sus ilusiones y sus esperanzas.

El ingeniero Márquez, aunque hacía mucho tiempo ya que había pasado del período angustioso de lucha en que se hallaban los abonados de Doña Antonia, gustaba de acudir de vez en cuando a las comidas de la fonda, para aliviar, en aquel coro de entusiastas, su neurastenia. Y decía muy formalmente después a los miembros conspicuos de “La Lengua que Mata” (todos enfermos ya, a pesar del éxito franco o relativo, del mal eterno de la desesperanza por no haber obtenido la felicidad con el dinero y con la posición social prestigiosa que tenían) que era el comedor de Doña Antonia un oasis en el desierto tan pequeño, y que a él habría que acudir para hallar en las pláticas y en los períodos oratorios de los muchachos recién venidos y entusiastas, toda la fe y el vigor de espíritu que ellos habían perdido.

Cuando en la mesa de la una y media veía el ingeniero reunida a la plana mayor de los comensales de Doña Antonia, auguraba para Tampico, casi aislado en la semi-despoblación

J. M. PUIG CASAURANC

de Tamaulipas, una era de extraordinario desarrollo, gracias, ya no tanto al chapopote que sólo había traído progreso material, sino a la corriente de ideas y de entusiasmo que significaban todos aquellos recién llegados. No con otra clase de gente ganosa de aventura y rica de voluntad se había hecho el milagro del crecimiento americano; no de otro modo, de la soledad de la pampa argentina, brotaran las urbes maravillosas orgullo de Sud América; no de otra manera se convertiría Tamaulipas quizás en el más populoso y rico y culto Estado de la federación mexicana.

Y más se aferraba a esta esperanza el ingeniero Márquez cuando consideraba que estaba pasando México por una etapa durísima de guerras civiles, en las que el cuartel y la aventura bélica eran medios fáciles y poco peligrosos para lograr un rápido enriquecimiento, y por esto cifraba todas sus esperanzas en aquella juventud, que había sabido resistir a la sugestión del botín a bajo precio de fatiga y del encumbramiento político a plazo corto y seguro—que no había habido facción política que no tuviera su triunfo siquiera efímero;—

· LA HERMANA IMPURA ·

y ante el empobrecimiento del solar nativo, había vuelto los ojos a Tampico en vez de dirigirlos a los campos de la revuelta, y había buscado en el trabajo duro y en la lucha tremenda por la vida contra todas las dificultades e incomodidades comunes a los trópicos, el mejoramiento personal y la riqueza, y acababa el ingeniero por sostener en "La Lengua que Mata", cuando Arrunegui (tamaulipeco) se burlaba de su entusiasmo al hablar de los recién llegados, que quienes venían a Tampico a luchar y a sufrir, en vez de alistarse, muchas veces sin convicciones, allá en la mesa central, en las filas zapatistas, o de enquistarse en las oficinas de los pseudo-gobiernos de facción, daban con eso pruebas de verdadera energía moral y demostraban poseer un nivel de patriotismo y de voluntad muy superior al promedio que existía en México entonces, y formaban el germen y guardaban la savia de la verdadera prosperidad del país.

El doctor Garneiro, que por deferencia especial al ingeniero lo acompañaba este día al comedor de Doña Antonia, satisfacía la curiosidad de Justo Pérez, joven galeno tapatío que

J. M. PUIG CASAURANC

deseaba saber cuánto tiempo había necesitado él, Garneiro, para colocarse en la situación en que se encontraba.

—¿Qué, sólo había ejercido en Tampico?

—No, compañerito, yo sólo tengo seis años en Tampico... ¡Ah, si hubiera venido desde que me recibí...!

Y evocaba la condición del Tampico de entonces, allá por los años de 909. Apenas un poblacho de diez o doce mil habitantes. Cuando había tomado informes sobre Tampico, y aun después de un viaje relámpago de exploración que hiciera para decidirse, quedó desencantado de la plaza. Un rancho, un rancho le había parecido aquello junto a la capital, y para irse a un rancho, había preferido su tierra, Veracruz, porque si era cierto "que fuera de México todo es Cuautitlán", siquiera en Veracruz se respiraba cierto ambiente intelectual y social donde podía vivir un hombre civilizado... Pero en Tampico... Y ahí había estado precisamente su error... Se hubiera decidido a venir entonces, y ya sería seguramente millonario, como el amigo (por el ingeniero).

“LA HERMANA IMPURA”

Volvíanse todos los ojos a Márquez y llovían las preguntas sobre aquel período en que se iniciara la verdadera bonanza de Tampico. Y el ingeniero explicaba gustoso a los muchachos, después de rectificar la aserción de Carneiro respecto de su riqueza personal (¡oh! muy por debajo del millón, seguramente), las condiciones del Tampico de hacía diez años.

Toda la Huasteca aún sin petróleo. Haciéndose exploraciones por todas partes, eso sí... “El Aguila”, y Doheney, y Ricardo Mes-
tres, y él mismo, el ingeniero, explorando la región, y los hombres de visión clara acaparando terrenos y haciendo contratos. Pero en realidad, en 907, cuando había llegado él, la industria petrolera naciendo apenas.

Después de los fracasos relativos del doctor Autrey, en “Furbero”, en las cercanías de Papantla, en que se obtuvo petróleo, y aún se refinó, pero no en cantidad comercial para permitir su explotación, la Huasteca veracruzana se había abandonado prácticamente, desde 1872, año en que se realizaron los traba-

J. M. PUIG CASAURANC

jos meritísimos del doctor Autrey. Apenas si en "El Ebano", en Tamaulipas, los intereses Doheney-Canfield acababan de lograr, en 904, veneros comerciales, casi al mismo tiempo que Pearson en Minatitlán obtenía sus pozos de "San Cristóbal", y echaba los cimientos de la monumental industria petrolera de ahora.

Después, desde 910, con el admirable pozo de "Potrero del Llano", se había iniciado la era de actividad febril...

—¡Potrero de Llano...! ¡El pozo que acababa de salarse hacía unos días...! ¿Pero entonces ese pozo había durado ocho años?

El ingeniero contestaba afirmativamente. Había durado ocho años y producido ciento veinte millones de barriles, lo mismo que se esperaba que produjeran las zonas de "Amatlán" y de "Chinampa", y más seguramente "Cerro Azul". Pero claro que los pozos de ahora, considerados individualmente, no darían lo mismo, por la falta de zonas de protección. Acababa de regresar el ingeniero de su última visita a los campos, y pronosticaba una fiebre de perforaciones en Amatlán y en Zacamixtle, no, no para ese año, pero sí para

“LA HERMANA IMPURA”

dentro de uno o dos, seguramente, cuando los trabajos preparatorios de brechas y caminos y arreglo de campamentos y adquisición de terrenos quedaran terminados.

—Será cuestión de quien llegue antes, muchachos. Ya no se verán los casos de “Cerro Azul” y de “Potrero” y de “Casiano”. Pozos aislados en medio de una zona enorme de protección, para evitar que perforaran competidores. Ahora va a hacerse de aquellas tierras una verdadera pichancha. Dos o tres perforaciones en lotes de seis y de siete hectáreas, cuando antes se hacía una en haciendas de cuatro o cinco mil... Y aunque estemos acertados los geólogos que pensamos que hay allí, en Amatlán y en Zacamixtle, grandes bolsones de petróleo, yacimientos tan ricos como los de Cerro Azul o de Potrero, no durarán lo mismo. Van a ser cien bocas para chupar de la misma bolsa, muchos becerritos para una sola vaca, y ya nos contentaremos los pobretos con mojarnos siquiera los labios...

Y si en este año, en 1918, había exportado México sesenta y cinco mil barriles diarios,

J. M. PUIG CASAURANC

en dos años más saldría por lo menos el doble...

Las oleadas de chapopote que evocaba el ingeniero casi ahogaban al auditorio. Sentían todos ellos naufragar sus ansias de riqueza en aquellos tremendos lagos de aceite subterráneo...

—¿Y la nacionalización? ¿podríamos tener al fin la deseada nacionalización? ¿o se iría toda esa riqueza, casi sin dejar nada en cambio, quedando las pobres tierras de México huecas, como un cascarón...?

Y aquí el debate empezaba verdaderamente. Casi todos aquellos muchachos, fervientes nacionalistas, llevaban su nacionalismo hasta volverse "carrancistas", con tal de proteger el petróleo, y cantaban himnos al artículo veintisiete que, estableciendo que el subsuelo nacional era propiedad de la Nación, había de impedir el despojo...

Sólo dos o tres, los abogados, con el fuerte sentimiento de propiedad que les inyectara la escuela reaccionaria y el estudio de la filosofía del viejo derecho romano, defendían tenaz-

“LA HERMANA IMPURA”

mente a los propietarios de terrenos... Pero los “nacionalistas” argüían:

—Bah, los propietarios de terrenos... ¿Pero quiénes eran, en realidad, los propietarios de terrenos? En ninguna parte del país, quizás, estaba la propiedad tan dudosa y mal titulada como en esos campos petroleros. Antiguas haciendas de centenares de poseedores cuyos títulos legales habían ido perdiéndose poco a poco, por deficiencias del registro civil y público e irregularidades de testamentarias y de sucesiones, cuando las tierras sólo valían como potreros para engorda de ganados, hasta quedar reducida la titulación ahora, en muchos casos, a los ridículos papeles o recibos que representaban “los pesos primitivos”... Indios, los propietarios, en su mayoría, carentes de toda iniciativa, ceros sociales para el progreso de un país, que se dejaban despojar inicuamente por “coyotes” o agentes de compañías y vendían su propiedad por un plato de lentejas... ¿No sería más justo que el país reivindicara sus derechos, y aun llegando al despojo de los actuales tenedores de títulos se procurara dar aquellas fabulosas riquezas a la

J. M. PUIG CASAURANC

Nación y a los concesionarios que prestaran más garantías?

Y el ingeniero San Juan, un "socialista estatista" furibundo, aprobaba los decretos de Carranza. ¡Ah! Si él hubiera estado en el Constituyente... Habría sido más preciso aún en la redacción de aquel artículo constitucional... Hasta habría establecido la ley un Departamento Tutor de Indios, para que no pudieran hacer éstos una sola transacción de sus propiedades o sus tierras sino por conducto de agentes del gobierno. De este modo se evitaría el que fueran eternamente robados... La mejor justificación del artículo 27 estaría en la publicación, por el Gobierno, de una lista de los actuales propietarios de terrenos petrolíferos... Se vería, claramente, que no lo son ya los que pudieron llamarse reales poseedores, si el nacer en un pedazo de tierra puede dar derecho a que un salvaje disfrute lo que Dios ha acumulado centenares de metros abajo, para riqueza de un país y no de un individuo o de una familia... Pero, en fin, si siquiera esos indios fueran los propietarios... Pero se vería entonces, al hacerse esa estadís-

“LA HERMANA IMPURA”

tica que pedía San Juan, que ya la propiedad había pasado, por sumas irrisorias, a manos de “coyotes” y de compañías, dejando a sus dueños en la misma condición de atraso material y moral en que estaban antes de desprenderse de esa riqueza que debía haber sido la Nación quien la disfrutara.

Y las tiradas líricas, por ambos lados, se sucedían sin interrupción, y “carrancistas” y “pelaecistas”, significando aquéllos la nacionalización y éstos el respeto de la propiedad y de los contratos hechos, todos, excitados por ese tópico, el eterno en Tampico, daban su opinión...

El ingeniero callaba y sonreía con tristeza.

También él, de años atrás, mucho antes que Carranza modificara la Constitución y diera todos esos decretos acusados de tendencia usurpatoria, también él había sentido como ellos indignaciones y había deseado ardientemente la nacionalización del petróleo... Pero sus viajes a México, sus conexiones de negocios con las compañías y con los agentes de algunas Secretarías de Estado, habían acaba-

J. M. PUIG CASAURANC

do por desilusionarlo. No se pretendía siempre, por desgracia, la nacionalización del petróleo, ni mucho menos. Era una verdadera maraña de aspiraciones y de propósitos personales en los que para poca cosa entraba la Patria, lo que había inspirado muchos de esos decretos. Deseo de hostilizar a las compañías petroleras por la ayuda que daban éstas a Peláez; política de impuestos fiscales desarrollada a mucha distancia; habilidad coyotesca, en muchos, para apoderarse, por denuncia, de los buenos terrenos que las compañías iban explorando y adquiriendo, a costa de verdaderos capitales invertidos... El mismo había sido visitado muchas veces, en su hotel, en México, por altas personalidades de la política industrial del gobierno. Se le había sondeado respecto de sus estudios geológicos de exploración de zonas; se había procurado ganarlo a la causa de la "nacionalización" con promesas formales de participio en las zonas buenas que el ingeniero señalara para denuncia por gentes "que estaban bien" con el gobierno... El había visto demasiado clara la situación, y la verdad, entre el relativo despojo del indio, que

“LA HERMANA IMPURA”

hacían el “coyote” y las compañías, en Tampico, invirtiendo buen dinero y mucho esfuerzo, y el absoluto despojo gratuito que intentaban algunos favoritos de la administración carrancista, prefería el primero. Siquiera aquellas gentes, “coyotes” y compañías, arriesgaban buenos dólares, porque era una conseja, en gran parte, aquello de que todos los terrenos fueran comprados con un plato de lentejas. Eso había pasado a la historia. Los indios sabían más de lo que les habían enseñado; se dejaban pedir cuarenta y cincuenta dólares por el arrendamiento anual de una hectárea de terreno no explorado aún—verdadero “wild cat” en términos petroleros—y exigían buenos señoríos... Ahora, que sí había muchos caciques de indios y criollos que abusaban de su influencia con los pequeños propietarios y que obtenían, hasta de modo ilegal, enormes ganancias con el traspaso de lotes, recurriendo a engaños y encierros y secuestros y hasta crímenes... (—Don Samuel, el padre de Eulalia, esa “chulada”, por ejemplo... —gritaban a coro. Fingía no oír el ingeniero, y continuaba) pero fuera de éstos que

J. M. PUIG CASAURANC

eran casos aislados y que sucedían en todos los países, en dondequiera que hay una bonanza y en donde se inicia la lucha para adquirir propiedad—que siempre en el fondo tiene algo de despojo—, fuera de esos casos, no había que creer que los indios fueran borreguitos mansos y fáciles de desollar, y hasta conocía, no uno sino muchos indios, que sabían de redacción de contratos más que los verdaderos abogados y que hacían distinciones sutiles para amarrar más a los perforadores y que llevaban su agudeza hasta el extremo de venir a Tampico y, suavemente, con la perfidia suave del “huasteco”, hacer en un mismo día traspaso del mismo terreno a tres y cuatro compañías... Y en todos estos casos, las compañías burladas casi nunca procedían contra el indio, sabiendo la inutilidad de perseguirlo, con autoridades prestas al cohecho y en zona dominada por la revolución. Preferían pelear sus “derechos” relativos con los demás “compradores” y acababan generalmente repartiéndose las pérdidas, al aceptar, por transacción extrajudicial, que el lote comprado por todos ellos, se fraccionara entre las víctimas, que

“LA HERMANA IMPURA”

aquí no habían sido ya los indios, sino precisamente las expoliadas compañías... ¡Ah! Si la estadística que quería el compañero San Juan se publicara, la Nación sabría cosas verdaderamente notables...

El sentimiento anticarrancista de Márquez extraviaba y confundía sus juicios, tan claros de ordinario.

Los mejores terrenos, seguía argumentando, denunciados por personajes muy allegados al gobierno carrancista, hasta por testaferreros de altos oficiales de las Secretarías, hasta por diputados que habían sido o que podrían ser alguna vez presidentes de las comisiones de petróleo encargadas de reglamentar el artículo 27. Verdaderos salteadores, que se aprovechaban del dinero y de los esfuerzos ajenos para denunciar terrenos que ya se sabía que eran ricos en petróleo, conocimiento para llegar al cual habían sido precisos muchos años de exploración y muchos millares de pesos. Y resultaba cómodo, concluía Márquez, por la aplicación retroactiva de la ley, despojar a los dueños, a las compañías,

J. M. PUIG CASAURANC

que eran ahora quizás más legítimos dueños que los mismos propietarios primitivos, porque aquéllos tenían titulaciones deficientes y sus tierras estaban embrolladas en las sinuosidades de una propiedad indivisa o de un juicio testamentario casi imposible de aclarar, en tanto que, para la adquisición del terreno, los nuevos dueños sí habían invertido miles de dólares, de cuya materialidad y existencia nadie podía dudar...

Pero el ingeniero San Juan atacaba furiosamente esta argumentación reaccionaria de Márquez. "Con razonamientos de esa clase precisamente estaba preparándose el despojo de Juan Felipe, que había de dejar en definitiva miseria a los indios tenedores de los terrenos, para repletar de millones las arcas de una sola compañía".

Y confesaba el ingeniero Márquez que era la verdad, pero que sólo gobiernos menos inmorales y más sinceros que la administración carrancista podrían convencer al país de que había reales ansias nacionalistas en la política petrolera; mientras tanto las irregularidades y las injusticias y los coyotes y los negocios

“LA HERMANA IMPURA”

pingües de la época en que vivían, lograban que muchas gentes, como él, cayeran en el extremo opuesto y hasta se hicieran revolucionarios contra Carranza, sintiendo nacer pasajeras simpatías en favor de aquellos generales huastecos que desde 914 andaban por los campos, dizque defendiendo la Constitución de 57 y el derecho de propiedad de tirios y troyanos, es decir, de indios, y de criollos y extranjeros. —Pero, y aquí bajaba la voz el ingeniero Márquez, para no ser oído por los otros huéspedes de Doña Antonia, huastecos los más (que estaba Tampico entonces en pleno dominio moral de la contra-revolución huasteca, aunque el dominio material lo tuviera Carranza), pero a ustedes, muchachos, que son hombres buenos, y que no están todavía envenenados por este endiablado Tampico y que quieren juzgar de la cuestión con el corazón sano y con un verdadero cariño a México, a ustedes voy a decirles la verdad: la cosa está muy mal en la capital, en el gobierno carrancista, es cierto, pero está peor por acá. Menos, mucho menos hay en los llamados defensores de la propiedad de la Huasteca, ge-

J. M. PUIG CASAURANC

nerosidades ni alientos patrióticos. Me he llegado a convencer de que esas partidas rebeldes no son otra cosa que tropas rurales al servicio indirecto de las compañías petroleras, gente armada que aprovecha la región en que opera para exigir a las compañías el pago de contribuciones y gabelas, que las compañías no tienen más remedio que pagar, so pena de ver en peligro sus pozos, y enormemente dificultada la libre circulación por sus campos. Y es lo curioso que, aunque otra cosa crea el Gobierno carrancista, no son bien vistas esas tropas revolucionarias por la mayor parte de las compañías, ni son estimuladas por ellas; son toleradas, como se tolera un mal que no se puede evitar, y alentadas y sostenidas sólo por una o dos compañías respecto de las cuales las fuerzas de Peláez se han colocado en condición de verdadero vasallaje, hasta el extremo de que son realmente fuerzas rurales que usan para el cuidado de sus propiedades, y que obedecen las órdenes de los gerentes americanos más aún que las de sus generales; casi casi, tropas mexicanas en la condi-

“LA HERMANA IMPURA”

ción de empleados, de personal en lista de raga de una o dos compañías, con la sola particularidad de que son fuerzas que, cuando pueden, se fijan a sí mismas sus sueldos y sus ganancias.

Pero en el fondo, de nacionalización y de ideales revolucionarios, poco hay, créanme ustedes, en México o en la Huasteca, por ahora...

En algunos soldados, ingenuos como todos los humildes, muchos de ellos pequeños propietarios de terrenos petroleros, hay el ideal de defender su propiedad; pero en los jefes hay los mismos deseos de acaparamiento de tierras que hay en tantos oficiales de la administración carrancista, y si esa lista de propietarios actuales se publicara, encontraríamos que en ella figuran muchos pseudo-revolucionarios que han adquirido sus lotes petroleros, no por herencia, ni siquiera como los adquieren los coyotes o las compañías, por compras más o menos generosas o justas, sino por verdaderos despojos, en contratos en que, a las veces, más que el dinero o la persuasión, obra como argumento definitivo y trá-

J. M. PUIG CASAURANC

gico el 30-30. Y tal vez me equivoque, pero se me figura que estos hombres de Peláez que ahora vemos algunos de nosotros como héroes que luchan por un ideal y por la restauración de un código que a tantos nos parece sagrado, sólo porque ya existía cuando nacimos, se me figura que muchos de esos hombres y esos jefes van a abjurar muy pronto de sus famosos ideales, cuando se rindan o cuando triunfen, o simplemente cuando adquieran, como los favoritos de la administración de ahora, participación en los denuncios que hoy combaten tan encarnizadamente...

—En resumen, concluyó el licenciado Pastana, las mismas inmoralidades de los dos lados... La misma y eterna mentira de patriotismo y de beneficio popular en todas partes.

Exactamente, afirmaba el ingeniero; la misma eterna mentira, que Dios quiera que no acabe nunca en ustedes, que son muy jóvenes, con el entusiasmo y con la fe, como ha pasado desde hace tiempo en el doctor Garneiro y en mí, que somos ya más viejos.

—Hombre, no, protestó el galeno, mien-

“LA HERMANA IMPURA”

tras se limpiaba por última vez los bigotes kaiserinos con la servilleta manchada por el mole verde. Habrá acabado en usted todo eso, que yo por mi parte sigo creyendo en todo, hasta en las propiedades medicinales del petróleo para el pelo, mientras pueda uno en Tampico seguir ganándose tranquilamente buenos miles de dólares al año.

—¿Cuántos miles al año, doctor...?— Preguntó el compañerito Pérez (tres meses en Tampico, cuatro de recibido, y una linda mujercita en Culiacán, que sería “su” mujercita cuando pudiera hacer ahorrillos).

—Eso depende... (Garneiro pavoneaba su éxito pecuniario y profesional ante aquel grupo paupérrimo de profesionistas jóvenes).

Nunca puede usted saber cuántas apendicitis caerán al mes, ni cuántos “gringos” serán despachados al otro barrio en la Huasteca, porque, créame, coleguita, las laparotomías y los embalsamientos, (todas estas gentes se empeñan neciamente en ir a dormir el sueño eterno en Yankilandia), valen más que el petróleo, y no se acaban tan pronto.

—Vaya una asociación de ideas, doctor, rió

J. M. P U I G C A S A U R A N C

el ingeniero San Juan. Dicho así de seguido: laparotomías y embalsamientos, parece que éstos siguieran fatalmente a aquéllas...

—Pues no crea usted, comentó irónico Márquez, Carneiro dijo bien: se dan sus casos...

V

CIRCULOS DE HIERRO

RECORDABA el ingeniero esta noche, mientras recorría el auto, dando tumbos, las callejuelas de "La Unión", su asombro de los primeros tiempos en Tampico, cuando empezó a conocer esa barriada única.

En su primera juventud, una vida de deportes y de consiguiente castidad, lo había alejado del pecado; después, de estudiante universitario, apenas si visitaba de lejos en lejos alguno que otro disimulado antro de vicio en la metrópoli, donde la fealdad de la lacra social se disimulaba con la hipocresía del silencio y de la discreción y hasta de los pesados cortinajes con que se pretendía aislar las "casas de citas" del mundo honorable de alrededor.

Contrastaba aquella hipócrita discreción

J. M. PUIG CASAURANC

con esta exhibición impúdica y brutal de todo el barrio de mujeres de Tampico.

Conocía, por referencias y por lecturas, los famosos barrios similares de Port Said y de La Habana; pero tal vez porque la descripción de aquellas escenas resultaba desabrida ante la realidad visual, el caso era que, y no obstante sus años de conocer y frecuentar "La Unión", siempre ejercía sobre su espíritu, en las noches, la misma sugestión de ahora.

Antojábansele todas aquellas gentes que circulaban en las calles llenas de baches y de lodo y las innumerables orquestas que derramaban raudales de fox trots y de danzas cadenciosas de todas las "casas" y cantinas, y los centenares de mujeres que se asomaban a las "accesorias" o se gritaban de cantina a cantina las más atroces injurias, antojábansele gente y decoración de otro planeta, escenas de un extraño aquellarre en algún mundo muy distante del nuestro, y sólo atraíalo a la realidad del momento y del país la figura de los gendarmes envueltos en uniformes de un azul desteñido y con gruesos garrotes y pistolas, y las parejas de "montados" que armados de

“LA HERMANA IMPURA”

maüssers y carabinas treinta treinta, paseaban el decoro militar de la institución municipal por las calles. Y acabábalo de convencer de que esas cosas sucedían en México la frecuente aparición de oficiales revolucionarios fuera de servicio, pero siempre con sus polainas y sus sombreros tejanos y sus pistolones al cinto, que avanzaban por las aceras barriendo a todo el mundo sin respetar a las veces ni al jefe de día o al oficial de vigilancia, que con las golas clásicas al cuello cuidaban quién sabe qué extraños derechos de la Federación en un servicio de rondines en la zona de prostíbulos.

Ahora ya todas las “casas” y “accesorias” le eran familiares en fuerza de la frecuente visión. Conocía, por sus nombres, a los dueños de las cantinas afamadas, cada una de las cuales tenía su clientela muy propia: marineros americanos de los “tanques” para conducir petróleo, dependientes de comercio, españoles los más, chulos y gente que vivía al borde del hampa, y choferes y “souteneurs” que se distinguían de los demás grupos por la camisa

J. M. PUIG CASAURANC

de seda, suelta en la cintura y listada con franjas de color subido y chillante.

Y hasta hubiera podido clasificar, mejor quizás que un inspector del municipio, las distintas categorías de establecimientos y los métodos interiores *de arreglo*.

Sabía, por Estela, las diferencias de trato y de términos comerciales en las distintas "casas"; los burdeles, propiamente dichos, en donde las pupilas tenían el cincuenta por ciento del producto de su cuerpo, y cuarto y remeado de comida, sin tanto por ciento en los productos de cantina, ni libertad en las madrugadas; las otras "casas" de menos nota pero en las que las dueñas dejaban a las muchachas, sin multa, disponer de las últimas horas de la noche para sus amantes del corazón o para sus aventuras pagadas fuera de la casa, en las que no llevaban comisión ni porcentaje las madrotas; las cantinas o cabarets, generalmente explotados por hombres, extranjeros todos, que daban a las chicas cuarto y comida y libertad para sus negocios particulares, sin descuentos, con la sola condición de servir de ganchos para llevar tomadores a las canti-

“LA HERMANA IMPURA”

nas, y aquella última categoría, en fin, de prostitutas “de accesorias” en donde vivían mujeres que amantes de su libertad y no consumidas por los vicios y la ociosidad del gregarismo de burdel, rentaban los cuartos y disponían de su tiempo y de su cuerpo y de su dinero como mejor les convenía, retirándose a dormir a la hora en que apenas empezaba el movimiento en las “casas” y levantándose frecuentemente cuando se acostaban las prostitutas agregadas; haciendo, en fin, una vida más próxima a la normal, lo que las mantenía en condiciones de independencia económica y de moralidad muy superiores a todas las otras, aunque en desquite tuvieran que sufrir el desprecio ostensible de toda “La Unión” y de pupilas y dueñas y cantineros, que disgustadas aquéllas por la prosperidad de las mujeres solitarias, y los tenedores del negocio de alcohol porque no eran “las de accesorias” víctimas de su explotación, se llenaban la boca diciendo que era, el ir a vivir a una accesorias, el último escalón de la “vida” y que sólo vivían así las que por sus años o su fealdad o sus enfermedades no podían ya ser aceptadas en las casas.

J. M. PUIG CASAURANC

Calculaba mentalmente el ingeniero la cantidad de dinero derramado en "La Unión" los sábados y los domingos, cuando principalmente la marinería y toda la gente del río y de los campamentos y los obreros de las refiné-
rías y las terminales y los viciosos del puerto acostumbraban visitar "el barrio". Eran, los marineros y la gente de campamentos, especialmente, clientela estimadísima que no dejaba en sus bolsillos un sólo dólar después de su visita a "La Unión", ya que aún en los casos en que llevaran centenares, las dueñas y los cantineros sabían llenarles las mesas de sidra, a quince dólares botella, acostumbrando prolongar el lunes y hasta el martes la parranda si por tener excesivamente bien provista la escarcela o por haberse hallado con una magdalena económica, les quedaban aún dólares al amanecer del lunes.

No menos de diez mil personas desfilaban por el barrio al fin de la semana y calculando que cada visitante gastara sólo veinte dólares, era una derrama de cuatrocientos mil pesos a la semana, casi de dos millones al mes... Y sólo así podía explicarse el rápido auge de los

“LA HERMANA IMPURA”

cantineros y las dueñas, que a poco de establecerse se hallaban con rentas (de casas de accesorias y edificios para nuevos centros de lenocinio casi siempre) que les producían varios miles de dólares al mes, con los que frecuentemente se retiraban del negocio para ir a la lejana aldea de Asturias, o de Kentucky, o de Galicia, a ser llamados “Don Luis”, o “Mr. Blunt,” o “Doña María”, los que habían sido, en Tampico, Luis “el gachupín”, y “el gringo”, y “tía Maruja.”

Pasaba ahora el auto del ingeniero por la zona de las francesas, de accesorias casi todas, como mujeres de orden que sabían bien que sólo manejándose relativamente solas podían economizar sus buenos reales, que en el burdel, aún las más guapas y solicitadas, como Estela, dejaban en las uñas de las dueñas que les metían por los ojos, para tenerlas siempre endrogadas, pares de medias de falsa seda a quince dólares y zapatos americanos a cincuenta.

Muy bañadas y peripuestas las damiselas de Francia permanecían quietamente en las

J. M. PUIG CASAURANC

aceras o sentadas a la puerta de las accesorias y sólo con discretas insinuaciones solicitaban su clientela. Calladitas y aisladas en su doble torre de marfil de mujeres blancas y de conocedoras de ritos ajenos al arte original de Venus, eran las francesas las que mejor tajada obtenían en aquel tiradero de dólares y poco a poco iban engordando el depósito que en "Lacaud", o en "la casa de Prom" llevaban todas, convirtiendo en francos, con una fe ciega y patriótica en la mejoría de la moneda francesa, todos sus ahorros.

Y pensaba el ingeniero que tal vez la visión lejana del país natal y la seguridad del respeto entre sus gentes (que por la misma lejanía del lugar donde vivieran del vicio habrían de ignorar el origen de aquellas modestas fortunas que les permitirían hacer alguna vez vida de burguesas) pensaba el ingeniero que esa visión de vuelta a la patria, y esa esperanza de respeto social, eran, para las francesas, el estímulo y el ideal que las alentaba en Tampico para sobrellevar sin quejas el infierno de su vida de ahora, en tanto que las pobres prostitutas del país, sabiendo que nun-

“LA HERMANA IMPURA”

ca dejarían de encontrar, en Guadalajara, o en Yucatán, o en Sonora, testigos de su vida miserable, no podían tener esperanzas de mejores días ni ilusiones de respeto social, con lo que se engolfaban, cada vez más, en su dolorosa vida de encanallecimiento.

—Por ahí no se puede pasar en el auto, mi jefe. Se rompió la zanja del drenaje desde el mes pasado... ¿Nos vamos ya para el “Foco Verde”?

Y el chofer subrayó las señas con una sonrisa de conocimiento y de malicia.

No habría necesitado el ingeniero la observación del chofer para saber del accidente del drenaje, que hartos se lo decían sus narices. El vaho de podredumbre que subía de la cañería descubierta, que la incuria municipal no había podido reparar en un mes, casi lo ahogaba. Pero la observación del chofer, invitándolo a dar por terminado el recorrido y a visitar el “Foco Verde”, le producía aún mayor angustia y asco que el olor del caño, porque le decía que era pública ya su preferencia por la casa donde Estela vivía.

J. M. PUIG CASAURANC

Era seguro que todo el grupo de choferes, que constituían una verdadera mafia, sabía de sus amores vergonzosos con la pupila, como lo sabría todo Tampico. No ignoraba el ingeniero que era "La Unión" un centro de chismo-grafía que se propagaba después a todas las clases sociales de Tampico, y conocía demasiado las costumbres de las pupilas, que empleaban el ocio de sus tardes en visiteos de "casa" en "casa", para poderse extrañar de que al cabo de tres semanas del enredo con Estela fuera tan conocido el lío; pero dolíale ver que hasta los choferes lo supieran.

Sentíase hundido cada vez más en un pantano de ignominias. Estela, en este momento, le pareció verdaderamente repulsiva. No sólo lo había arrastrado a una aventura odiosa de amores de burdel, a uno de esos amasiatos innobles que tanto le habían repugnado siempre, sino que procuraba, quizás, haciendo público su queridaje, afirmar, si era posible, la posesión del ingeniero.

Recordaba ahora Márquez las extrañas fidelidades amistosas que tantas veces había observado en "La Unión"; los respetos de

“LA HERMANA IMPURA”

unas prostitutas por los “amores” de sus compañeras, respetos que manifestaban negándose a tener intimidades con los amantes de las otras meretrices. Tal vez hasta los choferes entraban en esta conspiración. Formaban un nexo tan apretado y firme con las hembras del vicio que no era difícil que todos ellos tuvieran encargo de las pupilas de cuidar que sus amantes no se extraviaran del buen rumbo, procurando, con oportunas recordaciones, encaminar a los marchantes a las casas de sus dueñas.

Y tanta ira y tanto asco causaba al ingeniero esta sospecha de conspiración, que replicó secamente al oficioso chofer:

—Tú vas donde yo mando... Al centro...

De vuelta ya a la ciudad honesta, por la calle de Altamira, se presentó el verdadero problema: ¿a dónde ir? Eran tan sólo las diez y media. Hasta las dos o tres, que podría conciliar el sueño, rendido por el cansancio y el fastidio, ¿a dónde ir?

Pensó en el Casino. ¡Bah! Peor, mil ve-

J. M. PUIG CASAURANC

ces que el burdel y más peligroso y más caro.

¿Acaso no había dejado en el Casino el fruto de sus primeros tres años de trabajo en Tampico, jugando al pocker?

Al pasar por la plaza, lo detuvo un amigo.

—Párese, ingeniero. *¿Va para arriba ya?* Podría llevarme; voy también al “Foco Verde”...

El ingeniero se despidió, negando secamente intenciones de ir por allá.

Y su mal humor aumentó. Daban ya por tan segura, todas las gentes, su esclavitud al “Foco Verde”, que bastaba verlo en automóvil a las diez de la noche para preguntarle si “ya iba para allá”.

No era, el amigo que lo detuviera, persona de su confianza, ni menos de su intimidad. Conocíalo como conocía a toda la gente de Tampico; pero nunca había tenido con él comunidad de amigos ni parrandas. Era, el tal, un “habitué” del barrio y seguramente esta circunstancia y la de haberse convertido el ingeniero en otro “habitué”, por su lío con Estela, dábanle ánimos para intimidades de camaradería.

“LA HERMANA IMPURA”

Recordó al fin Márquez que había función esta noche en el “Isabel”. Compañía de zarzuela menos que modesta; restos de un cuadro de segunda que fracasara en San Luis; pero podía ser un refugio el teatro hasta las doce.

—Al Isabel.

Sala casi llena. El público, que apenas si asistía a las “primeras” en las temporadas de ópera o de comedia, dejando casi vacío el teatro el resto de la temporada, se había aficionado por lo visto a este cuadro nacional. Noche a noche la sala mostraba escasos huecos y “El País de los Cartones”, “Su Majestad el Truco” y “Epidemia de Generales” hacían las delicias de Tampico. Y no podía pensarse que fuera la belleza de las tiples, ni la juventud del coro lo que llevaba a la gente, que ya la pobre “Luquitas”, la primera tiple, no recordaba casi la época en que perdiera la belleza y la voz, y eran las coristas verdaderos esperpentos.

Empezaba ya a bostezar con demasiada frecuencia el ingeniero, cuando vino a sentarse a su lado, al empezar el tercer acto, el doc-

J. M. PUIG CASAURANC

tor Calvo y Borbolla Robledal. Habíalo visto Márquez desde que llegó al teatro, en un palco, con el Cónsul de Patagonia y los españoles del "Salón Glacé", y hasta había buscado, disimuladamente, por los demás palcos, a Eulalia, creyendo que el doctor habría venido al teatro por seguir a la prima, aunque le había dicho la muchacha apenas ayer que no pensaba salir por algunas semanas aún mientras pasara el luto de una tía.

No era frecuente en el doctor aproximarse a Márquez y desde luego pensó el ingeniero que debía estar prevenido porque sólo el placer de darle alguna mala noticia o de hacerle algún mal podía haber decidido al primo celoso a buscar al rival que llevaba trazas de ser afortunado, que así lo juzgaba seguramente el médico español como todo Tampico, por las preferencias más que amistosas de Eulalia.

—¿Y qué tal? ingeniero; milagro verlo a usted en el teatro... ¿de morros con la chiquilla?

Lo miró de frente al ingeniero. ¿Se referiría a Eulalia o a Estela? Pero él no iba de

“LA HERMANA IMPURA”

noche a casa de don Samuel sino los viernes y el doctor lo sabía.

—¿Con qué chiquilla, doctor?

—Vaya, amigo mío; que sobra el aire de misterio. No necesita uno ir por “allá” para saber de esas cosas...

—¿Ir por dónde, doctor? ¿Por dónde no irá usted... en su misión de médico, naturalmente?

Rió el doctor halagado con la insinuación a su numerosa clientela.

—Pues sí, mi querido ingeniero, es verdad. Aunque nunca voy a “La Unión” sino profesionalmente...

—Ya se sabe, doctor. Usted no va de parranda a “La Unión”. Ni habría para qué... ni tendría usted tiempo, tampoco. Ya sabemos que lo absorben, en el consultorio, sus clientes y dejarán poco quehacer a las chicas del barrio...

Rió cínicamente el de Borbolla Robledal.

—Piense usted lo que guste, don malicioso. Algunas de mis clientas, precisamente, me han hablado de su debilidad... y que parece que la ha tomado usted con fuerza...

J. M. PUIG CASAURANC

Puede usted creer que hasta he pensado en darme una escapadita yo también y conocer de cerca a "la hermanita" Estela, casi "mi prima" Estela...

Sonó el remoque como un bofetón en los oídos del ingeniero. Un vivo deseo de insultar, de pegar, lo mareaba. Dominóse cuanto pudo y contestó:

—Y tendrá usted que ir allá, si quiere conocerla, doctor, que Estela no es de las mujeres que pagan la consulta y encima se dejan hacer gratis el amor en los consultorios...

Y deteniendo con un ademán enérgico al doctor, que parecía dispuesto a rebatir el cargo injurioso que encerraban las palabras de Márquez, cruzó apresurado el pasillo central entre los ceceos del público que reclamaba silencio para no perder una sílaba del couplet del "rábano" de la Luquitas y al salir del teatro, viendo pasar un tranvía de "La Unión", se apresuró a tomarlo, mientras pensaba:

"¿Por qué imponerme el sacrificio de no ver a Estela si lo único que me importaría: evitar la murmuración, me acecha en todas

“LA HERMANA IMPURA”

partes y ha de llegar, fatalmente, por conducto de Robledal, hasta Eulalia?”

Algo inusitado en Márquez al tomar un tranvía. Eranle antipáticos, por temperamento, los tranvías; repugnantes las aglomeraciones de gente; insoportables los olores del pasaje y odioso el gremio de conductores y motoristas, por su habitual descortesía para con el público, y por la suciedad de sus vestidos y sus manos. Pero en esta ocasión, Márquez notaba en sí mismo un fenómeno curioso: miraba *ahora* con verdadera simpatía al conductor y al motorista de este carro de “La Unión” que lo llevaba a Estela, pues siquiera ellos, habituados en su trajín diario a conducir al barrio del vicio a medio Tampico, en nadie se fijaban, y no murmurarían.

VI

CAPITANES DE INDUSTRIA

BIEN a bien, nadie, con excepción de "Don" Arturo y del padre de Eulalia, sabía el verdadero objeto de la reunión.

"Don" Arturo los había invitado en la calle o en el casino, donde los había ido encontrando y sólo se había tomado la molestia de ir a casa del Alcalde.

Todos los invitados asistieron. Había tan poco quehacer los domingos al medio día, que no era cosa de despreciar la "barbacoa".

Los autos de alquiler llegaron puntualmente frente al casino a las doce y los convidados "del centro" y el Alcalde montaron en ellos.

Ya en el rancho, a orillas de la Laguna del Carpintero, encontraron al anfitrión y al "Portorriqueño". Aunque no "del centro" el de Puerto Rico y colocado por sus actividades "más allá del bien y del mal", como decía el

J. M. PUIG CASAURANC

alcalde, de los cantineros de "La Unión" y dueños de prostíbulos más o menos disfrazados, nadie protestó de la compañía. Todos sabían bien que aquel diablo de portorriqueño había hecho una verdadera fortuna "en el barrio", y si hubieran sabido su nombre le hubieran seguramente antepuesto el "Don" con más respeto que lo hacían tratándose de "Don" Arturo. En éste, en efecto, el "Don" había empezado de burleta, cuando el chico era sólo un coyotín insignificante, muy inflado de cachetes y más aún de vanidad, y habíase ido transformando en Don de veras cuando, con el curso de los años y los coyotajes de petróleo se había convertido en propietario. Propietario nada menos que de este rancho de la Laguna del Carpintero, destinado a hacerlo inmensamente rico en caso de aprobar el Ayuntamiento y el Gobernador después, el proyecto de translación del "barrio non sancto" a sus terrenos.

Pero nadie, con excepción del anfitrión y del padre de Eulalia pensaba que la reunión de hoy pudiera tener algo que ver con el cambio de la zona de tolerancia. Y menos lo sos-

“LA HERMANA IMPURA”

pechaba Martinitos por más que ponía en apuros a su caletre para buscar el objetivo de la fiesta, pues conociendo bien la tacañería habitual de “don” Arturo encontraba un poco extravagante el derroche de cerveza helada con que estaban todos refrescándose las fauces mientras dos indios acababan de desenterrar la barbacoa.

Lista la mesa bajo la sombra de los manglares y alentados por el olorcillo incitante del cabrito se apresuraron a tomar sitio los comensales, sentando don Arturo a la cabecera al señor Alcalde. Martinitos se había acomodado bonitamente a la derecha de la primera autoridad, pero don Arturo con palabras melosas lo colocó dos sitios más lejos, dando el lugar que tuviera el boticario, al portorriqueño. Martinitos, profesionista y “antiguo diplomático” (antiguo Cónsul de la Patagonia) se mordió los labios casi hasta hacerse sangre, dolido por aquel atropello protocolario. Un hombre de “La Unión” preferido a él... Pero don Arturo, para consolarlo, colocó a su vera cuatro botellas de cerveza y todo un hemisferio de sesos de cabrito y Martinitos

J. M. PUIG CASAURANC

se consoló. Fué desplegando poco a poco el hociquito que frunciera el enojo y se dispuso a comer y a beber, no pidiendo a esta gente zafia delicadezas y maneras, sino simplemente bebida y barbacoa.

Casi toda "La Lengua que Mata" estaba allí, bajo la presidencia espiritual de Arrunegui. Si no todos los socios de esa conspicua sociedad merecían pertenecer a ella por méritos de inteligente o de fina ironía, sí todos eran dignos de ese honor por la falta de caridad cristiana con que se trataban unos a los otros. El artículo tercero de la sociedad, fijo en la memoria de todos, aunque nunca escrito, ordenaba "no hablar nunca de un miembro ausente... bien" y era este artículo la verdadera razón de la existencia del club y de que fueran inseparables los amigos, porque todos sabían que sólo estando presentes podrían evitar a veces la murmuración y el chismorreio de los asociados. Pero ni el licenciado Arrunegui ni el doctor Garneiro perdonaban nunca a nadie y menos a ellos mismos.

Era conspicua en el ágape la presencia de don Samuel. El millonario, padre de Eulalia,

“LA HERMANA IMPURA”

no desdeñaba jamás una oportunidad donde pudiera presentarse un buen negocio y aunque despreciaba a “don” Arturo, le había ido aflojando poco a poco hasta diez mil dólares, decidido, si el cambio de la nueva zona de tolerancia se hacía, a apoderarse bonitamente del negocio. Y el ingeniero Márquez que conocía estos antecedentes y que adivinaba el pensamiento de don Samuel, sufría por Eulalia que tal vez llegaría a saber algún día que su padre, viejo explotador de indios huastecos, estaba por convertirse en explotador indirecto de pobres meretrices.

El Alcalde, un pobre señor que creía sinceramente ser persona de fama y nombre nacionales, comía con estudiada gravedad y sólo al beber olvidaba un poco, empinando el codo con demasiada frecuencia, la tiesura correspondiente a la cabeza municipal del “primer ayuntamiento de la República”. Ranchero de afición, encontraba el sitio inmejorable para una cría de gallinas o de puercos, y el licenciado Arrunegui, que no perdía ocasión de hacer un chiste malo, interrumpió.

—Pues para cría, si no de puercos, sí de

J. M. PUIG CASAURANC

“puercas” quiere este terreno “don” Arturo...

—No me había dicho usted, repuso el Alcalde dirigiéndose al anfitrión, que negaba.

—Para cría y engorda de puercas, de guarras, quiere “don Arturo” este lugar, seguía Arrunegui... ¿Acaso no sabe usted, señor Alcalde, que es su intención trasladar aquí la zona de tolerancia?...

El “portorriqueño” ni aun en broma admitía que se hablara del traslado. Pues bueno estaría... Había pagado él no hacía tres años todavía cincuenta mil dólares por el terreno donde tenía su cantina y toda una manzana de accesorias para habitaciones de meretrices; ¿cómo iban a permitir él y los demás “dueños” y “dueñas” que los echaran de “La Unión” para venir a este campo yermo y tenerse que gastar otros muchos miles? Así no había negocio posible ni era esa la manera de estimular al comercio...

“Don” Arturo, viendo llegada la ocasión, expuso su proyecto.

No habría tales pérdidas. El se encargaría de edificar, sí señor, de edificar aquí, junto a la Laguna del Carpintero, toda una ciu-

“LA HERMANA IMPURA”

dad de chalets para las meretrices y de magníficos edificios para las cantinas. Transformaría el yermo en un verdadero vergel; una colonia moderna con todas las comodidades y refinamientos, con avenidas, con hoteles modernos, con bulevares a la orilla de la laguna, alumbrados por racimos de focos, como la calle de Plateros, con un servicio, por la Laguna del Carpintero, de lanchas y de ferry-boats para comunicar la nueva zona de tolerancia con los centros obreros de Arbol Grande y de Doña Cecilia y con la parte sur de la ciudad; con espléndidas carreteras para automóviles, con la extensión de la línea de los eléctricos, desde “la Barra” pasando por “La Unión” hasta la nueva zona, por el camino del Zapotal... ¡Oh sus proyectos! y entusiasmándose, mientras con una mano sostenía un fémur de cabrito, con la otra dibujaba en el mantel el plano de la nueva zona. Grandes salones de baile; establecimientos “de comunidad” y chalets aislados para meretrices que quisieran vivir solas; salones para cinematógrafos sica-lípticos, para cabarets estilo europeo, hasta

J. M. PUIG CASAURANC

con un sanatorio de ginecología y sifilografía que se pensaba ofrecer al doctor Carneiro.

—Figúrese usted, amigo,—al “Portorriqueño”—en vez de vivir en las pocilgas que tienen ustedes allá, vivirán aquí al aire sano, en una colonia especialmente planeada y construída, en edificios “ad-hoc” para el negocio y con la oportunidad de escoger, usted y dos o tres dueños de “casas” amigos, los mejores lotes para sus comercios.

Ya no estaría el “Portorriqueño”, como ahora en “La Unión”, a media calle, lejos de la parada del tranvía; aquí podría escoger “desde hoy mismo”, la mejor esquina, todo un block, precisamente enfrente de “la parada”, al comenzar el boulevard de la Laguna...

Arrastrado por el entusiasmo seguía explicando, para el Alcalde y el portorriqueño y don Samuel especialmente, sus planes. Había comprado una ladrillera, es decir, el terreno para una ladrillera; pero ya irían saliendo los ladrillos y en vez de venderlos al comercio o a las compañías, como pensó en un principio, había decidido invertirlos todos en la edificación de su ciudad del vicio.

“LA HERMANA IMPURA”

—Dicen que en Port-Said, explicaba, hay una verdadera ciudad del mal, pero será cosa vieja; casas aprovechadas para “estos” usos como pudieran haberlo sido para otros menesteres. Esto no; ha de ser una colonia en que la elegancia y la higiene y el confort se den la mano. Tengo ingenieros trabajando en mi proyecto desde hace dos años; los planos están todos completos, los ha visto el señor Alcalde y no se ha olvidado ningún detalle: instalaciones sanitarias, eléctricas, tuberías, pavimentación...

—Sí, interrumpió el licenciado Arrunegui que no podía ya contenerse viendo volar a “don” Arturo. Sí, el amigo “don” Arturo, en sus planos, tiene chalets en los que ha de haber hasta cañerías y llaves de solución de permanganato y de bicloruro...

—Respecto del sanatorio (el doctor Garneiro aprovechaba la oportunidad de burlarse un poco de “don” Arturo), respecto del sanatorio especial de la colonia, de ginecología y sifilografía, me permitirá nuestro amigo que no acepte la concesión que tan generosamente me ofrece... Aunque no dudo que será

J. M. PUIG CASAURANC

un gran negocio y que es una necesidad en esta colonia un sanatorio de sifilografía, tal vez tuviera que residir aquí el Médico Director y la verdad, yo... En cambio, el doctor Fuentes, por ejemplo, viviría aquí encantado.... Hallaría tantas ocasiones de hacer cirugía... Y a propósito, ¿quién le ha hecho los planos? ¿Habría sido el ingeniero Márquez? Si es así, no dudo que serán confortables los cuartos. Habrá consultado la opinión de Estela que es perito.

El ingeniero, de buen humor, negó la honra de la paternidad del proyecto. No se había acordado "don" Arturo de él...

—No para esto, ingeniero, decía ahora el anfitrión. No para este negocio... Pero si hago mi "colonia modelo" ya hemos de aprovechar los servicios del geólogo en algo de más fuste. Tengo este proyecto de la colonia del mal sólo como un escalón para mis proyectos futuros... Bien conocemos la competencia de usted como geólogo y localizador de pozos y ¡vive Dios! concluyó entusiasmado, que no pasarán diez años sin que haya

“LA HERMANA IMPURA”

usted localizado para mí siquiera veinte géiseres...

—¿Alguna gran compañía, “don” Arturito? preguntó Arrunegui con sorna. Caramba, yo soy abogado de “la Corona” y estoy contento con mi empleo, pero si localiza usted esos géiseres no se olvide de mí... Me río yo de la Royal Dutch con la “Arturo Union Company...”

Esta era la ventaja con “don” Arturo. Que podía impunemente burlarse de él toda “la lengua que mata”. Vanidoso hasta la vesanía, firme en su fe interior de iluminado; atento sólo a la voz de su cerebro dislocado que le gritaba : “Tú serás multimillonario”, sonreía piadosamente a las burlas... Ya veían con el tiempo. Al freir sería el reir... Entretanto, iban a permitirle brindar por el Alcalde que había de ser seguramente quien firmara la concesión a nombre del Ayuntamiento.

Y hasta entonces comprendió Martinitos con toda claridad, y comprendieron todos, menos el Alcalde, el objeto preciso de aquella

J. M. PUIG CASAURANC

reunión para comer barbacoa de cabrito y tomar cerveza helada de Toluca.

Al regreso, a la tarde, un poco mareados los más—habían consumido siete cajas de cerveza en tres horas—, no lograba don Arturo sacar de su estudiada modorra al “Portorriqueño”. Había aprovechado la sobremesa, cuando se había marchado don Samuel en el “Packard” y mientras se tumbaban los demás para dormir una siestecilla, para recorrer “su propiedad” detallando al “Portorriqueño” y al Alcalde sus proyectos sobre el terreno.

Había señalado la mejor manzana, “la que habría de ser el centro y la atracción de la colonia”, y la había ofrecido en venta al cantinero y tratante en carnes blancas y morenas.

Pero el “Portorriqueño” sacudía la cabeza sin comprometerse. No quería dar su palabra todavía. “Si la diera podía considerarla don Arturo como dinero efectivo, que gente como él no tenía sino una palabra...” Pero necesitaba tiempo para estudiar el asunto. Tenía su abogado para estos casos y lo tenían también todos sus demás amigos de “La

“LA HERMANA IMPURA”

Unión”. Habían formado una especie de sociedad de defensa, cuando empezó a hablarse del traslado, y sabían bien que sólo dando su consentimiento podría efectuarse el cambio, que gracias a Dios había aún judicatura en Tamaulipas y si no fuera esta bastante, en la capital de la República, en la Suprema Corte, iban a defender sus derechos. Pensaban recurrir, en la vía de amparo, a la justicia federal, si no llegaban a un arreglo amistoso con “don” Arturo... Si iba a pretender éste vender los lotes a precio de oro, podía irse despidiendo del proyecto. “Ya estaban cansados, sí señor, de ser explotados siempre”. Llamaban explotadores a los comerciantes en vino y en carne humana de “La Unión”, y en cambio el Ayuntamiento y hasta muchas gentes dizque de bien de Tampico vivían de ese barrio. “Y contribuciones y contribuciones y solicitudes de los curas y de las sociedades de beneficencia para contribuir con los dineros del vicio para todo lo que se les ocurría. Creían que los dueños y dueñas de las casas de “La Unión” eran pozos de dinero sin fondo. Y gendarmes, munícipes y diputados

J. M. PUIG CASAURANC

expedían leyes antialcohólicas, y ofreciéndoles después retirarlas, trataban de esquilmarlos. Ya quisiera ver allá, tras el mostrador de la cantina, en "La Unión" a tantos vagos. . ."

Calmábalo don Arturo y el Alcalde se hacía el sordo a las quejas del insular. "No habría aquí explotación; habría terreno fácil para todos; no se trataba de perjudicar a nadie; se les venderían los lotes en las mejores condiciones, fuera que ellos quisieran edificar o que él mismo ("don" Arturo) edificara por su propia cuenta. Y nada perderían con sus viejos establecimientos, que podría ser transformado el barrio de vicio aquél en una zona decente y obtener ellos, los dueños de los edificios, buenas rentas alquilando sus viviendas a gente ordenada". Faltaban habitaciones en Tampico y "¡hombre! por Dios", terminaba entre movimientos de aprobación del Alcalde don Arturo, "¿cree usted que está bien eso del barrio de tolerancia casi casi en el centro de la ciudad? Piense usted en las familias decentes que a una cuadra solamente de aquel barrio de burdeles, tienen que soportar toda la noche el ruido de las juergas y el desfile

“LA HERMANA IMPURA”

de autos para la zona de tolerancia, y muchas veces hasta cerrar las puertas apresuradamente cuando las balaceras de “La Unión...”

No, no estaba bien, y olvidando el buen “don” Arturo que acababa de decir que el verdadero objeto de la edificación de la colonia era hacer dinero, quería ahora presentar el proyecto como una obra de verdadera limpia social, como un propósito benéfico y moralizador para alejar del centro de Tampico el tremendo vicio, y animado con sus palabras, como le sucedía siempre, se enardecía a poco y llegaba hasta afirmar, él que no tenía ni había tenido nunca más compañera que alguna que otra piscapocha sacada de “La Unión”, que era tan sólo el respeto que se debía a las familias lo que lo había decidido a invertir sus capitales en el negocio, “por lo que esperaba de la justificación del H. Ayuntamiento toda la ayuda moral y material precisa...”

Pero el “Portorriqueño”, decididamente, no quería oír hablar más del negocio por ahora. Se hizo el dormido y ni los saltos inquietantes del auto, al caer cada segundo en los

J. M. PUIG CASAURANC

profundos baches de la Avenida de los Hom-
bres Ilustres, lograron despertarlo.

Hubo de conformarse don Arturo con emplear su elocuencia en los oídos del Alcalde, y este buen señor, regordete y tonto, contaba mucho tiempo después la impresión excepcionalmente grandiosa que le había producido con su iniciativa tan rica en proyectos aquel maravilloso soñador... Pasando ya de la ladrillera, todo un éxito, a la colonia del vicio, definitivamente acabada y próspera y en plena función, a los géiseres de petróleo en superproducción alarmante, con veinte barcos diarios cargando petróleo en el Río Pánuco, hasta dar celos a la Standard y a la Royal Dutch, había llegado "don" Arturo a un punto de su fortuna en el que la cifra de los millones acumulados era sencillamente prodigiosa.

Abría tamaños ojos el Alcalde y por poco se desmaya cuando, al preguntar a "don" Arturo si no saciaría su ambición ni con todos los negocios de Tampico, hubo de oír, silbante y firme, esta frase del "capitán de industria":

—No señor; para mi ambición, para mis

“LA HERMANA IMPURA”

energías, para mi inteligencia, son pocos los negocios del Continente Americano...

Y todavía no se había repuesto del todo de su emoción el buen Alcalde, cuando al llegar a la plaza y al disolverse la reunión, tuvo el licenciado Arrunegui que liquidar los autos porque aquel millonario promotor, acostumbrado de seguro al manejo de cheques, había dejado olvidados en casa los aztecas...



VII

ORIGENES DE FORTUNAS

EULALIA, ansiosa de saber la verdad, acosaba al ingeniero a preguntas. ¿Qué había de cierto en todos aquellos rumores sobre el origen de las grandes fortunas hechas en el negocio del petróleo? ¿Había realmente en el fondo de todas expoliación, despojos de indios, contratos ventajosos hechos firmar por un plato de lentejas o a fuerza de engaños o ante la amenaza del rifle?

Márquez, comprendiendo el verdadero móvil de las preguntas de Eulalia, se reía en un caritativo afán de desvanecer sus sospechas.

Había adivinado de tiempo atrás las angustias de aquella naturaleza delicada; veía en sus sonrojos, cuando se hablaba de la fortuna de don Samuel, la duda hiriente de si había sido amasada a base de pilladas, y en

las generosas contribuciones con que figuraba a la cabeza de las listas para toda obra pía, creía ver el ingeniero una ansia de restitución. Habíale contado meses atrás Eulalia, cuando aún no nacía entre ellos esta intimidad espiritual amorosa de ahora, el incidente de Juan Antonio, el indio de Chinampa que había amenazado una tarde a su padre, en la casa, por no sabía cuál escritura de terreno. Y aunque en aquella ocasión Eulalia hablaba indignada contra el indio y explicaba su actitud "sólo por la enorme ignorancia y por el espíritu desconfiado de los huastecos", era indudable que después, atando cabos sueltos e hilvanando rumores, había llegado a juzgar las cosas de modo muy distinto.

Ni el "Güero" ni su padre se cuidaban de hablar con extremada ligereza de sus asuntos delante de ella, durante las cenas de negocios, y más de una vez, pretextando una jaqueca repentina, había abandonado Eulalia el comedor para ir a llorar a su cuarto.

—Pero, niña, decía Márquez riendo estrepitosamente. Que casi son un insulto personal tus preguntas. ¿Olvidas que yo he hecho

“LA HERMANA IMPURA”

mis pobres dólares en negocios de petróleo? Y si la mía merece ser catalogada entre las fortunas a que te refieres, ¿piensas que ha sido hecha a fuerza de despojos?

Eulalia se apresuró a protestar. No se refería a Márquez, seguramente. Ni ignoraba el medio estrictamente profesional de que se valiera el ingeniero para hacerse rico. Bien conocía sus largas excursiones por las zonas inexploradas; los estudios geológicos vendidos a precio de oro en los Estados Unidos. No; indudablemente que como un profesional cualquiera tenía el derecho de hacerse pagar bien aquellos informes que iban a hacer ganar millones a los que invertían sus capitales en tierras petroleras de México.

No; se refería a los contratos hechos directamente con los indios, cuando no conocían éstos aún la riqueza de su zona natal; a los procedimientos delictuosos de que se valían “tantas gentes” para engañar a los propietarios, a aquellos “secuestros de indios” en que se decía era especialista el “Güero”, el coyote de su padre; a toda la gama, en fin, de procedimientos al borde del Código de que se ha-

J. M. PUIG CASAURANC

bían valido “algunos” para hacerse de los mejores lotes petroleros.

El ingeniero, por despistar a Eulalia, accedió al fin a hacerse eco de algunos de aquellos rumores, fantásticos unos, reales otros, pero teniendo cuidado de escoger sólo aquéllos en los que ni de modo remoto podía ver la muchacha envuelto a don Samuel. Y recordó el caso de Juan Casiano, de actualidad por la demanda por noventa y siete millones de dólares que se acababa de presentar ante los tribunales mexicanos y americanos por los abogados de herederos de los antiguos dueños del terreno. Se decía que aquel famoso campo de “Juan Casiano”, que había dejado una utilidad de más de cien millones de dólares a la compañía explotadora, no había producido a la propietaria del lote 165 de Chinampa, donde brotara el maravilloso géiser, sino dos mil quinientos pesos en “bilimbiques” y la desgracia.

Porque, expulsada de su tierruca por los dos o trescientos pesos en que en realidad vendió—sin poderes para ello— un hijo suyo la propiedad, había venido a vivir una vida de miseria a Tampico, y recordaba el ingenie-

“LA HERMANA IMPURA”

ro que fuera de lo dudoso de la razón legal que asistiera a los demandantes de ahora, sí era indiscutible que aquella pobre mujer, ciega y casi idiota, en cuyo nombre se había hecho el contrato primitivo y que de haber tenido una justa participación en el negocio habría recibido por lo menos seis o siete mil barriles diarios de petróleo durante varios años, había vivido, desde entonces hasta su muerte, de la caridad pública.

Eulalia manifestaba su indignación contra Doheney.

¿No podía siquiera haberle asignado una pensión decente a la dueña del lote que labró la fortuna de la Huasteca?

Márquez, siempre en su propósito generoso de atenuar las faltas de los millonarios petroleros, por lo que estas faltas pudieran asemejarse a las del padre de Eulalia, explicaba el caso.

No había que culpar a Doheney ciertamente, ni a ninguno de aquellos magnates. ¿Era humano siquiera que se acordaran ni que conocieran los detalles de una transacción hecha hacía muchos años por sus agentes o sus abo-

J. M. PUIG CASAURANC

gados? Ni había razonablemente motivo para culparlos. Ellos no eran (con frecuencia) quienes cometían los despojos, si despojos había. Mandaban su dinero, sus buenos millones, para ser invertidos sabia y provechosamente, y eran los de más abajo, los gerentes, los agentes de tierras, los abogados, los coyotes, toda la serie interminable de intermediarios entre el gran capitalista y el indio huasteco, los que abusaban de su ignorancia y cometían los atracos.

Porque, aun en aquellos casos en que se había comprado por cien pesos, al indio, lo que valdría después muchos cientos de miles, no debía creer Eulalia que sólo esto se había pagado en realidad por los capitalistas, que gran tajada conservaban los coyotes y los agentes y los abogados y los notarios y los gerentes y los embaucadores todos que, como fuerzas de distinto grado, convergían hacia el indio para torcer su voluntad o para rebajar el precio de sus tierras.

—¿Y “Cerro Azul?”

También “Cerro Azul” tenía su leyenda de crimen y despojo. Claro que sólo era le-

“LA HERMANA IMPURA”

yenda aquel rumor de una señora y los niños asesinados en Los Angeles, de California, para lograr la posesión del terreno; pero si ciertamente había un punto de litigio en los orígenes de la propiedad, y vivía en Tampico, trabajando como peón, algún heredero de uno de los cinco hermanos co-propietarios originarios de Cerro Azul, hermano que no figuró en la transacción ni menos en las escrituras de venta, por lo que el 20 0|0 del producto de Cerro Azul no estaba quizás en manos legítimas; pero, Eulalia, comentaba Márquez, ¿cree usted que la compañía que de buena fe adquirió ese lote, después que una legión de empleados y de abogados mexicanos habían estudiado las escrituras y cuando notarios bien pagados habían cumplido con todos los requisitos legales, cree usted que es verdaderamente de culpar el millonario que invierte su dinero, ajeno a todas estas miserias y que de buena fe y por cierto precio estipulado adquiere algo que él cree legítima propiedad?

Eulalia no se convencía fácilmente. Pero, en fin, no hablaba de esos casos; se refería

J. M. PUIG CASAURANC

a aquellos otros de menor importancia y que no habían dado lugar a reclamaciones de millones... todavía. A contratos más modestos... como los de su padre, por ejemplo, como los de don Ramón, como los del venezolano Manrique, como tantos otros... ¿Sería cierto que en éstos hubiera siempre un fondo de delito? Y calladamente, como si temiera ser oída por alguien más que por Márquez, refería Eulalia, temblando, haber oído que allá, en su tierra, habían sido muertos muchos indios durante la Revolución, sin motivos ostensibles.

Llegaban los revolucionarios, y como si llevaran bien aprendida la lección, preguntaban por Juan Pedro o por Silvestre Mariano, y los indios eran ahorcados o fusilados a poco "por enemigos de la Revolución". Y en el pueblo, en la ruina del pueblo que quedaba, se decía insistentemente que no tenían Mariano y Pedro otro delito que no haber querido firmar un contrato con don fulano, que era amigo del jefe de la partida rebelde. Y después, cuando llegaban las fuerzas del gobierno, la misma historia se repetía, y no era raro que parientes

“LA HERMANA IMPURA”

del mismo Juan Pedro o de Silvestre Mariano, clasificados como “gobiernistas” antes por la revolución, fueran ahora sacrificados como “revolucionarios” por las tropas del gobierno. Y sucedía frecuentemente que después de estas verdaderas podas en las familias de indios, contratos que había sido imposible lograr que se firmaran durante años y años, se perfeccionaban precipitadamente ante algún notario llevado con toda clase de prisas a Tempoal o a Tancoco, desde Tuxpam o desde Tampico. Y no faltaba en cada caso quien dijera más o menos claramente que todo había sido una hábil combinación para apoderarse de un lote codiciado.

Y aún señaló otro caso Eulalia, más repugnante si se quiere; el de aquella pobre india cerrera, solterona, que en la terquedad característica de su raza de origen huasteco-maya, se había negado obstinadamente a contratar sus terrenos hasta que llegó un mocetón a los campos vecinos, un inglés rubio, zalamero, que empezó a cortejarla. Un verdadero idilio que los indios presenciaban desde sus chozas con sacudidas de cabeza

J. M. PUIG CASAURANC

de reprobación y de desprecio. Y la cosa había llegado hasta el fin más increíble, hasta el casamiento del inglés de 25 años con la india cuarentona, y lo que era más increíble, hasta la vida marital y tranquila y con apariencias de felicidad doméstica en la vieja cabaña de los abuelos huastecos, hasta que ganada meses después la confianza de la mujer y de los viejos por el marido, había adquirido éste el poder necesario para disponer de los bienes.

Temblando de indignación hablaba Eulalia de la repentina huída del inglesito, de la escapada a Tampico donde se firmó una ventajosa escritura para él y para alguna compañía y la fuga después a Inglaterra cuando había desempeñado satisfactoriamente toda aquella comedia ideada por algún sabio coyote mexicano, que algunos decían que había sido el "Güero".

Márquez no era tan crédulo como Eulalia. Muchas veces había oído referir aquella historia, pero nunca pudo averiguar qué había de cierto en ella. Estaba absolutamente seguro

“LA HERMANA IMPURA”

de que nada había tenido que ver en eso el “Güero”.

Y bruscamente, para provocar una franca declaración de la muchacha que le hiciera ver con claridad lo que sabía, preguntó el ingeniero.

—Pero, ¿y a tí que te importan todas estas historias, Eulalia? ¿Y para qué te cansas el cerebro y te oprimas el corazón escarbando en estas miserias? Ni tú ni yo hemos tenido que ver nada en ellas; ni tú ni yo somos capaces de remediarlas ni de evitarlas en el futuro.

Eulalia estalló. Como una presa a la que se abre súbitamente una gran compuerta, su tortura interior se desbordó.

—Ni tú ni yo, es verdad. Pero ¿y los míos? Siento sobre mí las miradas de todos cuando paso en mi “Packard” por las calles y no puedo saber si esas miradas dicen que soy la hija de un ladrón...

—Esas miradas se fijan en tí, Eulalia, por tí misma, lo mismo que se fijarían en tí si pasaras a pie... ¿Y quién puede decir nada de tu padre? ¿No lo has visto presidente de todos los círculos comerciales y sociales, respe-

J. M. PUIG CASAURANC

tado por todos, adulado por todo el mundo, envidiado por todos? Permíteme que te diga francamente que no haces bien en atormentarte con sospechas que son un insulto inmerecido a tu padre...

Márquez hablaba alzando la voz, como queriendo compensar así la falta de convicción y de energía que no podía menos de notar él mismo en sus palabras.

—Mira al Obispo. ¿No ha venido a tu casa cien veces? ¿No ha llegado a alojarse en ella? Y tu mismo primo, el doctor, él, que es un hombre tan orgulloso de su casta, ¿no dice el doctor, tu primo, que es don Samuel el hombre de su familia, en varias generaciones, que honra más el nombre de los Borbolla y Robledal?

Eulalia no pudo menos de sonreír dolorosamente.

—Había creído que aquel pacto de verdad y de hermandad que hemos hecho nosotros, te obligaría a ser siempre sincero, y estás hablandome elogiosamente del doctor y buscando en su dicho la comprobación de lo infundado de

“LA HERMANA IMPURA”

mis sospechas, cuando sé perfectamente que sientes por él el mismo desprecio que yo.

Márquez se levantó precipitadamente. Hubiera querido caer de rodillas a los pies de Eulalia por aquella ratificación de sus sentimientos hacia el primo—el viejo y terco rival—, por aquella expresión durísima para el doctor, expresión que era la mejor seguridad del amor de Eulalia por el ingeniero; pero ante todo veía la necesidad de cegar en la chica aquella fuente de tortura: la pérdida de su fe en la honorabilidad de su padre.

—Don Samuel, dijo lentamente, midiendo sus palabras, está por encima de todos los rumores malévolos que hayan podido llegar hasta tí, Eulalia; te lo digo de todo corazón y bajo mi palabra de honor.

Y firme en su propósito de inyectarle fe, hizo desfilar ante sus ojos toda la serie de los triunfos de don Samuel en los diez años pasados por la muchacha en Europa; sus luchas con la “United Gulf”; la visión profética del porvenir de Amatlán, cuando nadie pensaba en esa zona, callándose el ingeniero, por devoción a Eulalia, el verdadero origen de esa

J. M. PUIG CASAURANC

visión profética; un informe de él mismo, Márquez, adquirido de mala manera por don Samuel, por copia comprada a un empleado infiel de Márquez. Después, las espléndidas jugadas de bolsa con las acciones de la "Tampico Exportation", jugadas en las que no había por parte de Don Samuel sino una serenidad y un valor inauditos; la compra de terrenos en Tamiahua, donde el genio previsor del peninsular comprendió que habrían de ser solicitados a precio de oro alguna vez para refineras y terminales.

—Todo a base de inversión, Eulalia, concluyó el ingeniero. Siempre con riesgo de su capital, en jugadas valientes, cada una de las cuales podía haberle arruinado. Todo lo demás: las engañosas a los propietarios; los falsos juicios de sucesión, la historia de los sellos del año de 66 hechos ahora en Tampico, los secuestros de indios, todo lo demás, fantasías solamente, la eterna fantasía que borda, al margen de las fortunas rápidas, la maledicencia, la mediocridad y la envidia... El desquite de los despechados y nada más.

Y Márquez pensaba que aquella calurosa

“LA HERMANA IMPURA”

defensa le estaba costando casi una fortuna igual a la suya, ya que no podría nunca seguir adelante aquel juicio reivindicatorio contra don Samuel que tenía ganado de antemano...

Eulalia seguía llorando calladamente; pero las lágrimas que corrían ahora por su rostro eran de felicidad.

—Vamos, se acabó, dijo el ingeniero. Nos hemos puesto trágicos tontamente. Crees ahora en tu padre, ¿no es verdad?

Y Eulalia, con aquella suave mirada de sus ojos oblicuos, borrada ahora la inquietud eterna de su rostro, por el rictus de una sonrisa de fe, dijo:

—Ahora, como siempre, creo en tí, mi adorado.

VIII

CURA DE PAZ Y CASTILLOS EN EL AIRE

LA fe en su padre, inyectada por Márquez en Eulalia, operaba en la muchacha una verdadera transformación. Una ansia infinita de creer, un horror de escarbar en las cosas, le devolvían la paz.

Ya no la asaltaban aquellos viejos escrúpulos cuando, semana tras semana, llegaban paquetes de México y de Nueva York con las últimas novedades de la moda, y, por la primera vez en muchos meses, hacía visitas regulares a las joyerías del puerto. Y borrada su preocupación de que fueran mal habidos los dineros de don Samuel, ya *no veía* en las gentes las sonrisitas de antes, que ella creía de desdén, cuando la miraban pasar sus amigas en el lujoso "Packard".

Este cambio espiritual se traducía en mayor gentileza de la chica para con todos; ha-

J. M. PUIG CASAURANC

bía ido a visitar, en visita de desagravio, a las del Real, las más murmuradoras de las tampiqueñas, y hasta había perdonado al primo doctor sus miradas indiscretas y sus torpes revelaciones sobre la vida y los amores del ingeniero, creyendo ahora, sinceramente, que siempre había interpretado mal las actitudes y las intenciones y las palabras del galeno.

El "Güero", especialmente, resultaba favorecido por este cambio de la mentalidad de Eulalia, quien se había propuesto seriamente no dudar de nadie ya, no aventurar juicios formados a la ligera sobre vagas presunciones, y aceptar, mientras no hubiera pruebas en contrario, que todas las gentes eran tan sinceras, por lo menos, como ella misma. Y resultaba beneficiado el "Güero", porque ahora no tenía ya necesidad de esconderse cuando Eulalia iba al despacho, para no soportar las indirectas de la muchacha, ni había vuelto a sufrir el bochorno que significaba para el huasteco la retirada constante de Eulalia, del comedor, cuando don Samuel insistía en que se quedara a cenar su agente de negocios.

Todos en la casa habían notado esa antipa-

“LA HERMANA IMPURA”

tía de Eulalia hacia el “Güero”, y doña Jesús, atribuyendo sus retiradas de la mesa a extremado orgullo de la niña, aun le había hecho oír a veces buenas reprimendas.

—Que es un magnífico muchacho, muy útil a tu padre. Que es paisano de nosotras... Que debías pensar que tu papá, a los años del “Güero”, no tenía en qué caerse muerto, y él tiene ya espléndidas fincas en la Colonia de “El Aguila”...

Y Eulalia, convencida de que sería inútil abrir su alma a doña Jesús, que no comprendería sus escrúpulos y se escandalizaría por ellos, callaba y oía los regaños estoicamente.

Pero ahora, piadosa Eulalia en su felicidad, ni aún del “Güero” dudaba y hasta le sonreía al encontrarlo, cuando iba por el despacho de don Samuel, quien no lo abandonaba hasta después de las ocho, teniendo Eulalia que sacarlo a veces casi a viva fuerza.

—¿Pero qué es eso de trabajar hasta estas horas...? ¿Te has empeñado en no seguir los consejos del doctor? ¿De qué se trata, “Güero”? ¿Qué tan urgente es lo que tienen que

J. M. PUIG CASAURANC

hacer? Y todo para ganar algunos miles de pesos...

Reían, con risa de burla y de orgullo, don Samuel y el "Güero".

—¡Algunos miles de pesos...! Pero si creerá usted que su padre piensa en miles de pesos...

—A ver, "Güero", díglele a esa tontita cuánto ganaremos por sólo esa escritura que vamos a firmar mañana.

—Doscientos mil...

—¡Doscientos mil pesos en un sólo negocio...!

—¡Doscientos mil cuernos...! ¿Quién habla de pesos en Tampico? Doscientos mil dólares hijita... y esto por ahora... Después, cuando se perforen los veinte pozos del contrato...

—¿Pero necesariamente habrán de salir buenos los veinte...?

—No, seguramente no. ¿Cuántos pozos piensas que se perderán, "Güero?"

—Qué sé yo... Pero Márquez, que es el pesimista más endiablado que conozco, calcula que de tres perforaciones en Pánuco, sólo

“LA HERMANA IMPURA”

hay derecho lógicamente a esperar un buen pozo. Y no se puede comparar lo nuestro con Pánuco...

—¡Al diablo el ingeniero! ¡Pánuco junto a lo nuestro! Aquí lo quisiera ver yo, juzgando de Chinampa, y de Amatlán y Zacamixtle... No de esa porquería de Pánuco... ¡Geólogos...! Se llaman orgullosamente geólogos, y somos nosotros, los que nunca hemos ido al colegio, los que imponemos las localizaciones.

—Pues hacen mal ustedes... Por poco que sepan, siempre han de saber más...

—No saben nada, chiquilla... Sus informes, muy buenos para levantar capitales y organizar compañías y vender terrenos a los tontos... pero nada más. Nada como el ojo, el instinto de nosotros los petroleros intuitivos para localizar... ¿De qué nos sirve, reconcho, que nos señalen una faja de veinte kilómetros de ancho? Serían de utilidad si hicieran sus pronósticos metro a metro, como se adquieren y como se venden ahora los terrenos de la Huasteca—(y riendo picarescamente al “Güero”)—es decir, como los adquieren las compañías, no nosotros que los he-

J. M. PUIG CASAURANC

mos sabido adquirir por haciendas enteras, por enormes extensiones que dividimos después y vendemos a los gringos al precio que se nos antoja... Pero, en fin, aceptemos el dato de tu ingeniero... Quiere decir, que de mis veinte perforaciones, seis por lo menos serán grandes pozos en esa zona, ¿no? pues él mismo ha dictaminado que es una cuenca petrolera tan importante como Cerro Azul... Y sabes, ¿te imaginas siquiera lo qué va a recibir tu padre si obtenemos seis pozos...?

—¿Otros doscientos mil dólares...?

—Sí, mi hijita, por lo menos otros doscientos mil dólares cada mes... de cada pozo, muchacha, porque llevo la friolera del treinta y cinco por ciento...!

Abría los ojos desmesuradamente Eulalia. Pero entonces, ¿la lluvia de millones iba a continuar? ¿Aquéllo no tendría fin? Aun reduciendo las esperanzas del viejo a la mitad, ¿no era fantástico recibir medio millón de dólares al mes...?

Y don Samuel y el "Güero" seguían riendo a carcajadas del asombro de la muchacha,

“LA HERMANA IMPURA”

y ya de camino al comedor, el viejo acariciaba la barbilla de Eulalia y decía:

—Muy difícil será, doña Incrédula, que haya en la República, dentro de poco, una heredera más rica que tú... Bien sabe ese infeliz ingenierete lo que pesca cuando le hace el amor a Eulalia...

Pero las palabras del papá y los “¡Claro!” “¡Claro!” con que asentía el “Güero” no preocupaban a Eulalia que, ni en sus más negros días de duda, ni aun cuando por las revelaciones de su primo el doctor había juzgado perdida para siempre su felicidad, al perder a su novio, robado por “la hermana” Estela; ni aún entonces hubiera podido pensar que fuera el ingeniero tras su fortuna, como cualquier doctor Calvo Robledal o Martinitos, o sus otros adoradores de Tampico.

El ingeniero Márquez, invitado a cenar esta noche en casa de don Samuel, echaba un jarro de agua fría en el entusiasmo del español y del “Güero”.

El les aconsejaría a todos sus amigos que se fueran con prudencia en Zacamixtle y Ama-

J. M. PUIG CASAURANC

tlán; que no hicieran lo que tantos petroleros especuladores que no habían vacilado en meter a esos campos toda la fortuna acumulada durante años y años; todas las ganancias que les dejara antes el petróleo traidor.

—Porque es traidor el petróleo, don Samuel. Y usted debía saberlo muy bien. Parece que tuviera la virtud de volver locos a los hombres, para hacerlos arriesgar, en nuevas partidas del juego peligroso, los miles o millones que había hecho ganar. Acabo de regresar de Amatlán ayer, y tengo que volver dentro de tres días nuevamente. Y a propósito, Eulalia, ya está listo el alojamiento para la estancia en Zacamixtle.

Están los caminos como una mesa de billar... Con decirle que me llevé el "Stutz"... Y cuando un pobre se decide a llevar su mejor traje a alguna parte...

Pues se están volviendo locos allá, don Samuel. He encontrado abarroteros, cantineros, constructores, hombres de toda clase de negocios, hasta boticarios, vaya, que han amasado fortunas pequeñas o grandes, lentamente, aquí en Tampico, a base de ahorro, de pe-

“LA HERMANA IMPURA”

queña especulación si acaso, siempre muy conservativa, y que se han vuelto locos ahora. Han metido allá todo su dinero, hasta el último centavo, como lo está Ud. haciendo don Samuel, que sé que va a meter en más lotes mañana esos doscientos mil dólares que acaba de ganar. Es aquello un tablero de ajedrez... Todo dividido en lotes hasta de cuatro hectáreas... Y todo el mundo levantando torres y disponiéndose a perforar... ¿Cuál será el resultado? Pues que aunque se encuentre el enorme campo petrolero que se cree que existe allí, un bolsón de aceite como el de Cerro Azul, no va a durar mucho... Y ahora, fíjese usted; fuera de las grandes compañías, de las que tienen oleoductos propios, muy pocos van a poder sacar petróleo, aunque lo encuentren... ¿Cree usted razonable que la Huasteca, por ejemplo, vaya a comprar petróleo al vecino o a facilitar sus oleoductos mientras no haya una ley que la obligue a ello, para acabar más pronto el petróleo del subsuelo, contribuyendo así a disminuir sus ganancias en la parte de subsuelo en donde está perforando

J. M. PUIG CASAURANC

ella también...? Por esto los perforadores independientes fracasarán, y sólo habrán servido admirablemente, lo mismo que las compañías pequeñas y sin oleoductos, para aumentar la demanda de lotes y para encarecer las parcelas, y para hacer ganar a ustedes capitales, que ustedes perderán por supuesto, si cometen la tontería de querer sacar por sí mismos su petróleo. Espero y supongo que usted no lo hará así, y que sólo tratará con las grandes compañías, y hará muy bien. Pero todos los demás, todas esas gentes que han invertido su dinero en quiméricos porcentajes de pozos que no contarán con oleoductos, ¿qué harán con su petróleo si lo llegan a obtener...? Porque hasta eso, han de saber ustedes que tenemos nuestras dudas... Acabo de venir, y...

—Vaya hombre, ¿a qué nos va a resultar usted ahora con que no hay petróleo en Amatlán y Zacamixtle...?

—De haberlo sí lo hay, pero hay mucha agua salada cerca, don Samuel.

—¡Bah! Necedades... En Pánuco hay

“LA HERMANA IMPURA”

agua salada hace tres años, y todo el mundo tan contento.

—Es verdad, pero en Pánuco no hay la presión de gases que en las zonas del sur. Son pozos que no pueden compararse con los enormes géiseres de las cercanías de Tuxpam.... Géiseres peligrosos, Eulalia, porque se obtienen de ellos cincuenta mil barriles de petróleo al día, que pueden convertirse a la semana en cincuenta mil de agua salada, o de petróleo tan emulsionado por el agua salada, que sea antieconómica su explotación.

—Yo pienso de modo muy distinto, amigo mío, casi gritaba don Samuel. Tengo toda mi fe puesta en el sur, y no en las grandes, sino en las muy pequeñas compañías, en los perforadores independientes... Ya no quiero tratar más con los “Big Five”...

¿Quién me hubiera dado el treinta y cinco por ciento de señorío que he obtenido de las pequeñas empresas...? Además, eso de que habiendo petróleo no lo compren y no lo quieran, ya lo veremos... Desde luego, cada compañía, de las dueñas de oleoductos, para quitar aceite a sus rivales, las compañías po-

J. M. PUIG CASAURANC

derosas, tendrán que comprarnos a los petroleros independientes vecinos, pues la demanda es cada día mayor, y por otra parte, llegadas las cosas a un extremo, ¿qué no podría el Gobierno o las Cámaras dictar una ley y obligar al transporte del petróleo, en los oleoductos de los trusts, considerando la cuestión de utilidad pública?

El ingeniero dudaba. Eran muy difíciles esos pasos. La demanda de aceite, por lo demás, no aumentaba; por el contrario, tendía a disminuir desde la firma del armisticio, y disminuiría aún más, mientras durara la época tremenda de reajuste que había de venirse en todo el mundo económico...

Y aun suponiendo que después de luchas y de gestiones sin fin pudiera ser transportado el petróleo en los oleoductos existentes, siempre pasarían algunos meses, años quizás, para la construcción de depósitos, de estaciones terminales de pequeñas compañías, de instalación de almacenamiento y de embarque en general, y mientras tanto, las grandes empresas con oleoductos, que estaban convirtiendo con sus perforaciones en una criba a Zacamixtle y

“LA HERMANA IMPURA”

a Amatlán, echarían fuera todo el petróleo de la zona...

—Ni en diez años acabará esa zona, terciaba el “Güero”. “Cerro Azul”, “Casiano”, “Potrero”, han durado años y años...

—Pero en Potrero, Casiano y Cerro Azul no había los centenares de agujeros que va a haber en estas zonas nuevas dentro de tres semanas, argüía el ingeniero... Créame usted, don Samuel, venda sus señoríos, venda algo por lo menos, ahora que hay tan enorme interés. Las compañías poderosas están todavía adquiriendo porcentajes en los pozos de los independientes o de las pequeñas compañías, y los están pagando bien. Venda lo más que pueda... ¿No podría usted obtener hasta un millón, o quizá dos millones de sus señoríos, ahora mismo?

—Me hace usted reír, amigo mío, terminó don Samuel, indicando con el gesto y el tono que no quería prolongar la discusión. Oígalo usted bien: usted que está ahora muy amigo de la Transcontinental, y que hasta ha estudiado Amatlán por su cuenta; oígalo usted bien, si esa es una sugestión o un buscapié, no

J. M. PUIG CASAURANC

hay de piña, ingeniero. Ni por cinco millones cedería mis señoríos en los setenta y tres lotes que tengo en la zona del sur. Sépase usted que he gastado para adquirirlos toda mi fortuna, sí señor, toda mi fortuna; que (tosiendo) ahora sí nadie podrá decir que don Samuel está haciendo negocios sin inversión; que he cedido ya cincuenta de mis lotes a pequeñas compañías independientes, y que me prometo ceder los otros veintitrés en esta misma semana a quien me los tome, sin un sólo centavo de traspaso, con tal que me den el cuarenta por ciento que ahora voy a pedir... Me estoy jugando en el sur toda mi fortuna... Pero que broten los pozos, y ya veremos si sale o no el petróleo, aunque tuviera necesidad, por Dios, de construir yo mismo mis oleoductos, que cuando tenga treinta géiseres, ya sobrarán millones para hacerlos...

—Bueno, pero y ya en la playa el petróleo, ya a orillas del mar, en su oleoducto propio, papacito, ¿con qué lo conducirías al extranjero si no quieren comprártelo las compañías dueñas de los barcos?

Don Samuel frunció las cejas, ahora sí ver-

“LA HERMANA IMPURA”

daderamente disgustado. Iba a hacer explosión, a decir alguna perrería, a soltar tres o cuatro ternos, cansado ya de ver combatido su entusiasmo por aquel ingenierete, y por la muchacha después; pero la misma seguridad de sus planes lo desarmó; tanta era su fe en el sur, y en las inversiones aquellas—primera vez en su vida que invertía verdadero dinero contante y sonante el buen español—que se contentó con decir:

—Mira, chiquilla, tengo que trabajar ahora con el “Güero”. Nosotros somos gente seria. Llévate, hazme el favor, a ese sabio ingeniero, y que te acabe de convencer de que tu padre es un borrico...

IX

POR DONDE CORRE EL PACTOLO



COMO don Samuel había decidido que llevaría a la semana siguiente a Eulalia a conocer Zacamixtle, el ingeniero Márquez quiso adelantarse para preparar a sus amigos un buen alojamiento.

No era cosa sencilla en Zacamixtle, en esos días, el lograrlo, que una verdadera avanzada de comerciantes, y coyotes, y tramps invadía el poblacho, y era lo mejor buscar hospedaje en alguno de los campamentos vecinos.

Al tomar la lancha para Pueblo Viejo, en el embarcadero de la Huasteca, al final de la calle del Estado, se dió de manos a boca con el doctor Garneiro, dispuesto a alquilar una "rápida" para atravesar el río.

—Hola, amigo Garneiro. ¿Para alguna Terminal?

J. M. PUIG CASAURANC

Garneiro rió complacido.

—No, ahora no. Voy a sus dominios, mi querido ingeniero. No sólo ustedes los geólogos tienen el privilegio de excursionar por la Huasteca.

—Pero a los campos petroleros, ¿de noche?

—Yo soy capaz de cualquier sacrificio, amigo mío, por cumplir con mis deberes profesionales... y por los miles de pesos que me dejará el viajecito... Un herido, ingeniero. Rodríguez, el de la cantina "El Volcán", de Zacamixtle. Un balazo en la barriga, y no quiere morirse desde esta madrugada. Llevo todos mis fierros, y procuraremos ayudarlo...

—¿A morirse?

El ingeniero, encantado de tener un compañero durante el fatigoso viaje (seis horas de automóvil, pasado Pueblo Viejo) ofreció a Garneiro llevarlo en su "Stutz".

—Lo hice pasar esta mañana, sabe usted, por un chalán de "La Corona". Iremos más cómodos que en un fotingo, y hay en el carro provisión de Martell.

“LA HERMANA IMPURA”

También acomodarian en el “Stutz” a Feliciano, el gachupín compañero del cantinero herido, que había venido por el médico.

Iban ya atravesando el Pánuco. Las luces de los barcos rielaban en las aguas del maravilloso río con un brillo fantástico.

Mil sombras, apenas indicadas por lucecillas rojas y azules, se destacaban a lo largo del canal. Y por entre los grandes barcos tanques, que ni de noche dejaban de tragar petróleo por sus mangueras de quince pulgadas, la lancha iba deslizándose con rapidez. Adelante y atrás de ella iban otras muchas; pequeñas rápidas de gerentes y oficiales, rumbo a las Terminales de las compañías; grandes lanchones de peonada, para cambiar los turnos en las estaciones de bombas; lanchas y más lanchas de pasajeros comerciantes y coyotes, que no querían perder las horas de la noche, aliviada ya la bolsa por los placeres de Tampico, y que deseaban estar en Zacamixtle temprano, para recoger su parte de botín.

¿Quién había oído hablar de Zacamixtle seis meses antes?

Acaso lo conocieran únicamente los revo-

J. M. PUIG CASAURANC

lucionarios de Peláez, que merodeaban por las cercanías del villorrio, abandonado de hecho hacía ya muchos años. Tan sólo la vieja iglesia—un jacalón de guano y de horcones, sin paredes—y dos o tres casuchas, se extendían entre la maleza.

¡Qué diferencia ahora! Al descubrirse petróleo en esa cuenca, tan cercana a Amatlán, todas las compañías se habían precipitado como chacales sobre la nueva presa. Y las que llegaron tarde habían tratado audazmente de despojar de sus tierras a los escasos vecinos, denunciando los ejidos para perforación. Las compañías con propiedades en la vecindad se habían opuesto tenazmente a la perforación en estos ejidos; pero tantas gentes de arriba y de abajo estaban interesadas en el negocio que hubo necesidad de demostrar que eran realmente ejidos, y para demostrarlo, no existiendo en realidad *pueblo despojado*, fué preciso construir un pueblo. Así había nacido Zacamixtle. Se buscaron empeñosamente viejos horcones que tuvieran, por lo picados, apariencias de antigüedad, y se construyeron cien casuchas. Había que de-

“LA HERMANA IMPURA”

mostrar que existía el pueblo de Zacamixtle, y casuchas nuevas, con apariencias de viejas, iban surgiendo cada día ante el poder irresistible del oro americano.

Sólo que, por una graciosa ingenuidad o por posible cinismo, no se había cuidado de dar a los techos apariencia de viejos, y flamantes cartones empetrolados hacían las veces de tejas. Pero esta prueba inequívoca de juventud no tenía importancia para las compañías que se oponían a la explotación de los ejidos.

Había ya, de todos modos, un hacinamiento de viviendas, y, pues había casas, existía pueblo, y habiéndolo, hubiera sido ilegal la concesión de Carranza para exploración y explotación de los ejidos.

Todo esto iba contando el ingeniero a Garneiro, para ponerlo en antecedentes del lugar adonde se dirigían.

Garneiro, en cambio, multiplicaba los detalles sobre la herida del cantinero español.

Era el tal, como todos los dueños de casas en el rumbo, un endiablado mozo que llevaba en el pecho, no sólo pelo, sino una robusta

J. M. PUIG CASAURANC

cabellera, y que había sido por seis meses el terror de Zacamixtle.

Borracho, enamorado, jugador, pasaba la vida en una eterna parranda, mientras exprimía la bolsa de los peones. Claro, con estos hábitos, había de acabar mal.

Una noche de tantas (la de ayer) al salir de un salón de juego había tropezado con un militar; dos o tres palabras de reto y el español había sacado la pistola.

Tras un fuego granado inútil, que no es el alcohol el mejor estimulante para buena puntería, y vaciada la pistola, había huído el cantinero, pero no el militar. Perseguíalo disparando la carga de su 45, y tras él seguía la escolta de seguridad de la casa de juego, disparando también sobre el fugitivo. Y así habían llegado a la casa cantina. Cayó por fin el español, que alguna bala había de tocarle en esa granizada de proyectiles, y aunque ya caído, para que dejara de sufrir, se le había disparado el clásico tiro de gracia, tampoco éste había rematado al gachupín, que ida ya la escolta y vueltos los parroquianos, fué levantado al fin con dos balas en el vientre,

“LA HERMANA IMPURA”

y una en sedal en el cuero cabelludo. Generoso y hombruno siempre, antes de pensar en llamar al médico, quiso el herido agradecer la atención de la clientela, invitando a cognac y libando él, por supuesto, con la compañía.

—Figúrese usted, ingeniero, con dos balas en el vientre, y tomando cognac... ¡Qué bárbaro! ¡Y hoy en la mañana, que salieron a buscarme, todavía tan fresco mi hombre! Estoy por creer que no hay herida penetrante, y si es así, excuso decirle el prestigio que voy a conquistarme en Zacamixtle... Porque penetrante o no, jure usted que le abro la barriga hasta tropezarme con las balas... Pero, ¿parece mentira, no cree usted? Todo un combate contra un pobre hombre desarmado ya. ¡Y matarlo en su casa, como a un perro! ¿Lo puede usted creer?

El ingeniero se reía de buena gana. Que si lo creía... Ya lo creería él también, Garneiro, cuando llegaran a Zacamixtle y viera la ciudad. Ciudad de leyenda, poblacho del Klondike en sus buenos tiempos, o de California en los años del cincuenta. Como úni-

J. M. PUIG CASAURANC

ca autoridad, la pistola. Ya verá usted, amigo, ya verá.

El "Stutz", con formidables pujidos—llevaba abierto el mufle—iba ya rumbo a la Huasteca. Los poderosos fanales alumbraban la espléndida carretera, y Garneiro, acostumbrado a los hoyancos de la Avenida de los Hombres Ilustres de Tampico, mostraba su asombro por el magnífico camino.

—¡Caramba! (Muy bajo al ingeniero). Tenía razón el demonio de gachupín que vino a buscarme, al decir que me iba a molestar menos este viaje que una ida a la colonia de El Aguila en Tampico para atender a un parto, alguna noche... Como no quiera el muy bellaco fundarse en esta comodidad del viaje para bajar los honorarios...

Milla tras milla, la carretera se desenvolvía como una cinta de cobre. Y ese aspecto tenía, de cobre en realidad, por la capa de chapopote siempre fresco que la cubría en gran parte de su extensión. Admiraba el doctor el lujo de las compañías, que así cuidaban de la arteria principal a los campos. Perfecta-

“LA HERMANA IMPURA”

mente aplanada y reluciente por el petróleo crudo que regaban con frecuencia, era la carretera un verdadero paseo. En la noche tropical, los cocuyos lanzaban la luz verdosa de sus ojos, y millones de luciérnagas surgían a los bordes del camino, rayando la sombra con estrías fosforescentes.

Para engañar el fastidio del viaje, Garneiro abordaba el tema de la influencia de los petroleros en las cosas de México.

¿Es verdad que acostumbran alquilar ejércitos, o poner un número de bandoleros sin fin en sus listas de raya?

Márquez confesaba que era la verdad. Que por años y más años, el petróleo tendría, en muchas regiones de nuestro país, mercenarios a sueldo, y que más de una vez había visto capitanes de industria que, cubiertas las cabezas sajonas con grandes sombreros de palma, daban consignas a fuerzas más o menos revolucionarias, y ordenaban, con una perfecta entonación militar, hasta cambios de destacamentos.

La influencia del petróleo y de los hom-

J. M. PUIG CASAURÁNC

bres que sabiamente abren o cierran a su antojo las válvulas de los géiseres fantásticos de la Huasteca, había sido decisiva.

Extendíase esta influencia en Tampico y en las regiones adyacentes, a todos los órdenes de la actividad, y se mostraba hasta en los detalles más insignificantes.

El gringo lo era todo.

Y como para demostrar la afirmación de Márquez, al llegar a uno de los numerosos ríos que había que atravesar por medio de chalanes para llegar a la rica zona de Amatlán, tuvo el doctor una prueba.

El chalanero, con su barca amarrada a la orilla contraria, permanecía hacía media hora sordo a los gritos y a las imprecaciones del chofer del "Stutz".

Había pasado la hora regular del trabajo, y parecía que no habría más remedio que esperar hasta el amanecer para cruzar el río.

Pero el chofer de Márquez era un psicólogo instintivo; conocía de sobra los métodos de la Huasteca, y después de apagar las luces del "Stutz" y de retroceder calladamente, avanzó de nuevo hasta la orilla del río con las

“LA HERMANA IMPURA”

luces encendidas y gran escándalo de claxon, para dar la impresión al chalanero de que eran nuevos viajeros los que llegaban. Y con voz gutural, y arrastrando las erres, y con sintaxis gringa, para imitar el modo de hablar de cualquier míster, gritó:

—¡Hallo! Felipa, come on, hombre... Prontamente ándale ya con la chalana...

Y Felipe, el chalanero, al punto reconoció la voz del amo y cruzó el río para servir a su majestad el petróleo.

X

CONSUELOS CRISTIANOS

LA actitud de Eulalia—de una perfecta lógica sentimental y social—no por esperada había dejado de anonadar al ingeniero, aunque en grado menor seguramente de como había anonadado a la muchacha.

Un mes de alejamiento de “la hermana impura” y una formal promesa de no reincidir habían logrado ya una vez humanizar a la heredera, perfectamente enamorada de Márquez, con una pasión que había hecho perderse en las brumas del olvido la silueta del amigo de Sevilla, Luis García, y pasar, de la categoría de indiferente o molesto a la de personaje odioso, la figura del primo doctor Calvo y Borbolla Robledal.

Pero la última recaída del ingeniero a su vida de andanzas nocherniegas por la casa de Lucía, durante el breve viaje de Eulalia a sus

J. M. PUIG CASAURANC

ranchos de Veracruz, había traído una ruptura que ella se juraba a sí misma que sería definitiva.

¡Oh! cómo odiaba a aquella Estela que habíale arrebatado lo que juzgaba la única posibilidad de su dicha presente y futura. ¡Cómo la odiaba! hasta una ansia continua y atormentadora de pegar, de herir, de matarla, si pudiera.

Y parte el remordimiento, y mucho la tristeza y el desencanto inclinaron el espíritu de Eulalia por rumbos de misticismo y la condujeron a la iglesia parroquial, en aquella agobiadora siesta de un medio día de mayo.

Sobresaltado, el cura despertó cuando la penitente, que no se había dado cuenta, por lo visto, de que estaba dormido el confesor, terminaba ya el "Confiteor".

Entraba a chorros la luz por las paredes incompletas del templo parroquial.

El techo, de lámina de zinc sobre caballetes provisionales de madera, dejaba más de dos metros descubiertos de muro.

“LA HERMANA IMPURA”

Y todavía sin despertar del todo, se asombró el padre Agustín de la impiedad de la gente de Tampico. Cuatro años ya desde que se había derrumbado la iglesia parroquial—la única del puerto—y todavía en ruinas.

Habían sido inútiles las prédicas constantes del padre Altamonte y su enérgica actividad de hombre de negocios que no dejaba a sol ni a sombra a las damas prominentes y a los ricos petroleros pidiéndoles que contribuyeran para la reparación del templo. Inútil todo. Las obras avanzaban con una desesperante lentitud y en cuatro años apenas había sido restaurada, aumentada y embellecida la residencia de los padres.

La iglesia estaba aún en realidad a la intemperie, como estarían las recámaras y las cocinas de los sacerdotes a no haber dispuesto el padre Altamonte, con espléndido buen juicio, que las obras empezaran por el curato.

“Si había de haber ejercicios cristianos, justo era que los fieles pagaran primero la habitación de los oficiantes—argüía—, que después, y hasta por comodidad, para evitar el tremendo calor de una iglesia sin techos y con

J. M. PUIG CASAURANC

paredes derruídas, y para defenderse de los chubascos que caían interrumpiendo los servicios religiosos, ya procurarían los fieles aflojar las bolsas y contribuir a la reedificación del templo."

En aquel derrumbe que sólo había respetado las dos torres y la vieja fachada, se manifestó plenamente la bondad del Señor.

Hubieran caído los muros cuando la iglesia estaba llena de fieles, en alguna misa de once aristocrática de los domingos; cuando se reunía toda la gente "bien" porteña a rezar y a flirtear, y ¡qué desastre tan tremendo lamentaría Tampico!

No se habría escapado seguramente una sola familia de llevar luto.

O produjérase el derrumbe en las primeras horas de la tarde, en esta hora de la siesta, y ni un solo sacerdote habría escapado, ya que todos entonces ocupaban como hoy sus puestos de guardia en los confesonarios, prefiriéndolos, para dormir, a las calcinantes recámaras del curato!

Pero la bondad divina había dispuesto las

“LA HERMANA IMPURA”

cosas de modo tal, que sólo se encontraban en el interior del templo tres o cuatro albañiles cuando cayeron repentinamente las bóvedas a un golpe de piqueta en un pilar central.

Dios, el piadoso Dios, protector de sus ofi-
ciantes y de sus devotos, había quizás olvida-
do a los albañiles, “los cuales por otra parte no
serían muy buenos cristianos cuando cobra-
ban por jornal doce pesos diarios...” decía
siempre, comentando el desastre, el padre Al-
tamonte.

Ya despierto del todo, un discretísimo per-
fume que el padre Agustín no podía clasificar
en su escaso conocimiento de las elegancias
mundanas, conocimiento que se detenía en el
agua de colonia y en el perfume “Fleurs d’
Amour”, un raro perfume—el de la peniten-
te—subió desde la pituitaria por las termina-
ciones nerviosas del olfativo, a través del et-
moides, hasta el cerebro del sacerdote, y des-
pertó en el santo varón, como le acontecía
siempre con todos los aromas—el del incienso
inclusive— un vago estado de ansiedad sexual
que se tradujo ahora en el deseo de que fuera

la penitente que iba a confesarse, joven, elegante y bonita y hasta un poco tonta, si era posible, además, esta granjería.

Aunque muy iluminado el templo, en el derroche de luz solar que entraba por todos lados, la rejilla del confesonario impedía ver de la penitente otra cosa que no fueran dos ojos muy negros, y éstos, aunque brillantes y vivos, tenían una cierta oblicuidad que disgustó al sacerdote.

De raza indígena casi pura el padre Agustín, prefería, no obstante, en sus penitentes, ojos horizontales, de estructura y lineación arriana, en los que la comisura externa, prolongada, fuera a dar precisamente al ángulo superior del tragus. Pero tenía la voz de la penitente, tan suaves tonos de juventud y matices tan ricos de expresión para la contrición y la pena, que olvidó la oblicuidad y se decidió, como lo hacía en los casos en que le interesaban las feligreses, a hacer en ésta de hoy uno de los ensayos que el llamaba "de análisis psicológico" (psicoanálisis a la Freud.)

Pero había que proceder con método. Y empezando por el primero, fué desmenuzando

“LA HERMANA IMPURA”

paulatinamente los mandamientos del Señor, cuidando bien de que no se quedara resquicio por donde pudiera filtrarse y quedar olvidado el pecado.

No tuvo que escarbar mucho el padre Agustín, que se hallaba ante una penitente excepcionalmente sincera, y así, al hablar del mandamiento que ordena “honrar padre y madre”, hubo de oír asombrado las angustiosas dudas de Eulalia.

Confesaba la muchacha las torturas que la habían afligido respecto de la fortuna de su padre; decía humildemente de su arrepentimiento por este pecado y aclaraba con honradez que no fué obra de su conciencia ni de su deber de cristiana lo que había llegado a tranquilizar su espíritu, sino las afirmaciones que, de la honradez de su padre, había oído de boca de su novio de entonces “en quien creía, oh padre, perdóneme usted, como creo en Dios.”

Y aunque esas dudas sobre una fortuna, que en esta tierra de petroleros podía ser muy grande, hacían que la noticia pudiera ser de verdadera importancia futura para la iglesia

J. M. PUIG CASÁURANC

(una posible heredera católica dudosa de la legitimidad de su dinero y con ansias de restitución, *que podrían despertarse*), el elemento masculino que así había introducido bruscamente Eulalia en su confesión de modo tan ingenuo, desvió de pronto hacia este rumbo la inquisición del padre.

Y el sexto mandamiento fué disecado impíamente, en una grave disertación sobre la castidad.

—Ahí, ahí había que buscar en las jóvenes al enemigo malo...

Y qué fructuoso el análisis psicológico de hoy. Hallábase el padre Agustín frente a una ingenua, de seguro, y poco a poco fueron siendo las insinuaciones menos veladas. Adoptando tonos graves de repugnancia y de verdad, empezaron a caer los nombres tremendos de las cosas; el sondeo espiritual hacíase cada vez menos alado por grosero y ningún catecismo de perseverancia había leído Eulalia que hablara tan crudamente.

—¿Qué fué tu novio, dices, hija mía, y que crees en él con la misma firmeza con que en Dios? ¡Qué blasfemia!... ¡Pero intimidades

“LA HERMANA IMPURA”

nada más del alma? Novio a quien se ofreció, como ofreciste tú, no ocultar ningún pensamiento de tu espíritu, es siempre peligroso. Novio a quien abres tus pensamientos que son, hija, que deben ser en las mujeres más cerrados aún que el cuerpo mismo... ¡Raro pudor de las mujeres de ahora! Si ofreces a ese hombre toda tu sinceridad, hasta el pensamiento doloroso de una hija que cree criminal a su padre, ¿cómo podrías negarte a abrirte la blusa ante él cuando así te lo pidiera?

—¡Padre...!

—Hasta ahí pudo llegar él y pudiste llegar tú también, ¿por qué no? Sentimientos de desprecio para el padre de uno, dudas respecto de la honorabilidad de nuestro padre, faltando a la ley de Dios, deben ser más difíciles de mostrar a un extraño, seguramente, que los senos...

—¡Padre...!

Eulalia, casi llorosa, pretendía en vano reconocer por la voz al sacerdote.

No era, indudablemente, de los padres que oficiaban de ordinario en Tampico. La voz, al

principio de la confesión clara e indiferente, había tomado, a medida que avanzaban las confidencias de la penitente, tonos cada vez más roncós. Dijérase que la comprensión del grave pecado que cometía su lengua, profanando el acto sacramental con preguntas indiscretas, descendía de su conciencia hasta los músculos de la glotis, logrando, por un fenómeno de inhibición, que las cuerdas vocales fueran perdiendo su temple y aflojándose.

Arrepentíase Eulalia, más aún que de sus insignificantes pecados de hembra soñadora, de haber escogido estas horas de la tarde para su confesión, en vez de venir por la mañana, cuando seguramente habría encontrado al padre Marcial, aquel buen hombre inteligente y gotoso que era al mismo tiempo que un confesor un verdadero amigo. . . ¡Pero este padre de ahora! Suspícaz e irónico, seguía escarbandó con crueldad y sin pudor en la conciencia de la muchacha. No recordaba Eulalia haber hecho jamás una confesión tan dilatada, ni había sentido, desde aquel Miércoles Santo, en Sevilla, igual vergüenza que hoy.

¡Oh, la terrible confesión de Sevilla! cuan-

“LA HERMANA IMPURA”

do su mala estrella la había llevado, a los quince años, a confesarse con un farsante indigno. Aquellas preguntas tan torpemente intencionadas habían abierto sus ojos a la sapiencia del mal y nunca olvidaría que no se atrevió a comulgar al día siguiente ni en muchos meses después, por el recuerdo de aquella noche de insomnio plagada de raras visiones de pecado y de la que amaneció avergonzada de sí misma, dolorosamente avergonzada porque había manchado por primera vez su carne quinceañera con la ejecución de algo suciamente pecaminoso que le fuera insinuado por las preguntas del cura. . . ¡Y ahora, este sacerdote!

—Es de tal modo sutil el pecado, hija mía, que lo que a tí pudiera parecer leve falta, es acaso honda y definitiva profanación de la castidad. . . Vamos a ver, ¿pensamientos mundanos?

—Sí, padre.

—¿Sueños eróticos?

—¿Puedo acaso, padre, mandar en mis sueños?

—Sí; acuéstese con el pensamiento en

J. M. PUIG CASAURANC

Dios y la oración en los labios y ni aún en sueños se acercará Lucifer...

—.....

—¿Sueños con hombres?

—Oh, padre, a veces con él...

—El... siempre él...

Incapaz de entender Eulalia que sólo obedecía el padre, en este tortuoso preguntar, a un estado neurótico de ansiedad sexual enfermiza, que hallaba complacencia en la desfloración de la castidad y en lastimar el pudor, creyó ingenuamente que la razón de ese cuestionario doloroso era sólo "que quizás pensara el confesor que sus relaciones con el ingeniero habían tenido aspectos de algo más que de acercamiento amoroso lícito." Acabábale de decir:

—Penoso, hija mía, doblemente penoso mi cuestionario por tu condición de soltera y por mi carácter de Ministro del Señor... pero del todo indispensable. ¿Puedo lógicamente creer que en esos paseos en lancha de que me has hablado, y en esas excursiones de automóvil, casi sola con él y sola muchas veces, no se ha atrevido a nada tu novio? Todo, hija mía, has-

“LA HERMANA IMPURA”

ta lo que pudiera parecerte inocente, debes decírmelo... Me confesaste antes que te tomaba las manos... ¿Y las besaba?

—Oh, sí...

—Claro, así sería... (Una risilla que era casi un gruñido. ¿Lujuria mental atormentando al tonsurado?)...

—¿Besos en la cara?... ¿En la boca?

—Nunca, padre... porque no quiso... que yo hubiera deseado que me besara también en la boca...

—¿Y no sientes pena de decirlo, desdichada? ¿No te da vergüenza confesar que has querido que te besen en la boca? ¿Acaso fiebre de amor?

Valiente, Eulalia, y decidida a terminar de una vez, vació su corazón al sacerdote. La misma pureza de aquel amor con el ingeniero la arrastraba a limpiar en el cura toda mala inteligencia o falta de comprensión. Y su eterna sinceridad, en presencia del acicate del interrogatorio, la arrastró.

—No soy una chiquilla, padre. Hace ya tiempo que toda inocencia espiritual huyó de

J. M. PUIG CASAURANC

mí y ya comprenderá usted que si esa ansia de que le he hablado, si esa ansia humana de escarbar en las cosas que me rodean y en mí misma me ha llevado hasta pensar mal de muchas gentes y a profanar, como ya le confesé, con dudas, el respeto que debo a mi padre, no habría de detenerme ante mis propios sentimientos y ante las emociones que inspiro a los demás... Pero, óigalo usted bien, si he sentido muchas veces dentro de mí, con mi antiguo novio, esa fiebre de que habla usted, solamente he dado, soñando y despierta, una única forma concreta al objeto de mi cariño. Sólo he querido a un hombre, y ese, que habría podido hacer de mí lo que quisiera y que no es mi novio ya, es el único que ha respetado mis pudores, lo que no hicieron nunca, ni las madres en el colegio, ni mis demás pretendientes, ni los amigos de mi padre en casa, ni en la iglesia un cura allá en Sevilla y ahora usted...

Alarmado el sacerdote refunfuñó palabras de excusa o de explicación que no entendió Eulalia.

Fracasaba o se hacía peligroso, por lo menos, ejercitar, con una mujercita como esta, su

“LA HERMANA IMPURA”

afán “de hacer psicología”, y saltando bruscamente del sexto mandamiento a las faltas que hubiera podido cometer Eulalia en sus deberes de practicante cristiana, dió por terminada la confesión.

—No es ordinario, hija mía, un carácter como el tuyo. Razonador y suspicaz de todo y de todos, hasta de sacerdotes como yo. Así quiera Dios moderar los impulsos de tu alma, que te llevan obstinadamente por rumbos de vanidad y de pecado. Graves, gravísimas tus faltas contra el mandamiento que previene: “Honrarás a tu padre y madre”... Y ¿cómo has cumplido con este sagrado mandamiento? Con dudas injuriosas para la honorabilidad de aquél a quien debes la vida... Todo, producto de la vanidad, hija mía; de esa eterna vanidad que te lleva a creerte mejor que los demás, ya que te atreves a erigirte en juez... No quiero insistir sobre los otros pecados... Recógete en tí misma; piensa con contrición en todos ellos y no des más ocasiones a Luzbel. Persiste en tu resolución de no volver nunca a tu novio y desconfía de esos aspectos de respeto con que se te presentaba, seguramente sólo

J. M. PUIG CASAURANC

para tenerte más en su poder... Reza cien credos, pasa una hora de rodillas, por dos semanas, mientras rezas jaculatorias a la Purísima; oye diez misas rezadas, a primera hora, como penitencia, y ven a verme en las tardes, si quieres, fuera de confesión...

Tras el credo y las oraciones de ritual, se vió a través de la rejilla que una mano regordeta hacía la señal de la cruz, mientras dos ojos, semiescondidos bajo tremendas cejas, se esforzaban por descubrir quién era aquella muñeca pecadora, perfumada y huraña, que abandonaba, quizás para siempre, el templo, humillada y llorosa.

Y no obstante la desolación de Eulalia por la procacidad del sacerdote, al levantarse del confesonario volvió el dolorido e indignado rostro al altar, en el que lucía—mes de la Virgen y de las flores—el esplendor de María, y a la Virgen pidió lo imposible: el milagro que le asegurara ser buena en el futuro, devolviéndole a Márquez, lo que sólo podía suceder “librándolo de las garras de aquella infame vampiresa vulgar, *la hermana impura*.”

XI

EL OTRO TAMPICO

PARA estirar las piernas, después de tantas horas de inmovilidad a la cabecera del lecho de Estela, despidió el ingeniero el "Stutz". Y cuando llegó, de regreso del Hospital Civil, a la esquina del Hotel Imperial, se detuvo sorprendido.

Miles de obreros, en filas apretadas, pasaban por la calle dirigiéndose, a lo que parecía, a la Plaza de la Libertad. Era, en el fulgor de la mañana costeña, un interesante espectáculo. Pasaban en filas apretadas, silenciosos, caminando de prisa, casi en formación de parada militar.

¿Se preparaba alguna manifestación obrera ese día? Se hablaba tanto de líderes bolsheviks llegados a Tampico, que el ingeniero pensó en una nueva huelga general. Pero no se notaba en el ambiente ese rumor inconfundi-

J. M. PUIG CASAURANC

ble de multitudes levantiscas, ni había, en las actitudes de los obreros, ese aspecto característico de los trabajadores en momentos de huelga. Las caras, indiferentes, sin gestos de furor, no hablaban de conflictos de trabajo; los grupos, silenciosos, en nada recordaban los pelotones de trabajadores que en los días de huelga había visto circular por las calles de Tampico, dispuestos a todo, como gentes que no sabían cómo iba a terminar la situación: si con la vuelta a la fábrica o con el atrinchamiento tras la barricada.

Y acabó de tranquilizarlo el notar que iban estos miles de obreros llevando casi todos en la diestra la lonchera y marchando tranquilamente, como quien realiza una labor acostumbrada y diaria.

Nadie, por otra parte, de los pocos transeuntes que circulaban a estas horas por las aceras, parecía mostrar la extrañeza del ingeniero Márquez, y las puertas del "American Grill" iban levantándose con ruido de cadenas enmohecidas, y en los aparadores del café de la esquina amontonaba churros un griego, con la más perfecta tranquilidad, como no lo ha-

“LA HERMANA IMPURA”

ría seguramente si soplaran vientos de fronda. Sólo que eran tantos los obreros(la fila compacta parecía interminable) que el ingeniero no pudo menos de preguntar a un gendarme.

—Eh, vecino, ¿a dónde van todas esas gentes? ¿Qué pasa?

Rió de buena gana el velador.

—Pues qué no lo vé... son los obreros que van a trabajar al muelle.

Sintióse avergonzado Márquez. Hasta ahora no se daba cuenta de aquel aspecto matinal de las calles de Tampico en las proximidades del puerto y particularmente en la Avenida de la Aurora, en donde, por lo visto, estaban establecidas las oficinas de reclutamiento de peones.

Ahora lo entendía. Viniendo de distintas partes de la ciudad, se reunían aquí a diario todos estos millares de obreros: alijadores, peones de muelles y de terminales de compañías que iban pasando, primero, por las casetas de reclutamiento donde obtenían su boleta de trabajo y seguían después, apresuradamente, en compacta formación, rumbo a los muelles y a los embarcaderos.

J. M. PUIG CASAURANC

Y comprendía también Márquez que este contrato "por día", de los obreros, tenía, como verdadera razón, evitar, cuando se acabara el trabajo, que los obreros pidieran la indemnización por desocupación, los tres meses famosos a que les daba derecho teórico el artículo constitucional regulador del trabajo. Enganchados día por día, los contratistas y las compañías podían desocuparlos libremente y además se evitaba así pagarles los días en que no se presentaran al trabajo, aunque la ausencia hubiera sido por enfermedad, como habrían tenido que hacerlo los patrones, por ley, si el contrato hubiera sido arreglado por semanas o por meses.

Sintióse avergonzado el ingeniero al pensar que este aspecto de la ciudad al amanecer, que a él extrañárale hasta la admiración, era un aspecto habitual del que no se había dado cuenta en sus egoísmos de burgués, no porque nunca le sorprendiera el alba levantado, sino porque cuando había sucedido así, el alba lo sorprendía en la "barriada de la Unión" y nunca en el centro de trabajo de Tampico.

“LA HERMANA IMPURA”

Allá sí, en el barrio del vicio, no una sino muchas veces había visto amanecer y hasta había esperado intencionalmente, con el grupo de amigos de parranda, durante los meses de calor, el amanecer, para contemplar desde el kiosco de “la casa de Margarita” el espectáculo maravilloso y único del crepúsculo matinal en la Laguna del Carpintero.

Los sábados, especialmente, era de rigor entre los trasnochadores de la “Lengua que Mata” esperar el amanecer sin acostarse. Cenaban fuerte a las diez en los restaurantes del centro y después de ir a criticar un rato a los americanos que foxtroteaban en las terrazas del Garden Roof del Imperial, íbanse hacia la media noche a visitar a las amigas.

Ocupaba de ordinario la visita de “las siete casas” dos o tres horas, en una peregrinación por todo el barrio del vicio, durante el cual iban recogiendo a las predilectas y ya formadas las parejas solían ir a terminar la noche en el kiosco de la laguna.

Encaramábanse por la escalerilla que más de una vez amenazó con crujidos de tabla vieja ceder bajo el peso de las mozas garridas, y

J. M. PUIG CASAURANC

reclinados en el antepecho de la terracilla, frente a la laguna, espiaban el amanecer. O se proponían espiarlo, al menos, que no era raro que los más libadores quedáranse dormidos y que se redujera considerablemente el grupo de amateurs de la naturaleza por las fugas más o menos disimuladas de parejas que, cansadas de estarse al relente, iban a buscar, en el silencio de las alcobas, descanso para los cuerpos y mentida satisfacción de amor en la comedia de halagos de las asiladas. Pero siempre el ingeniero con Estela, antes de la traición de la pupila, y con el licenciado Arrunegui y Aurora, aguardaban el amanecer y no bajaban del kiosco mientras duraba en la laguna el colorido espectáculo.

Veían las aguas verdosas, putrefactas de la laguna, a las que ya no llegaba la marea vivificante, por las obras de desecación del río Tamesí; veían las aguas verdosas irisarse por las luces del crepúsculo; poco a poco iban apareciendo a lo lejos, recortadas en la lejanía, las chimeneas de las terminales petroleras del rumbo; todo el caserío novísimo de la extensión de la ciudad por "los llanos del Golfo" y

“LA HERMANA IMPURA”

los rellenos de los campos adyacentes al ferrocarril, iba surgiendo blanco a la distancia, mintiendo una apariencia de barrios limpios de obreros y de casitas higiénicas que no eran en realidad sino míseras “camillas” hundidas en los pantanales.

Se veía también, desde el kiosco de la Laguna, la cinta de plata de la línea de los tranvías de Miramar y pasaban sobre ella como exhalación, los primeros trenes, saludando, con estridentes silbidos, a la mañana; poco a poco el horizonte iba tomando tonos más vivos, diluyéndose el gris de la neblina matinal en vapores rosados y apareciendo, en los bordes de las nubes, franjas doradas, hasta perderse todos los tonos suaves después: el iris de las aguas pestilentes y la blancura supuesta de las casas de obreros y el halo de las nubes, en el derroche de luz que repentinamente se abría paso y daba a las cosas y a los seres su apariencia real, borrando lo que tenía de divino y de fantástico aquel amanecer, visto desde el mirador de la casa de prostitutas, para mostrar las aguas como charcas infectas, y el caserío como un hacinamiento de cova-

chas, volviendo todo el espectáculo, en fin, a lo que era en realidad el Tampico de los pobres obreros: pantanales y pocilgas.

La luz hacía estragos también, como en la naturaleza, en la apariencia de las mozas y de los trasnochadores. Aparecían las arrugas, los rostros cansados, las actitudes perversas, los ojos enrojecidos, los trajes manchados por la cerveza y por el vino, y tal vez este miedo a la luz era lo que hacía huir poco antes del amanecer a la mayoría de las pupilas.

Esquivaba siempre el ingeniero en estos trances mirar a Estela muy detenidamente a la cara, para no ver aquellos rasgos que le recordaban a Eulalia, encanallecidos por la noche de vigilia.

Y suspiraban todos, parranderos y prostitutas, al menos los que tenían abierta aún la inteligencia a la comprensión. Los que como el ingeniero y Estela no habían ahogado sus vicios en el alcohol y que aún en el encenegamiento de estas noches de lujuria o de vicio, llevaban muy hondo y acaso perdido un sentimiento de pudor. Era el amanecer para ellos un verdadero castigo y los primeros rayos del

“LA HERMANA IMPURA”

sol se hundían como remordimiento en sus conciencias.

—¡My! that's too early for you, dear.

Salía Mr. Wells del Hotel Imperial y saludaba al ingeniero. Ya en español, en el magnífico español que hablaba aquel americano, seguía la plática.

—No me gusta perder tiempo, ¿sabe usted? Prefiero tomar el remolcador de las seis y llegar a desayunar al campamento. Así, a las siete y media, puedo estar en mi despacho.

—Pero, ¿para qué tan temprano, míster Wells?

Al ingeniero, aquel desmañanarse por hábito, en un hombre de la posición de Wells, le resultaba incomprensible.

—Yo, en su lugar, pediría mi lancha rápida a las nueve y en diez minutos estaría en la terminal de la Mexican Gulf.

—No; prefiero ir con los obreros. ¿You know? No puede usted tener idea de lo que se aprende en estos viajes de media hora en el río.

J. M. PUIG CASAURANC

—No será de español, que usted lo habla como si lo hubiera aprendido desde niño.

—No, seguramente. Pero hablo así con usted. Con los peones es muy distinto. Y no me distinguiría usted de un "arribeño". Mi español, el de ustedes, me lo ha enseñado mi mujer, que es tan mexicana como usted. Pero hay que aprender mucho en los viajes de remolcador. Oye usted hablar a los obreros; sabe lo que preparan, lo que desean; oye sus quejas; se relaciona usted. ¿Cuándo ha sabido de una huelga en la Gulf, amigo mío?

Y a propósito, ingeniero, ¿quisiera usted pasarse por la compañía? Tendremos necesidad de un informe geológico de Zacamixtle y Amatlán, para compararlo con el de los geólogos nuestros, y sólo usted y Ordóñez serían capaces de hacerlo. ¿Creerá usted que ese necio de Holligand, de la Clyton Company, está empeñado en que ya anda muy cerca de nosotros el agua salada?

XII

LOS SABIOS EN ACCION



COMO un castillo de naipes habían caído los sueños. El agua salada de Zacamixtle era un hecho imposible de ocultar por más tiempo, y los setenta y tres lotes de don Samuel, con sus diez pozos salados, nada valían. Sin ser precisamente la ruina, los sueños de fantástica riqueza habían volado. Tres semanas antes habría podido vender sus derechos en un millón de dólares. Ahora había tenido que luchar dos semanas don Samuel con el Banco para conseguir el dinero suficiente para pagar los contratos de las últimas tres perforaciones...

Y la depresión física y mental del desastre disminuyeron la resistencia orgánica del peninsular, con lo que el agua de Tampico—siempre infectada en verano—le trajo la tre-

J. M. PUIG CASAURANC

menda tifoidea que hacía dos semanas ya, lo había postrado.

Bruscamente se presentó la verdadera gravedad...

El sobrino doctor, desde que la situación se había hecho algo alarmante, ocho días atrás, no quiso ya cargar con la responsabilidad del caso y acudió al eterno expediente de las juntas médicas. Así, viendo a don Samuel con otros cuatro galenos, cinco veces al día, la responsabilidad se repartía tanto, que era para la conciencia de cada médico como una cucharada de alguna solución a dosis homeopática. Llegaban de ordinario los doctores por parejas: Fuentes y Randal, Garneiro y Soto. Antes de pasar a ver al enfermo entreteníanse buen rato en la sala tomando cognac y aparentando oír la relación detallada que hacía el sobrino, del curso de la fiebre y de los demás síntomas que presentaba don Samuel.

Casi a este papel de tomador de temperaturas y de anotador de vómitos y de colapsos, había quedado reducido el galeno familiar. Ni siquiera se atrevía a inyectar el aceite alcanforado antes de la hora señalada sin consul-

“LA HERMANA IMPURA”

tar a los colegas. Había abdicado de toda su autoridad de médico de cabecera en su afán de borrar ante la familia, y especialmente ante Eulalia, toda duda acerca de su habilidad profesional en el caso de que muriera don Samuel. No era cosa de quedarse no sólo sin tío, sino con la tía y con la codiciada prima disgustadas, de más a más.

Y naturalmente, aunque el sevillano no fuera un gran terapeuta, don Samuel fué quien perdió con la abdicación del médico español, porque entonces empezó a ingerir el pobre señor una serie interminable de potingues.

Cada doctor se creía en el caso de recomendar medicamentos y, corteses los demás, y por atención profesional, y para merecer reciprocidades cuando les llegara la gana de sugerir medicinas ellos también, todos accedían desde luego y sin discusión a las insinuaciones de cada uno. Con lo que una vez más, quedaba confirmada la vieja sentencia médica que reza: “El enfermo que tiene un médico, tiene, aunque sea malo, un médico: ahora, si tiene dos, tendrá cuando mucho medio médico.” Y

J. M. PUIG CASAURANC

el pobre don Samuel, por lo visto, no llegaba sino a veinte centésimos de médico.

Randal, de tendencias quirúrgicas, masajeaba impiamente cinco veces diarias el vientre de don Samuel. Nadie le quitaría de la cabeza, afirmaba, que el mal no era fiebre tifoidea, ni mucho menos paratífica, sino un caso extraño de apendicitis. Hundía bárbaramente los dedos en la fosa ilíaca derecha del pobre don Samuel, y al arrancar al paciente quejidos por la compresión del colon, llagado por la tifoidea, sonreía triunfalmente, sosteniendo después en la plática que seguía a las consultas, que era, el dolor, provocado por la inflamación del peritoneo de la región apendicular, donde sus manos expertas sentían claramente "el platanillo del apéndice" lleno y adherido.

Garneiro, Fuentes y Soto, sin negar rotundamente la posibilidad de la lesión apendicular, que negarlo así fuera grave descortesía al compañero, opinaban con el médico sevillano: bien que para no parecerse al alcalde aquel que "se arrebiataba" a la opinión de su jefe

“LA HERMANA IMPURA”

político, decía Garneiro que era el caso una infección intestinal simple; Soto clasificaba el mal como fiebre tifoidea de bacilos “alfa” y Fuentes fijaba su predilección en los bacilos “beta”. Pero de cualquier modo, no opinaban, como Randal, que fuera preciso abrir la barriga de don Samuel.

Randal, que no tenía botica ni aumentaría, por tanto, los honorarios de la consulta con el despacho de las drogas farmacéuticas de que atiborraban a don Samuel, sostenía por las noches, en la Plaza de la Constitución, que Fuentes y Garneiro no querían que se operara a don Samuel para no perder los cincuenta dólares diarios de potingues que se despachaban en la Botica de las Tinieblas, y que Soto se oponía porque, no tomando nunca participación en casos quirúrgicos, perdería al enfermo tan pronto como se declarara necesaria la intervención.

Y los colegas de Randal se desquitaban de esta murmuración de plaza pública, diciendo a todo el mundo que, de aceptar el intento de asesinato quirúrgico del Dr. Randal, era indudable que don Samuel, que ahora no tenía pe-

J. M. PUIG CASAURANC

ritonitis ni cosa parecida, *la tendría* indudablemente a los dos días de operado. Y la murmuración tenía sus fundamentos, porque era la verdad que visto un enfermo veinticuatro horas después de operado por Randal, y a quien diagnosticara una lesión peritoneal, nunca se había dado el caso de que el diagnóstico no quedara confirmado, y si el examen se hacía tres días después, aunque no era frecuente que el enfermo fuera lo suficientemente resignado para aguantar con vida este plazo, el triunfo diagnóstico de Randal era tan serio, que hasta pus se encontraba fuera y dentro del peritoneo, y para lograr ese triunfo, ni siquiera necesitaba Randal las artes de escamoteo que un ironista recomienda a los cirujanos que van en busca de piedras en la vejiga, porque Randal no tenía que ocultar los gérmenes piógenos para sembrarlos, cuando llegara la ocasión, en el órgano sano, ya que sin artes de vulgar escamoteo le bastaba con seguir las viejas prácticas de suciedad de manos y de abandono de uñas para esconder los microbios que habían de darle, y pronto, con la in-

“LA HERMANA IMPURA”

fección, razones de sobra a la habilidad diagnóstica del cirujano.

Esta mañana, extremadamente calurosa, la plática anterior a la consulta se prolongó demasiado. Sentían los galenos tanto alivio bajo los ventiladores que no hallarían en la recámara, que no se encontraban con ánimo para iniciar el desfile rumbo al dormitorio de don Samuel, y el sobrino menudeaba las copas de cognac y todos se enredaban en una amena conversación sobre tópicos diversos, entre los que, por rara coincidencia, a nadie se le ocurría mezclar la enfermedad del rico petrolero.

Fuentes, que hacía gala, en un cinismo simpático de muchacho de escuela, de sus bulvardeos por “la Unión”, daba las noticias más frescas del barrio, y aunque Randal y Garneiro no fueran frequentadores de aquellos antros, y Soto y el sobrino doctor ni aún a visitar enfermas quisieran ir a la zona de tolerancia, para no manchar su prestigio de hombres honestos a quienes bastaban sus trapicheos de consultorio, a todos, no obstante, divertían e interesaban las maledicencias de esas chicas.

J. M. PUIG CASAURANC

Y así se fué sabiendo que “la hermana Estela”—“la prima Estela”, eh—(por el médico español) seguía gravemente enferma por su intento de envenenamiento.

Asistíala Fuentes, con los médicos del Hospital Civil, que aun fuera ya del hospital la mujer, al pasar al sanatorio, costado por el ingeniero Márquez, no habían querido soltar su presa y los honorarios futuros, apoyados en su calidad de médicos perito-legistas oficiales, y era de verse, a lo que decía el Dr. Fuentes, la devoción del ingeniero convertido en acompañante y en enfermero inseparable y cariñoso de Estela.

—Las aberraciones del espíritu, aclaraba Fuentes. El ingeniero enamorado de Estela y no separándose de su cabecera un minuto, cuando la chica no había hecho todo el tiempo sino explotarlo miserablemente, y para colmo, ponerlo en ridículo queriendo suicidarse por aquel “carranclán” que no se había aparecido por el hospital ni por el sanatorio un minuto.

Garneiro tuvo oportunidad aquí para vagos escarceos por rumbos de psicología mundana

“LA HERMANA IMPURA”

y amorosa, y afirmó sonriendo que tales secretos de amor poseía la hermana Estela que no era de extrañar que el ingeniero se hubiera vuelto decididamente loco por ella. Había probado alguna vez, como todos, aquella exquisita fruta de amor, y comprendía y excusaba al ingeniero Márquez.

Soto, recién casado con una sobrina del Obispo, y el médico español, acogían la confesión con exclamaciones a media voz.

—Hombre... a sus años... con su respetabilidad... con tanto chiquillo... exponiéndose a atrapar algún mal infamante...

Pero Garneiro se reía de la virtud de sus colegas, y todos, al mismo tiempo, y con ellos Soto, pensaban que Soto, precisamente, iba mostrando a los ojos de los expertos, en la despoblación de las cejas y en una que otra papulilla indiscreta de la cara y de los brazos, muestras indudables de que, aún siendo muy honorable, y recién casado por añadidura, era posible—¡y tan posible!—que estuviera prestando acogida y campo de cultivo, en su organismo, a las espiroquetas pálidas...

—Vaya, vaya con Márquez—hablaba Ran-

dal—y ¿cómo ha acogido Eulalia la noticia de la noble acción del ingeniero? Ahora se habrá acabado de convencer de que continúan y no se interrumpieron nunca los enredos de su ex-novio con “la hermana Estela”, claro que siempre en colaboración con otros. No ha habido periódico que no llene tres columnas diarias hablando de la devoción romántica del amante desdeñado, que dedica todo su tiempo y su amor a la curación de la suicida, en tanto que el Mayor carrancista sigue paseando por las tabernas de la Unión sus borracheras...

Y en efecto, los periódicos, por una oleada de falso romanticismo y un afán de cruel exhibición, y para tener oportunidad de atacar a la peste de oficiales matones de Tampico, se habían hecho lenguas de la piedad del ingeniero, que después de librar a Estela de los horrores del Hospital Civil, la había instalado en el mejor sanatorio de Tampico, pagándole un espléndido servicio de enfermeras, y haciendo venir de San Luis a un médico célebre de México que se encontraba allí de veraneo para que, ayudado por Fuentes, procurara salvar a la bella prostituta.

“LA HERMANA IMPURA”

—No sé si Eulalia lo sabrá, dijo el primo. Pero ahora, y especialmente si muere el tío Samuel, no creo que sea tan tonta que reanude sus relaciones con ese hombre que, en plena gravedad de su papá, se pasa la vida al lado de una pirujilla, y apenas si se acuerda de las aflicciones de su ex-novia para enviar a su chofer a preguntar por la salud del padre, de vez en cuando...

Pero callaba el primo que sí sabía con toda exactitud Eulalia lo sucedido, y que lo sabía sencillamente porque él, el doctor, había tenido buen cuidado de dejar sobre la veladora del cuarto de don Samuel “El Mundo” y “La Prensa” de aquellos días, para que, en las largas horas de vigilia a la cabecera de su padre, cuando para huir a la fatiga y al sueño buscara algo en qué entretenerse la muchacha, no dejara de leer en los periódicos las hazañas de Márquez.

Se agotó el tema al fin, y suspirando y con los rostros repentinamente revestidos de la gravedad profesional en ejercicio, dieron los galenos por terminado el prólogo de la jun-

J. M. PUIG CASAURANC

ta médica y entraron a la habitación de don Samuel.

Realmente parecía mucho más grave el millonario petrolero esta mañana. El calomel del día anterior y la digital y la diuretica y el oxalato de serio (para la basca incoercible de la noche anterior) no se habían puesto de acuerdo en el interior del organismo de don Samuel, decididamente.

Apenas reconoció el enfermo a los doctores, y con grave disgusto de Randal, casi no se quejó cuando llegó el turno inevitable al masaje de la fosa ilíaca. Esta falta de quejidos de don Samuel, que ponía en mayor peligro ahora el diagnóstico de apendicitis del cirujano, casi lo enfureció, y tanto apretó el colon hasta esprimirlo materialmente contra la pared interna del hueso ilíaco que si, como era la verdad, tenían razón los colegas que pensaban en lesiones del colon por una tifoidea o paratífica, milagro sería que no viniera, y pronto, una perforación intestinal.

Y muy vagamente, en la subconciencia de Randal apuntó una idea; que si esa contingencia se presentara, la intervención operatoria

“LA HERMANA IMPURA”

se impondría forzosamente, y sería él y no los demás quien sacara al buey de la barranca, es decir, quien diera a don Samuel la clásica puntilla.

Alargaron un poco más los rostros los galeños después de mucho percutir, que siempre el alargamiento de las caras de los médicos es un consuelo para los familiares, porque indica que los doctores se entristecen y como que acompañan a los dolientes en su desventura, y salieron, uno tras otro, de la recámara de don Samuel, para reanudar en la sala, y nuevamente al amparo de los ventiladores, la discusión sobre lo encontrado en la consulta.

La noche anterior sólo Randal no había recetado alguna cosa, y fué muy natural por tanto que, por deferencia médica, se volvieran ahora todos los ojos a él.

—Usted, compañero. A usted *le toca* ahora. ¿Qué quiere usted que recetemos?

Y lápiz en ristre Soto se dispuso a escribir la prescripción del compañero.

Pero Randal estaba de muy mal humor. Aquella falta de sensibilidad del colon, que no

J. M. PUIG CASAURANC

llegó a pensar que fuera debida al estado ya casi inconsciente del enfermo, lo irritaba todavía. Y gruñó:

—Pues como ustedes están empeñados en que no abramos el vientre, que sería en mi opinión el único recurso salvador en el caso, no aconsejaría yo otra cosa sino llamar al cura.

La salida orientó por rumbos de deberes de conciencia cristiana a los galenos.

—Pues es verdad, señores, dijo Fuentes, el parrandero contumaz. No nos perdonaría la familia, tan devota, doña Jesús especialmente, que no les hubiéramos avisado a tiempo para que arreglara sus asuntos espirituales don Samuel. Opino como el compañero, debemos decir a la familia que llame a un sacerdote, por si acaso.

Garneiro y Soto, devotos los dos como buenos ex-alumnos de Mascarones, no podían oponerse, y fué curioso que sólo Randal, el que había hecho la insinuación, fuera quien presentara inconvenientes.

¿No sería confesarse en derrota? ¿No podría resultar de ese anuncio de tragedia a la familia, que fueran despachados los galenos

“LA HERMANA IMPURA”

con cajas destempladas y que acudiera doña Jesús a otros facultativos? No es común aconsejar la visita del cura, sino en último extremo, y la verdad, él no veía que así estuvieran las cosas. Tal vez con el mismo método de la noche anterior: del oxalato de serio, y de la digital, y la diuretina y el calomel, y añadiendo un poco de estrofantó y un mucho de aconitina y una que otra inyección de suero antistreptococcico cada dos horas, fuera posible componer algo la situación, y entonces proceder a una laparotomía exploradora, “siquiera exploradora, compañeros...”

Pero el sobrino doctor decidió el caso en favor de la llamada del cura. No había cuidado de que se llegara al extremo de despedirlos, que él, como médico también, y como médico de cabecera, y pariente allegado del enfermo, sabría explicar a la familia la verdadera significación y objeto del consejo, para tranquilidad espiritual del enfermo nada más, y nadie se atrevería, contra su opinión, a llamar a otros médicos, que eso sería tanto como ofenderlo a él mismo.

Agradecieron todos al colega español la fir-

J. M. PUIG CASAURANC

meza y espontaneidad de la defensa, y para no estorbar la acción medicamentosa espiritual del cura, optaron por suspender las medicinas y por aplazar, hasta la visita de las cuatro de la tarde, la aplicación de nuevos procedimientos terapéuticos que ya estudiaría cada quien a la hora de la siesta, y se retiraron poco después de la casa del enfermo entre resoplidos de automóviles y chasquidos de látigos de aurigas, y la espectación del barrio entero, los cuatro galenos, que pensaban todos calladamente que no podrían haber empleado en nada mejor aquella hora muerta de la mañana que en visitar a don Samuel, que vivo o muerto, y más fácilmente muerto que vivo, habría de pagar—cada visita a veinticinco dólares por cráneo por lo menos—el lujo de hacerse atender por cinco médicos en junta.

XIII

PECCATA MINUTA

EL padre Altamonte, inclinado sobre el lecho, recogía la confesión del moribundo.

Ducho el padre en esto de conocer gentes dispuestas a "diñarla", no estaba escarbando demasiado hondo en la conciencia del petrolero.

Suponía, por lo demás, que en los últimos seis meses en que no confesara a don Samuel, no habría tenido éste ocasión importante de poner su alma en peligro, porque llevaban ya los negocios petroleros medio año de una paralización casi absoluta. Y cruzados de brazos los notarios, y en sus ranchos los indios, y cerradas las cajas de las compañías petroleras, no era probable que el buen peninsular padre de Eulalia hubiera tenido muchas ocasiones de pecar.

De seis meses atrás, el padre Altamonte

J. M. PUIG CASAURANC

creía conocer todas sus flaquezas. Pero piadoso y tolerante por naturaleza, y agradecido además a las esplendideces de la familia, nunca había sido muy duro en la confesión ni en la penitencia.

Juzgaba el sacerdote que en estos tiempos de general prevaricación y de despojos sistematizados, no sólo en México, sino en el mundo entero, había que aflojar un poquitín la manga si se quería que pasaran por ella los pecadores; que de otro modo corría grave riesgo el cielo de ver sus puertas enmohecidas por no tener San Pedro ocasión de abrirlas a justo alguno. Y siquiera este pecador de don Samuel algo restituía de lo robado, si no a los indios, sí a la Casa del Señor. Muchos millones de ladrillos para la reconstrucción de la iglesia de Tampico habían sido pagados por él, y sábado a sábado el capataz encargado de las obras tenía que acudir con un recado del cura, a las oficinas del millonario, para solicitar el pago de alguna parte de las rayas semanales.

Perdonó a don Samuel, por el estado en que se hallaba, el preliminar obligado del rezo del

“LA HERMANA IMPURA”

“Yo pecador” que, por otra parte, nunca supiera decir a derechas nuestro hombre, incurriendo en serias confusiones de sintaxis, de las que resultaba frecuentemente Poncio Pilatos el crucificado.

Y la confesión se fué deslizando suavemente, guiada por el confesor que, conociendo el lado flaco de don Samuel, pasaba como sobre ascuas por casi todos los mandamientos, insistiendo apenas en el séptimo.

No, nada nuevo en esta vez. Tenía razón el padre Altamonte. La crisis petrolera resultaba un moderador admirable del pecado. Y ya se preparaba para los formulismos de la absolución, cuando los ojos del cura, clavados en el techo para mayor recogimiento espiritual, hubieron de fijarse en don Samuel, cuya diestra descarnada se había clavado, hasta hacerle daño, en un brazo del confesor.

—¿Qué? ¿Algo más, hijo mío? Lo dejaremos para otra vez si se halla fatigado... La piedad del Señor es tal...

Hizo señas que no. En un esfuerzo, el mo-

J. M. PUIG CASAURANC

ribundo abrió los ojos clavándolos en los del padre Altamonte.

—Vamos a ver... No se exalte, hijo mío...

Había sido hacía ya diez años. Pero nunca en ninguna confesión anterior, ni aún cuando la epidemia de la influenza española, se había atrevido a confesarlo. Ahora, como parecía que iba a morir... "Había varias víctimas a más de las conocidas por el cura, que sufrían por pecados de él". "Dos mujeres, allá en Castillo de Tiayo; dos mujeres y tres chiquillos... La madre, la mujer y los hijos de Pedro Mariano. El indio, secuestrado tres meses en Tampico; tres meses de borrachera día y noche del "Güero" con él—ya conocía el padre al Güero, su agente."

"Después, en una tremenda "cruda", en que el indio lloraba por alcohol y el Güero escondía cruelmente la botella, *la firma del contrato*, al fin, por la promesa de más aguardiente, y cuatro semanas más tarde, el viaje a la Huasteca, por la Laguna, en lancha propia—del millonario—que manejaba el cómplice. Y a media laguna, el "norte". Entonces un empujón... No, no de él... Don Samuel no pen-

“LA HERMANA IMPURA”

saba claramente, no había decidido aún qué habían de hacer con el indio. Andaban por la “mesa de Metlaltoyuca” amigos suyos levantados de la sierra, y había esperado llegar hasta ellos... Entonces quizás... Pero el Güero se adelantó. Toda la noche, después, el Güero y él juguetes del viento y de las olas. Había estado más cerca de la muerte quizás entonces que hoy. Y a la mañana siguiente, varados de modo providencial en un banco de arena, por donde está ahora la Barra de Galindo...”

—¡Hum...! ¿Y las mujeres? ¿Y los chiquillos?

“Hubiera sido sospechoso mostrarse demasiado espléndido.”

“Habían recibido, desde cuatro semanas antes, quinientos pesos que mandó don Samuel, cuando la firma de la escritura, como si hubieran sido enviados por Pedro Mariano. El jacal... había sido preciso destruirlo... La brecha del camino y el oleoducto pasarían por ahí... Ahora estaba la madre, según sabía, de cocinera en algún campamento. La viuda y

los chiquillos siguieron a alguna partida en la revolución... No sabía más de ellos."

El moribundo, aterrado por el hosco silencio del confesor, aumentaba más aún la presión de la garra en el brazo del cura.

"No habría perdón...?"

—¿Perdón?... ¿Se podía dudar de la soberana clemencia del Señor? Además, su intención no había sido arrojarlo al agua, ¿verdad?

Callaba don Samuel. Habíase repetido esta pregunta muchas veces a sí mismo desde hacía diez años, y siempre se contestaba que aquella noche, en la laguna, por un extraño fenómeno de comunicación espiritual, había leído claramente el pensamiento del Güero, y éste quizás había leído el suyo. Coincidían, tal vez... Pero él no se había movido, ni para arrojar a Mariano, ni para detener al cómplice... Y si el otro *no lo hubiera hecho*, quizás el indio se hubiera salvado también en el banco de arena.

Callaba don Samuel. Su alma semiprimitiva, de raros dobleces que escondían fervor cristiano, simplicidad mental y gran malicia

“LA HERMANA IMPURA”

rústica, le ordenaba callar aún ante el cura y en trance de muerte, estos pensamientos.

El padre Altamonte, preocupado, pensaba en los efectos de negarse a dar la absolución. Claramente veía en el silencio de don Samuel la confesión del intento homicida y más clara aún la falta de sincero arrepentimiento. Era indudable la decisión de haber ejecutado el crimen por sí mismo si no se hubiera adelantado el Güero, pero si moría sin perdón y se negaba a administrar los Santos Oleos, ¿no sería dar un escándalo inútil, y no envolvería su repulsa una verdadera e innecesaria crueldad para esta familia tan cristiana? No podía decidirse a absolver, no tanto porque viera en las reticencias del moribundo falta de una verdadera y completa contrición, sino porque, de absolverlo, ¿cómo podría negarse después a darle el pan eucarístico?

¡Bah! Ya lo pensaría despacio. Por ahora, era de piedad, de piedad elemental, para tranquilizar a don Samuel, alzar las manos, musitar los rezos, tomar, en una palabra, actitudes de absolución, aunque no la concediera...

Al salir, a la familia:

J. M. PUIG CASAURANC

—No, no creo que haya verdadera prisa. Volveré a la noche a administrar los Santos Oleos. No me parece tanta su gravedad...

Y doña Jesús acompañó hasta la puerta, para despedirlo, al padre cura, que iba decidido a enfermarse de jaqueca y a meterse en cama para no salir del curato en toda aquella noche, y tener pretexto así para no volver hasta otro día a casa de don Samuel.

Y a la mañana siguiente, pensaba, con seguridad el millonario asesino y ladrón ya no existiría.

XIV

Y SE HIZO EL MILAGRO

LA Virgen, siempre generosa, hizo a Eulalia, no un milagro como le había pedido la muchacha, el día de su penosa confesión, sino dos. Salvó la vida de don Samuel y le devolvió, sin ataduras al pasado, al ingeniero Márquez.

Aquel descarrilamiento del tren de Tampico a "La Barra", que fué la causa de diez heridos y muchos más muertos, salvó la vida a don Samuel.

Randal, Fuentes y Garneiro se habían pasado la tarde y media noche en el hospital, como médicos del ferrocarril, operando heridos, y Soto, recordando la gravedad de don Samuel, no se atrevió a ir solo a verlo. "Sí, bueno era él para ir. Poco conocía la lengua de los compañeros. Fuera solo esta tarde a la visita de las cuatro y después a la de las nue-

J. M. PUIG CASAURANC

ve y ya tendría para divertirse si, como era de esperarse, moría en la noche el petrolero."

Y el sobrino doctor, encargado oficial de anotar temperaturas y pulso, no se atrevió, naturalmente, a modificar la decisión tomada en junta por la mañana. Con lo que el bueno de don Samuel pasó todo el día sin medicamentos y ya a las diez de la noche, con sólo doce horas de tregua, su organismo reaccionaba.

Libre el corazón de la digital, que no había necesitado nunca para nada, moderó su latir y recobró el ritmo, y el estómago, tal vez para poner en ridículo al oxalato de serio, había tolerado agua y hasta alimentos desde que dejó de recibir el antivomitivo.

Y fuera la falta de drogas o el reposo espiritual de la confesión, como afirmaba doña Jesús, el caso era que el cerebro funcionaba mejor desde que se había suspendido el calomel y que los miembros obedecían más fácilmente las órdenes de moverse y los ojos veían menos empañados.

Recordaba don Samuel con perfecta claridad la confesión del medio día y como empe-

“LA HERMANA IMPURA”

zaba ya a creer en su curación, estaba verdaderamente arrepentido del cuento aquel de la laguna, hecho al sacerdote.

¡Bah!... ya habría tiempo de achacarlo después a alucinaciones, si alguna vez hacía referencia a Pedro Mariano el señor cura, o de echar, en todo caso, decididamente la culpa al “Güero”. Así como así, cuando se encontró quince días después el cuerpo de Pedro Mariano, medio comido por los peces, a nadie extrañó en las huastecas que un indio tan borracho como él se hubiera caído accidentalmente en la laguna cualquier noche yendo de Tampico. Y como salían del puerto, por la Laguna de Tamiahua, sin roll de pasajeros ni documentación aduanera de ninguna clase, por aquellos días, los chalanes petroleros de las compañías, cargados hasta los topes de material y de peonada, el accidente, en fuerza de repetido, resultaba vulgar. Ni la madre ni la viuda se habían ocupado en averiguar en qué embarcación había viajado el indio, ni hubiera sido fácil, por lo demás, averiguarlo. Y ahora, diez años después, sólo ese estúpido temor a la muerte y al más allá, había podido

J. M. PUIG CASAURANC

poner en movimiento la lengua de don Samuel para confesarse con el cura.

Con una sonrisa que doña Jesús y el doctor Calvo atribuyeron a beatitud, por lo limpio de su conciencia y el reposo de sus males, se durmió tranquilamente el español, pensando que todo habría de traducirse en ayudar con algunos miles a la señora de Doheney en su afán generoso de reconstruir el templo parroquial de Tampico en el menor tiempo posible.

Mientras don Samuel se salvaba, "la hermana Estela" moría de modo muy distinto a como mueren, en las películas cinematográficas y en el teatro, las muchachas que se envenenan por amores. Es verdad que el bicloruro de mercurio es poco piadoso. Y así, Estela ni tuvo actitudes lánguidas, ni se alisó el pelo coquetamente para morir, ni siquiera se despidió, llorosa y arrepentida, de sus amigas. La pobre muchacha se pasó los diez días que sobrevivió a su arrebató de locura, en situaciones y actitudes harto prosaicas, sin más manifestaciones ruidosas de vida que los vó-

“LA HERMANA IMPURA”

mitos sanguinolentos incoercibles que la agotaban.

Mientras conservó la inteligencia despejada, antes de presentarse la anuria al sexto día, apenas agradeció al ingeniero Márquez su presencia con miradas largas y dolorosas en los intervalos de quietud estomacal. Más bien hubiera podido creerse que le molestaba la asiduidad de Márquez y sólo una que otra vez movía sus manos para acariciar la cabeza del ingeniero.

Se negó obstinadamente a hablar, aunque según los médicos hubiera podido hacerlo. Nada declaró, cuando el juez y el secretario vinieron a verla al sanatorio, como habían ido antes, sin resultado, al Hospital Civil; pero se daba cuenta indudablemente de todo y de las opiniones de los médicos, que ya al cuarto día no ocultaban su desesperanza, porque la víspera de entrar en coma, al visitarla Asunción, la compañera de miserias, hizo señas de que quería quedarse a solas con ella. Y cuando volvió Asunción a los dos días, en coma ya “la hermana Estela” entregó al ingeniero una carta, de la moribunda, con encargo de que no

J. M. PUIG CASAURANC

fuera leída sino después de que muriera. Y por cuatro días más, en el mismo estado de coma permaneció la hetaira, y sin salir de él murió tranquilamente.

No se tomó la pena el ingeniero de dar aviso a los padres de Estela. Conocía demasiado la historia de la muchacha y la psicología de su padre para darle el alegrón de la muerte de aquella "que era el borrón de la familia."

Muchas veces le había contado la suicida el vivir de sus años mozos en aquella soleada quinta de Coyoacán, donde tenía plantada don Julián la tienda familiar y donde, sistemáticamente, se había dedicado por veinte años, mientras le vivió su esposa, a fabricar hijos, y antes y después de viudo, a rezar y a verlos crecer y vivir todos, menos Estela, se entiende, la vida de honestidad, de rigor y de claustro que no había podido soportar "la hermana impura."

De los catorce hermanos de la prostituta vivían aún cinco mujeres y dos hombres, y don Julián había logrado, al fin, con casi todos

“LA HERMANA IMPURA”

ellos, satisfacer sus anhelos paternales. Los muchachos eran curas ya, y de las hermanas, dos eran “Josefinas” y las otras tres, demasiado chiquillas aún para que las recibieran en las “casas”, (que así se llaman de modo singular, lo mismo las cofradías religiosas que los burdeles), se preparaban, en el santo ejemplo del seguro paternal, para la vida de reclusas.

Llevaba trazas el buen señor de parecerse a aquel Rey de Gales, San Brechan, el edificador de la ciudad de Brecknoch, que tuvo veinticuatro hijos, de los cuales quince han sido elevados por la Iglesia a la categoría de santos.

Y muy posiblemente conociera este caso don Julián y el ejemplo del santo rey lo confortase en su obra de fecundación, que no de otro modo podía explicarse, en un espíritu como el suyo, todo pureza y ansia de santidad, aquellos desvíos de macho rijoso que lo llevaron a embarazar quince veces a su señora.

Bien estaba “la hermana Estela” como estaba. Reconocíalo así el ingeniero, cumplida ya

J. M. PUIG CASAURANC

su misión, y sólo al retirarse de la agencia de inhumaciones, donde desde el amanecer estaba siendo velada la infeliz, recordó la carta de Estela.

Le pediría perdón, seguramente. Muerta ahora la muchacha, recordaba el ingeniero con ira y con dolor su lío amoroso con la prostituta. Azotaba su mente el recuerdo de aquellos meses del barrio de la Unión, de visita diaria, de noches pasadas en el "Foco Verde", de promiscuidades asfixiantes, de encuentros canallescos, de ansias nunca satisfechas, de vergüenzas cada vez más hondas, de encanallamiento cada vez más inevitable...

Y, súbitamente, aquella extrañísima retirada de Estela; el gesto nunca olvidado de desdén con que lo acogiera una noche; la sorpresa de todo el burdel; las burletas de los amigos; su fuga al hotel, avergonzado, sin querer averiguar siquiera la causa de la repulsa. Y al día siguiente, el run run del nuevo queridaje de Estela; las crónicas del amasiato con el Mayor carrancista; los escándalos y las borracheras constantes.

Recordaba el ingeniero, y sólo en este re-

“LA HERMANA IMPURA”

cuerdo hallaba la explicación de aquel cambio en Estela, la noche que abrió a la prostituta, en ansia de sinceridad, su corazón de hombre enamorado de dos mujeres a la vez. Pero a aquella confesión, que no podía ofender a Estela, aún provocando sus celos, habían seguido tantas noches de amor, que el ingeniero hasta había llegado a pensar que no era seguramente Estela mujer que se preocupara por amoríos platónicos de sus amantes de hecho con tal que siguieran, como había seguido Márquez. pagándole a ella día tras día la lisonja de su vanidad con la visita diaria y larga en el burdel, a más de las caricias y los dólares.

Quizás ahora explicara en su carta su traición al ingeniero, traición que antes del suicidio, en la calma que siguió a la tormenta moral que provocó el abandono, casi lo había satisfecho, como que a esa traición podría deber la reconquista de Eulalia a quien, de quererlo Estela, hubiera llegado a perder definitivamente.

La carta tenía fecha cinco de julio, la vis-

pera del suicidio. Así, pues, no un acto de violencia momentánea, sino de serena meditación.

“Amor mío de mi alma”:

Subrayaba Estela en el encabezado de su carta, las palabras *de mi alma*. Húesped de burdel, había comprendido la infeliz que era preciso subrayar esas palabras para que, ya que no creídas, fueran siquiera meditadas.

¿Amor del alma en una prostituta?

“Si hubieras llegado a mí antes de conocer a quien tú sabes, ni habrías llegado quizás a quererla nunca, ni seguramente hubiera tenido necesidad yo de hacerte lo que te hice. Mío y muy mío llegaste a ser, que aunque de mí quisiste sólo mi pobre cuerpo, yo te supe dar, por mi amor, toda el alma. Y así siendo yo lo que soy ¿cómo habría podido sacrificarte para siempre?”

“Quise que volvieras a ella, y por eso me decidí a esa mascarada de amores con el Mayor. Mi único temor ha sido

“LA HERMANA IMPURA”

éste: que me conocieras lo suficiente para adivinar mi intención. Pero tan mal pensaste de mí, que pudiste creerlo.”

“Necesitaba humillarte, retirarte, herirte tan profundamente, ante tí y ante todos, que no volvieras más, pero ¿podría yo algún día evitar que yo volviera a tí?”

“La única solución la tengo en mis manos, y, haciendo un chiste malo, como los de tu amigo Arrunegui, añadiré que esta solución es de bicloruro de mercurio. Si vieras el trabajo que me ha costado hacerla... Son tan duras las pastillas, y no quiero beber demasiado líquido, así es que ha sido preciso disolverlas en muy poca agua. Esta noche no ha de faltar pretexto que disguste al Mayor y procuraremos que pegue fuerte. Y borracho él y enamorada yo de un carranclán que pega, y con pastillas de bicloruro en el cuarto, como buena prostituta en ejercicio, ¿podrá extrañar alguien que me mate?”

J. M. PUIG CASAURANC

“¿Que por qué no lo hice hace tres meses, cuando te dejé, evitándote el ridículo de mis amores con el Mayor? Tontito... Porque entonces todo el mundo habría hablado de tí, en conexión con mi suicidio, mientras que ahora sólo tu sabrás, cuando te entregue Asunción esta carta, la verdad de las cosas.”

“Hubiera sido más generoso quizás no dejarte esta carta que podrá producir en tí la sombra de un remordimiento, pues si hubieras creído que me mataba por el Mayor, tu desprecio habría curado la pena insignificante que te causara mi muerte; pero no puedo irme sin decírtelo... perdóname... quiero, al morir, saber siquiera que dejarás de pensar mal de mí, que ahora sí creerás que te he querido como te quiere ella de seguro, con toda el alma, mucho más que con el cuerpo infeliz que me ha quedado en esta lucha con la lujuria y con el vicio.”

“No estoy romántica, hijito, ni he to-

“LA HERMANA IMPURA”

mado una copa hace diez horas. Acuérdate alguna vez de mí, usa perfume siamés de cuando en cuando, como el que me regalabas; quíerela mucho, como me hubieras querido sólo a mí, si me encuentras antes que a ella, y perdona a la pobre hermana Estela.”

Cuando amanecido ya, con los ojos llorosos, el ingeniero se dispuso a salir para volver a la Agencia de Inhumaciones, dobló la carta que había estado varias horas guardada en su puño crispado; escribió dos líneas en un pliego, guardó ambas cartas en un sobre y lo rotuló así: Señorita Eulalia...

El recado a la antigua novia decía:

“Me pediste una vez que te ha hablara de Estela. Lo hago hoy mandándote su retrato más fiel. ¿Quieres que la acompañemos? Paso por tí a las diez.”

Y a las diez, sencillamente, cuando el doctor Soto se disponía a entrar a la visita matinal, Eulalia, de riguroso luto, subía al “Stutz” del ingeniero, sin preocuparle el escándalo

J. M. PUIG CASAURANC

que se provocaría en todo Tampico cuando se supiera que había ido con Márquez a engrosar el pobre cortejo de la prostituta que había sido amante de su novio.

F I N .

INDICE

	Págs.
I. De vuelta al terruño.....	9
II. Del Medio Social.....	31
III. El Huésped enojoso.....	45
IV. A la Conquista del Vellochino de oro.	63
V. Círculos de hierro.....	89
VI. Capitanes de Industria.....	109
VII. Orígenes de Fortuna.....	129
VIII. Cura de paz y castillos en el aire.	147
IX. Por donde corre el Pactolo.....	165
X. Consuelos cristianos.	179
XI. El otro Tampico.....	197
XII. Los sabios en acción.....	209
XIII. Peccata minuta.	227
XIV. Y se hizo el milagro.....	237

863.6 P979H



a39001



008174958b

65835

